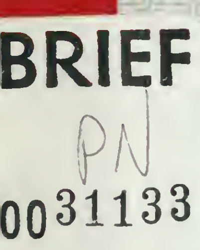

BRIEF
PN
0031133





El Senado de 1890

BROCHA



BUENOS AIRES

LIBRAIRIE FRANÇAISE DE

JOSEPH ESCARY - EDITOR

619, VICTORIA, 619

Frente al Club del Progreso

MDCCCXCI





El Senado de 1890

OBRAS DE LA MISMA BIBLIOTECA

La Pampa

POR ALFREDO EBELOT

Costumbres argentinas, con ilustraciones de Alfredo Paris.

Païnè y la dinastia de los Zorros

POR E. S. ZEBALLOS

Con ilustraciones de Alfredo Paris.

En prensa:

Album literario y artístico

Coleccion de artículos de los mejores autores argentinos con ilustraciones de varios artistas.

Bajo el alero

POR FRAY MOCHO

Bocetos criollos — Con ilustraciones.

Establecimiento tipografico de «Sud-América»

BIBLIOTECA ESCARY

El Senado de 1890

BROCHA PARLAMENTARIA

POR

ESCALPELO

Ilustraciones de HERÁCLITO

Fotograbados de ORTEGA



BUENOS AIRES

LIBRAIRIE FRANÇAISE DE

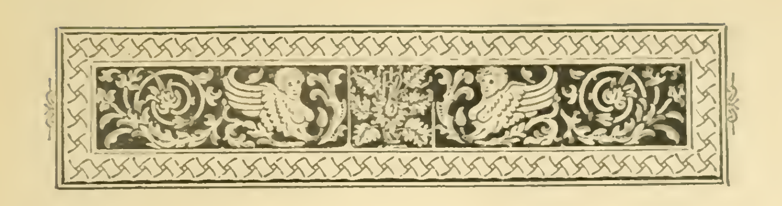
JOSEPH ESCARY EDITOR

619, VICTORIA, 619

Frente al Club del Progreso

1891


LIBRARY
NOV 13 1968
UNIVERSITY OF TORONTO



PREFACIO

Yo no he pretendido ni pretendo siquiera presentarme con estas páginas para optar al *accesit* que disciernen los buenos lectores á obras de esta índole

A un amigo bondadoso se le ocurrió darme un consejo, — y me encontró en tan buena disposicion de espíritu que. . . . ya ven vds.—ésta obra es el resultado de la más ciega obediencia á ese consejo.

No es un egoismo, pero si esto resulta ser un pecado, justo será que no me carguen á mí solo con el castigo. Reclamo

de antemano para la amistad y para el editor, la tajada correspondiente.

Los perfiles y brochazos que forman este libro, fueron escritos, así, al correr de la pluma. Forman parte de la produccion diaria publicada en la prensa durante un mes, y en una época determinada de evolucionismo político, de lucha reaccionaria, de mascaradas, de entusiasmos, de esperanzas y desilusiones.

Agrego, para aquellos que buscaran otra clase de méritos, — si es que alguno le encuentran — que cada página del libro, lleva mis primeras observaciones sobre el carácter y las tendencias políticas de los hombres del Parlamento, — observaciones recogidas durante algunos años de labor como cronista parlamentario en las galerias y antesalas de la Cámara, y desde el palco de la prensa, acostumbrándome á apreciar y juzgar el mérito de la palabra de cada Senador; — y des-

pues, en la mesa de redaccion, siguiendo ó interviniendo modestamente en los interesantes debates políticos que han provocado siempre las personalidades provincianas que forman el conjunto de mis brochazos.

Creo que mis modelos no pueden mostrarse sino satisfechos.

Si me equivoco en esto, seguro estoy que no se perderá el mundo, con la misma facilidad que el buen deseo y la verdad me habrán hecho perder el cariño de los que siendo feos querrian siempre aparecer bellos.

ESCALPELO.





EL SENADO

CREO en las caricaturas de Touchatout. Dejan siempre en el fondo de la página una verdad inalterable, — por eso, despues de arrancarme una sonrisa me ha hecho pensar esta graciosa definicion que hace del Senado:

« Senado: institucion antigua, ideada por los « gobiernos de fuerza antes de nuestra era, para « hacer creer á los pueblos que sus derechos es- « taban depositados en cajas de fierro inviolables, « inspirándoles así una confianza ciega en los « *mijoteurs* de los golpes de estado nocturnos ».

La palabra « Senado » — agrega como complemento — viene, segun Littré, de *Senile*, y en los tiempos antiguos era una reunion de hombres que la historia de todos los países presenta

como ancianos egoistas, testarudos, incapaces de nada bueno, pero siempre dispuestos á hacer todo por conservar sus puestos, sus emolumentos y sus prerogativas de clase dirigente.

No faltan los que sienten una especie de placer insistiendo en que esto solo sucedia en los tiempos antiguos, cuando « los ladrones pendian de las cruces ». La tierra ha girado mucho en el espacio infinito, y las sociedades humanas gradualmente se han ido civilizando. Hoy el Senado, es la principal garantia de los pueblos, el cuerpo conservador de los Estados.

Entre nosotros parece ser otra cosa: una sala de momias, una coleccion de antigüedades que un Benatti inesperto, en sus viajes por las provincias argentinas, ha ido sacando de las sillas pretoriales.

*
* *

Reseñemos.

Quiénes eran, quiénes podian ser Senadores en la antigüedad, y quiénes son ó pueden serlo en el presente ?

Siempre, en todos los paises y en todas las épocas, los Senadores han sido reclutados entre los poderosos, entre los ancianos, y entre los nobles.

—En Atenas, formaban el Senado una cantidad

determinada de ciudadanos aristocráticos, ricos y. . . viejos.

—En Esparta, se elegian los Senadores entre los legisladores mas ancianos. Formaban este cuerpo 28 miembros, y segun varios autores, sus decisiones no eran válidas si sumando las edades no daban un total de 2.675 años. ¡Qué reumas y qué gotas! . . .

—En Cartago......¡oh! el Senado cartaginés será siempre célebre en la historia. Se componia con los cartagineses mas poderosos y mas ricos. Cualquiera podia ser Senador. . . comprando su banca.

Bueno es dejar constancia que en esas épocas, no se pagaban garantias de 7 %, ni se construian ferro-carriles *fuera del planeta*.

—En Roma, solo podian ser Senadores los ancianos nobles, mayores de 60 años.

—En Venecia, los nobles mayores de 40 años. Hay historiador que afirma—y no es invencion mia—que se requeria que estos mismos nobles, poseyeran media docena de góndolas y ejercitaran sus fuerzas remando durante las primeras horas de la mañana.

Nadie agrega, ni en la crónica escandalosa se menciona, si estos Senadores despues de remar

comian en figon ó pagaban á trompis la cuenta.

—En Bélgica, se requiere para ser Senador, tener 30 años y pagar 300 francos de contribucion.

—En Italia, se requiere tener 40 años y fortuna.

No faltan los que piensan que comer rabioles, es una condicion indispensable.

—En Rusia, para ser Senador, basta con el beneplácito del Czar.

Estraña similitud...!



Así, podriamos continuar reseñando las observaciones y los estudios de autores que han profundizado en la materia, – señalando las condiciones que establecen las cartas y constituciones de todas las naciones del mundo, desde el *Lagthing* de Noruega, hasta el Senado de nuestra República, —y despues, para echar un cuarto á espadas en la ciencia política, reseñar las doctrinas krausistas sobre el Senado y lo que debe ser su representacion; citar á Lavéleye, Story, Mailfer, Laboulaye, Saint-Girones, Constant y muchos otros tratadistas, que á vivir en estos tiempos, se caerian de espaldas y renegarian de

la ciencia adquirida despues de largos años de estudio y observacion, por no valer ella nada ante la ciencia que han mostrado nuestros gobernantes con el *nombramiento* de nuestros Senadores.

*
* *

El Senado argentino, segun la ley escrita se forma así:

Habla la Constitucion:

« El Senado se compondrá de dos Senadores de
« cada Provincia, elegidos por sus Legislaturas á
« pluralidad de sufragios, y dos de la Capital ele-
« gidos en la forma prescrita para la eleccion del
« Presidente de la Nacion. Cada Senador tendrá
« un voto.

« Son requisitos para ser elegido Senador: tener
« la edad de treinta años, haber sido seis años
« ciudadano de la Nacion,—disfrutar (?) de una
« renta anual de dos mil pesos fuertes, ó de una
« entrada(?) equivalente – y ser natural de la Pro-
« vincia que elige ó con dos años de residencia in-
« mediata en ella».

Eso dice la ley escrita .La práctica ha olvidado casi todo y ha establecido que para ser Senador, se requiere haber sido zurrador de pueblos y libertades, es decir, Gobernador, – tener los años

que quiera encima, y ser semi-mudo por temperamento. No se habla nada de ser débil de carácter, inconsecuente por principio, negociante por costumbre, ni político silencioso por necesidad,—pero en algunos casos se requieren tambien estas *virtudes*.

Hace diez años que la costumbre impera sobre la ley, por eso hoy el Senado. es una Sala del San Roque casi llena con pensionistas que mandan de todas las Provincias; pensionistas que por no perder el favor del médico que les receta y los cuida, han venido asistiendo á todos los deseos y caprichos, llorando la despedida de cada médico, si el que llegaba era compañero y amigo del que se marchaba y poniendo cara de circunstancias, preparando su composicion de lugar, siempre que los acontecimientos fueran imprevistos.



El Senado actual, es único en nuestra historia parlamentaria.

Sin embargo, apesar de tener en su seno *hombres firmes* que creyeron – solo ayer—« que nada habia que cambiar » y otros que « todo debia cambiarse », hasta ahora, nadie le ha arrojado la injuria de suponerlo... reaccionario ó liberal.

A pesar de los tiempos que corren, de soluciones, suavidades y equilibrios, es tan francamente conservador que su temperamento, su alma, su corazon, se mantiene en el viejo estado, de.. *roca*.

*
* *

No sé por qué, pero siempre que me encuentro en el recinto del actual Senado Argentino, viene á mi memoria aquella escena entre los galos victoriosos y los Senadores romanos.

Parecian estátuas de ancianos venerables—dice el historiador—religiosamente colocadas unas al lado de las otras, vestidas con blancas túnicas, tan blancas como la espesa y luenga barba cargada con la nieve de ochenta inviernos.

Breno, el jefe galo, alentado por la quietud y el silencio que reinaba en el recinto sagrado, se aproximó y admirando esas estátuas tan humanamente talladas estendió su mano y tocó la barba del primero.

Qué indignacion romana provocó esta irreverencia gala!.... pero al fin esas venerables estátuas humanas que hacian de la imitacion olímpica un sublime arte, al rumor del sable conquistador que caia sobre la balanza acompañando al *væ victis!* que resuena todavia al

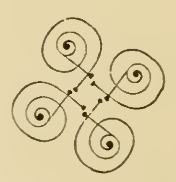
traves de los siglos para los vencidos en todas las luchas, se calmaron, se movieron, y marcharon al compás del martillo que heria el bronceado escudo.

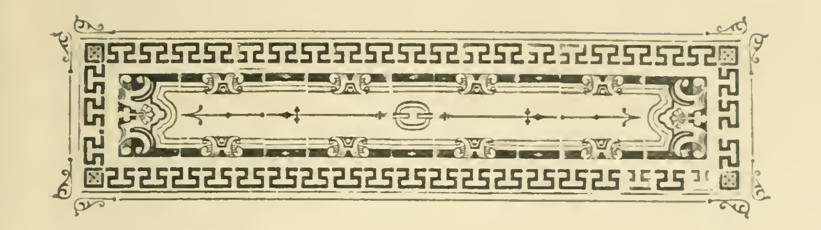
Pero.... ¿cómo y por qué viene á mi mente esta reminiscencia histórica, ante los hombres del Senado Argentino, que por cierto no son romanos, no usan túnica blanca, ni luenga barba?

¿Será acaso porque tienen cierto parecido á estátuas, pero á esas estátuas mutiladas que despues de haber pasado siglos bajo tierra, son desenterradas por los arqueólogos impenitentes?

Será por qué han resistido con indignacion, para marchar inmediatamente despues al compas marcado por todos los vencedores?

Francamente, ustedes hábiles lectores, deben esplicarselo mejor de lo que yo me lo esplico.





ORATORIA PARLAMENTARIA

No son las riquezas del Sahara propias para llenar las galerias de un Museo ni para hacerlo célebre. Sus arenas agitadas por el Simoun si destruyen las caravanas no construyen curiosidades. Solo ese viento maligno y mortal que las agita, á poderse encerrar en un globo de cristal, formaria la novena maravilla del mundo, por convertir con el prodigio á los hombres débiles y miserables, en génios poderosos, mas grandes que el Júpiter pagano que encadenó al Prometeo.

* * *

Mucho tendria que investigar, mucho que discurrir, mucho que inventar, el que fundára su riqueza en los ejemplares de buena oratoria que

se aprestase á encontrar en nuestro Senado. Como en el desierto africano, allí no hay mas que tristes perspectivas, paisajes grises, arenas al alcance de nuestra mano y en el horizonte.

Hace mucho tiempo que la palabra con nobles, enérgicas y sinceras vibraciones no se oye en aquel recinto de las leyes. Los sacerdotes del buen decir, los patriotas sin oropeles, los talentos sin sombras, han sido desalojados. Si la muerte no los ha hecho enmudecer, las ingratitudes de la sociedad los ha relegado al olvido. Sus caracteres bien templados no sirven ni para ejemplo de las nuevas generaciones.

« Extranjeros en la propia patria » — segun la vieja y sarandeada fórmula aplicada á los *archivados* de nuestra política — han sido condenados á vivir contemplando la marcha ascendente de todas las nulidades, arrancadas del fondo por la marea impetuosa de todas las corrupciones.

Allí, en esa playa de salvacion que daba en otras épocas fácil y seguro abrigo á las tendencias conservadoras y generosas de los pueblos, no se encuentran sino los desechos, los náufragos de todas las tempestades, los malos pilotos que encallaron la nave, los marinos sin experiencia que cruzaron los mares sin brújula y sin norte,

descuidando el timon, abandonados y confiados á las corrientes.

*
* *

El Senado argentino, es por esto un Senado nuevo y original.

Cómo se ha resuelto la representacion popular en este alto cuerpo legislativo?

Es aquello una invernada de gobernadores; de hombres de accion que esperan el momento, de hombres de lucha que preparan la oportunidad, — de alcaldes que cargan charrasca y naranjero y que siguen la justicia del sabio Salomon, «la mitad para cada uno si el todo prolonga el litijio» pero que desdeñan el saber, la ciencia que se adquiere sobre el libro, con la observacion y obrando con la independencia de los caracteres enteros.

Basta ser gobernador de provincia para tener asegurada la banca en el Senado, y basta como consecuencia tener una banca en el Senado para aspirar con éxito á las gobernaciones de provincia.

*
* *

Salvo raras excepciones, los Senadores actuales, si no han sido una vez gobernadores lo han sido dos veces.

Es un juego de niños. Simple cambio de asientos: yo bajo, tú subes—guardame esa banca yo te reservo ésta gobernacion—brindame con esa gobernacion yo te obsequio con ésta banca.

En la táctica, no pueden ser nuestros legisladores mas conservadores. Es imposible: ni puede haberse simplificado mas el problema, todavia discutido, de la representacion nacional.



Así, gracias á esa simplificacion, la oratoria política del Senado, es una oratoria descalabrada, oratoria de gobernador que cede y hace fuerza á la vez; de hombre que está acostumbrado á triunfar, no con palabras sino con hechos,—que no discute, que ordena,—que obedece porque sí ó que resiste por igual razon.



Pero contamos con algun orador?

Yo le he oido decir á un colega aficionado á estos estudios:

« Son tan raros los buenos originales en nuestra tribuna parlamentaria, que siempre los estoy revisando y estudiando; quién me dice que el mas insignificante no me brindará, cuando menos lo piense, el tesoro mas precioso de elocuencia? Ten-

go esa esperanza: suceden tantos chascos y hemos visto tantas maravillas, que no seria punto mas que imposible encontrar una buena veta perdida allá, en medio de un mundo de palabras».

Apruebo: no son tan vanas esas esperanzas. Es tan fácil engañarse y juzgar mal,—juzgar á un hombre que habla mucho, como orador,—y á uno que se calla siempre, como insignificancia ó nulidad, sin pensar que hay silencios mas expresivos, sábios y elocuentes que un discurso de esos que se miden con metro y que sus autores, por una misteriosa armonia de juicio, aprecian como los lectores, tambien por la extension que ocupan!...

Y no empecemos, para juzgar, recordando triunfos, porque ¿cuántos oradores de larga fama han visto romperse en sus manos las propias armas al mas débil choque con las de un contrario—orador novel?

Viejos luchadores parlamentarios, ofuscados en un momento de pasion, se han visto derrotados por una mediocridad en una sencilla cuestion reglamentaria, y constitucionalistas imbuidos en su ciencia, han seguido gradualmente perdiendo el estribo ante espíritus innovadores y atrevidos, hasta caer en el fondo donde rebullen todas las

nulidades, destrozándose mútuamente, esgrimiendo las armas mas cobardes por vencer de nuevo y salir á la superficie.

*
* *

Cuántas cosas extraordinarias se han visto en la tribuna parlamentaria!

Oradores de provincia que, precedidos de la fama de tribunos, han llegado á nosotros conduciendo las mas grandes esperanzas de sus electores, para. . . dejarlas caer á la primera palabra, de la misma manera que el cuervo de la fábula dejó caer el famoso queso. . .

Periodistas de *allá*, que cansados de predicar la regeneracion política y aspirar la banca del Congreso como la tribuna mas alta y mas honrosa, se han sentido presos de un mutismo aterrador y de una impotencia desesperante, allí mismo, en el mismo sitio, en el mismo puesto que aspiraban para largar el trapo de la elocuencia y cruzar al soplo de propicios vientos el mar de la política en todas direcciones.

Y no son los únicos: oradores, charlatanes, conversadores incansables, hombres de ciencia, periodistas de fibra, filósofos, poetas, políticos, constitucionalistas, reglamentarios, todos confundidos,

todos mudos, cabisbajos, románticos y hasta platónicos, han contemplado y sufrido, vergonzosas, desastrosas derrotas.

***

No son pues los triunfos ni las derrotas las que solo deben informar nuestro juicio ó darnos la base para nuestros estudios.

Serán las palabras de dulce sonoridad, el acento enérgico, el ademan correcto, del que exhibe una pieza artísticamente modelada en su escritorio y repetida cien veces frente al espejo en el hogar de la familia?

No por cierto: recordemos las palabras de Cormenin :

« *El verdadero orador, en su elocuencia hija de la invencion y no del arte, debe ser el hombre del momento y no del pasado* ».

La oportunidad, la elocuencia, la voz vibrante, apasionada y sincera; la lógica, la verdad, la honradez, el carácter firme, recto, manifestándose en cada una de las frases, dejando su sello en cada una de las palabras?

Así venció Demostenes á su rival Esquines, y con su triunfo, coronó su gloria.

Pero complicamos el asunto: nuestro escalpelo se estravia.

Planteamos una cuestion harto difícil y quizá ganemos mucho si antes de tentar resolverla, recordamos aquí lo que decia Quintiliano: «*Fiunt oratores, nascuntur poetæ*».

*
* *

Pero no tomen aliento los Senadores intemperantes en el uso de la palabra. No en el «mucho hablar» está el secreto del «*Fiunt oratores*..» y mucho menos lo está, en hablar mal.

Funes—«el viejo Funes» como le llamaban los cronistas—en esa forma pintoresca que tenia para espresar sus ideas, mas de una vez se lo hemos oido repetir, aludiendo á las declamaciones de sus colegas.

« Hablar! bah!—y lo decia dando á cada pa-
« labra doble fuerza, con un movimiento, con
« una mueca, con un signo—no es el caso para
« hablar mucho, es necesario decir poco y con-
« vencer ó probar... »

Este Senador que era todo un talento de primer órden empleaba verdadera religiosidad para escuchar á sus colegas, jamás los interrumpia para salirles al paso con un argumento, trataba siempre de acortarles el camino y cuando los veia diluir una idea en una charla de tres horas,

era mas terrible su ataque, rebosaba sátira su palabra, pero esa sátira criolla que hiere, ofende y hasta mata, sin misterios, franca, ásperamente.

Wilde, tiene abolladuras en su armadura de escéptico: se las hizo Funes en cien debates. En el matrimonio civil, le quebró las alas. Wilde enmudeció despues de oir á Funes hacer estas preguntas con acento de disgusto y de reconvencion...

« Para qué tanta erudicion en el señor Minis-
« tro? Mezcla los papas con los reyes, trae á co-
« lacion á Noé y su arca y á todos los animales,
« se burla de todo y. . ¿para qué al fin, señor
« Presidente, si en este debate no se necesitan
« tales historias, ni tales burlas, ni tales gracias,
« ni tanta enciclopedia?...»

Hablar poco y decir mucho. Era la escuela de Funes. No declamaba; era pobre la guardaropía de sus argumentos, —á menudo los presentaba en camisa y en muchos casos no los mostró en público, obligando á los taquígrafos á entrar en su aposento.

Ejemplo:

« Saben todos lo que se necesita en este caso para normalizar la situacion? . . . pues esto. . . » y levantando la mano se frotaba la yema de los

dedos índice y pulgar, queriendo significar que lo que faltaba era « dinero ».

Los taquígrafos tenian que levantar la vista del papel para comprender la terminacion del párrafo—pero el « viejo Funes » convencia sin esfuerzos, sin gritos, sin palabrerios. Era un orador casi mímico, arrancaba aplausos y sonrisas, provocaba protestas y adhesiones.

Del Valle con sus grandes recursos ha vacilado ante la argumentacion de Funes.

A mi juicio estos dos hombres han sido los dos oradores que ha tenido el Senado en sus últimos tiempos: el uno tenia la forma, el otro el fondo. Del Valle encantaba, arrebataba la reflexion, imponia su juicio. Funes lo colocaba á cada uno en posesion de sí mismo, lo obligaba á ejercitar el propio juicio, no lo elevaba al terreno de la teoria en plena abstraccion de la práctica.

Han sido dos oradores en el Senado: despues de ellos apenas han quedado Dardo Rocha, Pizarro y sábios como Gerónimo Cortés y Benjamin Paz!..





POR QUÉ (1)

I

Por qué no concurren las damas á nuestro Congreso?

Cuando no me esplico una cosa, tengo la mala costumbre — segun un autor muy conocido — de preguntar, de indagar, de buscar la esplicacion: — Qué es ésto? — Por qué

(1) Es toda una cuestion interesante la que encierra esta pregunta.

No habia sido tratada por ningun escritor ni siquiera se habian hecho insinuaciones en nuestra prensa, por mas que siempre se estrañaban todos que nuestras damas no tuviesen entrada á las galerias del Parlamento. Esta circunstancia de encontrar un tema que no habia sido tratado, mas que la cuestion misma, me sedujo y escribí el articulo que va á leerse. El General Mansilla invitado por mi á contestar la pregunta lo hizo gentilmente con la preciosa *Causerie* que me fué dedicada y que publico á continuacion supriméndole solo el epígrafe que era la tarjeta que yo le diriji al General, tarjeta que llevaba mi nombre y no mi pseudónimo, razon por la cual la suprimo en esta obra.

Creyendo que el tema no estaba agotado ni la cuestion completamente resuelta, publiqué el articulo que va á continuacion de la *Causerie* y que lleva el capitulo III.—*Escalpelo.*

es ésto?—Hay razon para ésto?—Es esto razonable?

La cuestion eterna del *por qué* de las cosas:—cuestion incómoda, pero cuestion interesante,—lo que prueba hasta cierto punto que las cuestiones y situaciones incómodas, no son siempre las menos interesantes.

Ayer por ejemplo, tuve una ocurrencia:—Vamos al Congreso!—le dije á un amigo; y, como éste amigo es un hombre condescendiente, no tuvo otra voluntad y nos pusimos en marcha.

—Al Congreso!... y qué vamos á hacer allá?—me interrogó con mucha inocencia, cuando ya empezábamos á caminar.

Y yo le contesté:

—Pues... vamos á oir á los oradores de la tribuna argentina.

Oradores...—sorpresa bien grande le causó oirme decir oradores. El hombre no creia en los maestros, en esos *parladores* que forman « porque sí » lo que ha dado en llamarse la aristocracia del talento—y tuve que dar nombres:

—Goyena, que con su palabra fluida, musical, pule ó endulza las cuestiones mas ásperas ó amargas:—Escalante, que las complica á fuerza de dejar caer sobre ellas toda la metafísica que lleva

en el coco.—Estrada, que hace discursos como Gottschalk fantasias sobre el himno brasilero, imitando tambores, bombos y clarines—y así con del Valle, Rocha, y demas caballeros del buen decir.

*
* *

Ninguno le agradaba.

Pues—agregué ya un tanto fastidiado—iremos para oir solo al vencedor de Sarmiento en los comicios,—á D. Agustin Cabezas.

—Y qué habla Cabezas?

—Supongo, hará la cabeza parlante, cuando menos... en familia.

Oh! pero en familia; todo, menos visitas particulares. Al Congreso sí, pero. . .

—Pero qué. . . ?

—Pero. . . que no conoces otros oradores?

—Muchos otros. . . ya lo creo!

—Bueno;—vamos á sonreir con Mansilla, á estudiar las cuestiones sérias, por el lado más poético!

—Con Mansilla. . . ?

—Sí! . . . ¡Mansilla para mí tiene todos los encantos del orador: es atrevido en sus concepciones; ligero y agradable en la forma—violento en el ataque—rápido en la réplica—risueño en el epígrama y. . .

—. . . qué?

—. . . y siempre se encuentra en el terreno. Ninguna cuestion lo sorprende: para todas él tiene una palabra, una frase, una improvisacion, una anécdota, una teoria, ¡un discurso!

Recuerdo que el ex-diputado Calvo, en un momento apurado, cuando una réplica oportuna lo colocaba en mal terreno, exclamó: «El general Mansilla! . . . es un general que manda la parada!»

—Sí. . .

—Sí; pero era una salida más ó menos ingeniosa; dos potencias en el diálogo y en la réplica, que se saludaban! . . . Calvo entonces no quiso exclamar: *¡touché!*



—Bueno; vamos á oir á Mansilla.—En ese momento no podíamos continuar la conversacion: estábamos ya en las puertas del Congreso.

—Y esto qué significa?—preguntó mi compañero, mostrándome unas cincuenta personas, señoras y niñas, que agrupadas en la puerta principal, parecian arrepentidas pecadoras esperando el santo advenimiento á las puertas del purgatorio?

—Estas son pensionistas ó futuras pensionistas.

Esperan aquí la llegada de un Diputado ó Senador, con una tarjeta de recomendacion en la mano, con una lágrima de súplica en los ojos, con un gemido de dolor en los lábios!

—Pero. . . que las mujeres no entran, no pueden entrar al recinto, á la barra, ni aun á las galerias del Congreso. . . ?

—No pueden! . . . está prohibido.

—No pueden ?

—No pueden.

—Por qué?

—. . . . .

Hé aquí lectores, una pregunta que yo no contesté, que no pude contestar —¿Por qué?

Por qué, la mujer argentina, noble, grande, heróica, sublime, que ha tomado parte en todas nuestras luchas, que nos ha fortalecido con su cariño, con su palabra, con sus actos en los grandes momentos, en los momentos difíciles, en los momentos supremos, no puede presenciar las sesiones del Parlamento de su patria?

—Por. . . qué. . . ?

Hé aquí una pregunta para la cual no encontramos una respuesta.

Tendrán miedo los feos de exhibir su fealdad?

Quién lo comprende? . . . quién lo sabe?

Los que no hablan, los que hablan mucho; los feos, los hermosos, los lindos. . . ¿quién tiene miedo, quién no quiere, quién se resiste á que nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas, nuestras hijas. . . y hasta nuestras suegras, —los miren, los escuchen, los aplaudan. . . ?

Quién contesta á este *¿por qué?*

¿Acaso el general Mansilla, que tiene una respuesta para toda pregunta, y. . . y siempre bondad para todos, y para mí. . . ?

II

CAUSERIE (1)

Contestacion á una pregunta

«Como no! No hay tema malo. Lo malo suele ser los modos de tratar los temas. Y lo peor suele ser no tener energía para contenerse, que es lo que á mí me sucede con V., con Vds., con todo

(1) Véase la nota de la página 27.

el mundo. Yo paso por ser un hombre hecho y derecho, y no hay quien no me lleve por las narices. En la Cámara, por ejemplo, me suelen decir: «ya vé como votamos con V.» Mientras tanto, la verdad de la verdad, es, que siempre yo hablo por ellos, y voto con ellos.

¿Hago bien, hago mal?

Yo creo que hago bien.

¿Por qué?

Contesto por boca de Burke, el gran orador inglés, el cual decia en uno de sus célebres discursos: un partido, se compone de individuos que se reunen para servir al interés nacional, dirigiendo el conjunto de sus esfuerzos, segun algunos principios particulares, admitidos por cada uno de ellos. Gentes que piensan libremente, pueden, bajo ciertos aspectos, diferir de opiniones. Esto no obstante, como la mayor parte de las cuestiones que se presentan en la vida pública, están regidas por principios generales; habria que ser muy desgraciado en la eleccion de sus asociados, para no estar de acuerdo con ellos, de diez veces, nueve por lo menos. Esta conformidad ha bastado siempre para dar á la union de los individuos un carácter enérgico de uniformidad.

Bueno. Pero vamos á ver si me es posible, to-

mando el hilo por donde se debe, satisfacerlos á Vds. que son implacables en sus exigencias,—y digo esto, porque Vds. saben que yo no me pertenezco como folletinista, que me debo incondicionalmente á *Sud-América*, y que lo que me exijen ¡tan luego á mí! es una infidelidad.

He sido, soy, y sospecho que seré un gran pecador, aunque todavia no haya incurrido en abominaciones,—no me las arguye la conciencia, al menos,—asi es que, pecadillo mas ó menos, tengo que ser el que soy y someterme tranquilo á lo que venga el dia del fallo final.

No estoy de acuerdo con las apreciaciones que alguno de Vds. ha hecho sobre la oratoria de algunos de nuestros hombres. Tienen estos facultades mentales y saber suficiente y órganos anatómicos privilegiados para hablar con elocuencia en ciertas y determinadas circunstancias. Pero, no serán nunca oradores de parlamento; les falta el brio, el arranque, el ímpetu, y hasta la *maña*. Las cuestiones en las Cámaras se parecen á las batallas. No hay victoria posible sinó combinando estos tres elementos: el valor, la táctica y la disciplina. Y los caballeros, á quienes me refiero, no tienen ni disciplina; y asi es que muchas veces se dislocan, y hacen lo que jamás hacen

ciertos grupos en los parlamentos europeos, que no votan con la mayoria, ni aun que se trate de la salvacion de la Patria,—no habiendo en ellos nada de personal.

¿Por qué no concurren las damas á nuestro Congreso? Me preguntan Vds.

Si esta pregunta se la hubiera hecho D. Quijote á Sancho Panza, el buen escudero habria contestado: «porque no pueden; si no dejan entrar!»

Yo agrego á la razon que habria dado Sancho, ésta: Que el Reglamento no lo permite,—y que es tradicional.

En cuanto al *por qué* en el sentido de causa eficiente, de razon metafísica por decirlo así, á lo que parecen Vds. inclinados, podria recomendarles por via de comentario, con relacion á la pregunta y á otras materias de la misma índole, el último libro de Mr. Francis de Pressence sobre «la Inglaterra y la Irlanda»,—libro que tiene todas las calidades fundamentales que debe tener una historia parlamentaria: erudicion abundante, estilo fácil y sencillo, y siluetas de oradores modernos, dignos de ser imitados.

Se me ocurre, sin embargo, (hay otros «documentos humanos» más viejos que yo, que po-

drian ser consultados sobre esto), que esta ausencia de las damas, en nuestros debates, puede provenir ó deberse á tres circunstancias: que el Cabildo que no admitia señoras se convirtió en Junta legislativa, en los momentos precursores de la emancipacion definitiva y aun despues; que las legislaturas de los caudillos, no tenian nada de interesantes, ni de amables (la mujer busca esto siempre, tiene horror á aburrirse) y que los partidos abusaron despues del recurso de opinion pública postiza, en la barra,—para aplaudir á veces á los que desbarran y silbar á los que tienen seso. Este espediente, especie de coaccion moral, convirtió en algunos momentos nuestras asambleas en trasuntos más ó menos escandalosos de la famosa Convencion francesa.

Ahora, vamos pecando ó cayendo en el extremo opuesto. Las damas no se asustarian siendo espectadoras: se aburririan á morirse, tal es la tiesura y la compostura y la mesura que se les exige á los inviolables, por ellos mismos. Y tal es el uso y el abuso de la titulada oratoria á que recurren en virtud de su derecho, todos los que tienen lengua. Asi es que, con razon, pasaba en la última sesion de la Cámara esto, que van Vds. á leer,—llevándose los honores del

esprit mi colega Luro. ¿Y por qué nó? A mí, cuando me tocan, siempre digo: *touchè*.

« . . . .

Sr. Molina—Continúo.

Sr. Gimenez—Me permite una interrupcion? Hay un largo informe del departamento de ingenieros en que se compara esta propuesta con la de Medici y Cª. Podria leerse pero es tan largo que fastidiaria a la cámara la lectura de ese documento.

Sr. Mansilla—Nos oponemos!—*(Risas)*.

Sr. Gimenez—Hay cálculos aritméticos....

Sr. Luro—Es bueno leerlo.

Sr. Mansilla—¿Cuántas fojas tiene?

Sr. Luro—No importa. Aunque tenga muchas.

Sr. Mansilla—¡No señor! Vamos por partes.

Sr. Molina—Tengo la palabra y continúo.

Podria ordenarse la lectura de ese documento. Lejos de oponerme, creo que vendrá á satisfacer las dudas del señor Luro.

Sr. Mansilla—(Toma la palabra y entra en largas consideraciones respecto al punto en debate y como llevára trazas de prolongar su discurso, dijo el—

Sr. Luro (dirigiéndose al Sr. Mansilla)—Tran-

sijamos. Para no oir un discurso mas largo que la lectura del informe, desisto de mi indicacion. *(Risas).*

Sr. Mansilla—¿Cuál es el resultado práctico, señor presidente?

Sr. Presidente—Que se va á votar el art. 8º.

Sr. Mansilla—Es decir, que no se leerá el informe. Perfectamente!

. . . . »

Yo, no conozco nada mas fastidioso que nuestro parlamento, y á ello contribuye, en gran parte, la obligacion reglamentaria de hablar sentado. Todo el mundo se anima estando cómodo. Creo que así no sucederia, si pintando una situacion, la crónica dijera: «y poniéndose de pié, ó subiendo á la tribuna, como Mirabeau, ó como O'Conell, dijo—(lean Vds. lo que quieran)». Yo, si las cosas pasáran así, no hablaria nunca; me estaria calladito en mi puesto, oyendo, para votar, como es debido.

Repito, que no hay nada mas aburridor que en nuestro Parlamento: todo está prohibido, menos hablar, y á veces habla la gente mas inesperada, y con una gracia andaluza que es de chuparse los dedos, y no hay remedio; hay que escucharlos. No se puede, como en el parlamento italia-

no, *chitarlo.* No se puede, como en el parlamento suizo, *tamborinear* con los dedos sobre el pupitre, ó con la plica. No se puede, como en Francia ó en Austria ó en Alemania mismo, manifestar el fastidio ó la reprobacion con esterioridades. No se puede, como en Inglaterra, dormir, roncar, comer, hasta huevos fritos, mientras habla un gran orador.... de estos.

Entre nosotros, hay que escuchar para ver si nos convencen, y, como si todas las cuestiones no estuvieran votadas de antemano,—tengamos ó no tengamos, como no tenemos, *leader;* pues en nuestro país, todo el mundo, por regla general, prefiere, en vez de ser cola de leon, ser cabeza de raton, y campear por sus respetos. Es la neurosis de la autonomia.

De todo esto, despréndese, me parece, que las damas, que tienen el derecho constitucional de peticionar, no lo harán valer, mientras no se reforme primero, el Reglamento de ambas Cámaras. Entonces, ellas podrian tener, como en Inglaterra, su sitio *enrejado* y como un gran palco, en los teatros,—ó sin reja, como en otras partes. Y el resto del público estaria, en otra parte. Y aquí viene como pedrada en ojo de boticario, decir: que en los grandes parlamentos de

las grandes naciones, la concurrencia es muy limitada,—más limitada que la de los mismos dueños de casa. El público, pues, no es sinó una ficcion más. Y éste, como entidad real, sólo sabe lo que hacen sus delegados por las crónicas. Por ende, el deber de los cronistas de la prensa,—esta otra ficcion de la opinion nacional—no digo de ser verídicos ni exactos, sinó divertidos en sus crónicas, un poco mas divertidos que los mismos padres *conscriptos*, entre los cuales está, hasta el año que viene, en que felizmente, para algunos, cesa. (1)

Vuestro

LUCIO V. MANSILLA.

(1) El General Mansilla contestó á la pregunta con ésta *Causerie* el lunes 7 de Octubre de 1889. Terminaba su mandato como diputado al Congreso por la Provincia de Buenos Aires.
Posteriormente, en las elecciones que se celebraron para llenar las vacantes producidas por la terminacion de mandatos, fué reelecto diputado, pero ya no por la Provincia sino por la capital de la República.

III

Para una réplica

POR QUÉ?...

> Por qué no concurren las damas á nuestro Congreso?
> Si esta pregunta se la hubiera hecho D. Quijote á Sancho Panza, el buen escudero habria contestado: «porque no pueden; si no dejan entrar!»
> CAUSERIE DEL GENERAL MANSILLA.

« *Cómo no! No hay tema malo. Lo malo suele ser los modos de tratar los temas*».

Esta no es una verdad muy nueva que digamos, pero al fin, es una verdad!—entiendo que la antigüedad, sin quitarle nada, puede darle más derecho á ser proclamada, no, *verdad* simplemente, sinó, *gran verdad!*

El general Mansilla la ha repetido en la preciosa *causerie* que antecede, y la ha repetido con gracia y oportunidad—y hasta me atreveria á decir,—sin asomo de ironia, se entiende!—que despues de repetida, se ha empeñado en demostrarla.

«No hay tema malo».—¡Ya lo creo que no hay tema malo!

Lo malo suelen ser los modos de tratar los temas.

Sumemos con esto, los gustos y las prevenciones.

Ayer, por ejemplo, me decia un amigo.—He leido los artículos y por mas esfuerzos que he hecho, no he podido....

—Que cosa no has podido?

—No he podido dejar de ver que hay la intencion de no contestar derechamente á la pregunta».

Seria necesario discutir diariamente nuestras propias obras, con todos los amigos y conocidos para desvanecer dudas y destruir todas esas intenciones que los que leen atribuyen á los que escriben:—y como esa tarea seria imposible, resolví callarme, cerrar paréntesis y continuar con mi pregunta:

Por qué no concurren las damas á nuestro Congreso?

Se entiende, porque no concurren á la barra del Congreso,—que á las galerias y á las oficinas, las damas concurren á millares, especialmente á la Comision de Guerra—que dicho sea de paso,—en estos tiempos de paz, no es de guerra,

nada mas que para el presupuesto—y á la Comision de Peticiones—que dicho sea tambien en honor á la verdad,—no hace otra cosa que *dar* ó *rehusar* pero nunca *pedir*.

El general Mansilla nos ha dicho;—«Si esta «pregunta se la hubiera hecho Don Quijote á «Sancho Panza, el buen escudero habria con«testado: «porque no pueden, si no dejan entrar»!

«Yo agrego á la razon que habria dado Sancho, «ésta: Que el reglamento no lo permite,—y que «es tradicional».

* * *

Vean Vds. lo que es no pensar de la misma manera.

Salvando las susceptibilidades y los escrúpulos que Sancho pudiera tener en el otro mundo, yo creo que habria contestado así: «Como van á concurrir, si no las invitan?»

Y no las invitan,—es la verdad; y no asisten á la barra del Congreso, por esa razon que me parece demasiado fundamental.

La cuestion entonces se reduce á saber porque no las invitan, y despues de repasar el Reglamento y no encontrar ningun artículo que prohiba la presencia de las damas en la barra, todos creerán en las buenas razones que nos ha dado el galano

escritor que contestó á la pregunta, diciendo que, *es tradicional que las damas argentinas no concurran,* para despues colocar la contestacion que pongo yo en labios de Sancho.

Por tradicion deben tambien no invitarlas.

Unica razon que satisface; única razon que existe tambien.

Pero, ahora se presentan muchas objeciones.

¿Seria conveniente la presencia de las damas en la barra del Congreso?

Quién lo duda? Mil razones tenemos para demostrarlo. En primer lugar, colocábamos ventajosamente á la mujer argentina para que empezase á conocer bien los representantes del pueblo y para que fuera dándose cuenta de todas las cuestiones que se debaten en los parlamentos.

Y despues de todas las ventajas para la mujer .... ¿cuántas para el país? cuántas para los mismos representantes?

***

Empecemos á contar para los últimos.

1º Supresion de ronquidos.

2º Idem de siestas.

3º Idem de diálogos cargantes—(Todos los diputados y senadores querrian ser amables é interesantes).

4o Idem de inconveniencias, tales como:

a) Acostarse en las bancas.

b) Carrasperas intolerables.

c) Melenas enmarañadas.

d) Trajes inadmisibles, sin previa visita al agua Prat.

e) Figuras hidrópicas.

f) Lectura de Bibliotecas enteras á guisa de argumentos.

g) Gritos destemplados.

h) Discursos metafísicos.

i) Tiradas declamatorias.

j) Ruidos sospechosos ... y para concluir esta pequeña enumeracion.

k) Supresion de esas salidas rápidas del recinto con las manos en ... los bolsillos, mientras habla un orador.

Y, ¡atencion! que estas no representan mas que una mínima parte de las inconveniencias que se desterrarian y de las ventajas que se alcanzarian.

No cuento por cierto, el golpe de vista que presentaria la sala en los grandes dias, en los dias solemnes de su apertura ó cuando un asunto de trascendencia política y social se debatiese en su seno.

No cuento la disminucion de escapadas « para que no me vea la pensionada tal, ó la peticionante cual » — ni cuento el ahorro de ese gasto de mal humor que muchos de nuestros legisladores tienen que hacer, para contestar á una señora que invariablemente los interpela á la salida y á la entrada:

—Señor, se trató mi pension?

—Señor, se trató mi asunto?

Todas habrian podido presenciar la sesion y ver si el diputado que les prometió la mocion cumplió ó no cumplió ó si otro habló lo que él debió hablar.

* * *

Y ahora, para concluir, no diré nada de los célibes empedernidos que podrian pasarse, *con armas y bagajes* al campo contrario?

Nada! — Contestada la pregunta, dejemos solo establecido esto:

—Que las damas no asisten porque no las invitan.

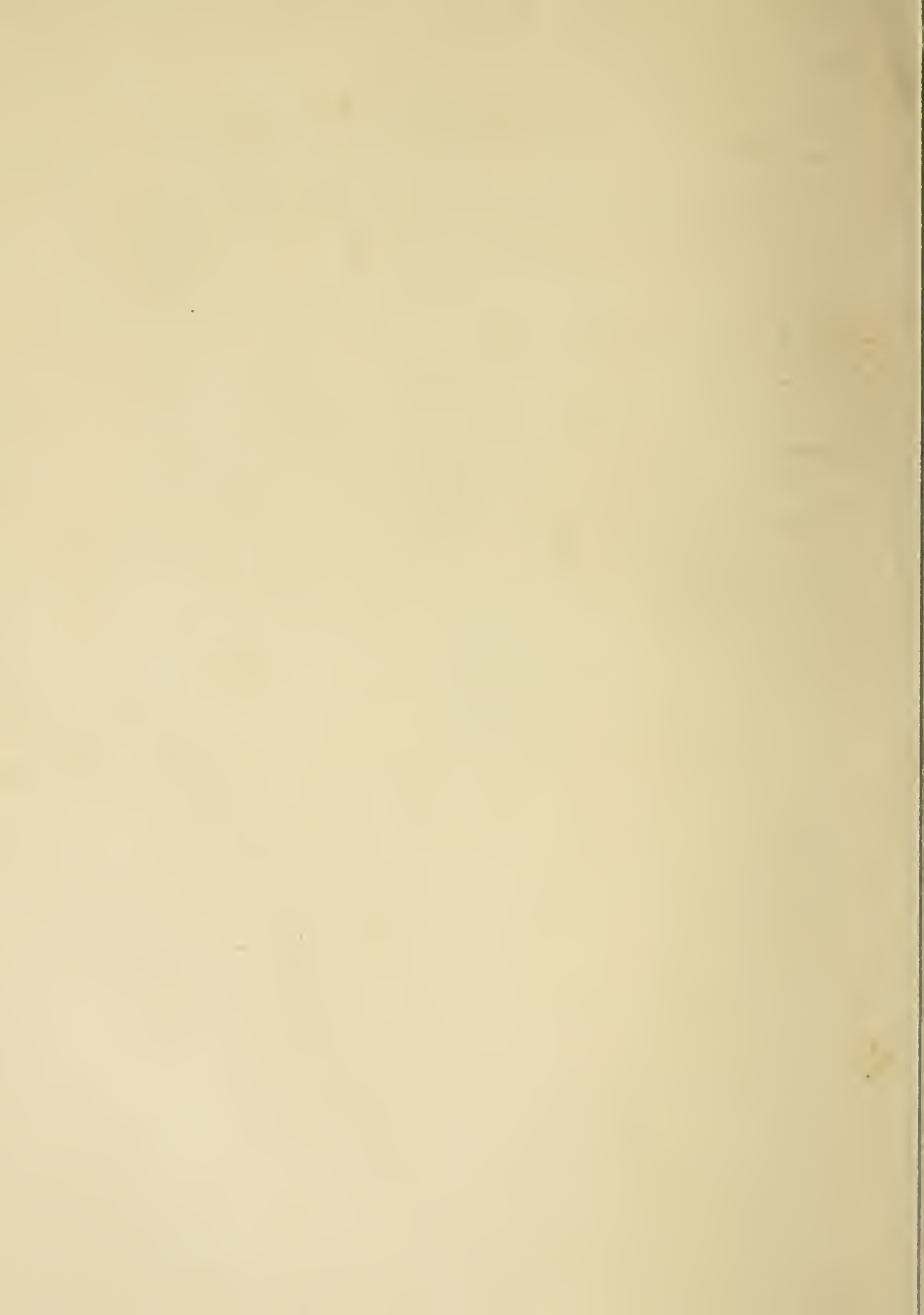
—Que no la invitan porque es tradicional que las damas no asistan.

—Que las damas no asisten sin invitacion,

porque es tradicional que las damas argentinas no asistan á donde no las invitan.

Con todo lo cual, doy por terminado el artículo y agotado el tema.

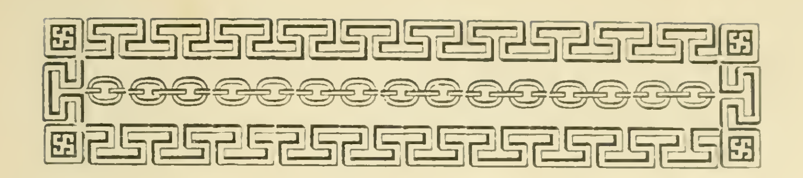






EN LAS ANTESALAS





EL PORTERO

«NADIE pase sin hablar al portero». . . .

Dicen que los pompeyanos colocaban en el vestíbulo de sus casas esta solemne advertencia: *¡cave canem!*

Por lo dicho debemos pues, creer, y muy fundadamente, que los pompeyanos fueron hombres de pocos amigos, ó que sus municipales é intendentes, — si es que conocieron tales viruelas — ni fueron boticarios, ni se preocuparon mucho de venderle veneno al Estado para que éste lo empleara en matar perros, despues de cobrar patente por ellos.



Estos animales generosos y fieles que desde que el mundo es mundo, vienen acompañando al animal más egoista, —el hombre—debieron vivir entonces, no como perros—ya que esa frase hoy dia está consagrada á la vida miserable,—sinó como patriarcas. ¡Todo un siglo de oro para los protejidos del Dr. Albarracin....



Como en los tiempos que para nosotros ya pasaron—no sé si felizmente—y que acompañaban con un gruñido al *sin pecado concebida* de nuestros abuelos, los perros debieron formar en aquellas remotas edades, el gremio importantísimo de porteros.

Francamente, la cosa no debió ser muy agradable, y menos agradable si el gruñido en ciertos casos llegaba á ser la única contestacion al llamado del visitante; pero. . . ¿quién sabe? á tantas situaciones difíciles llega el hombre á acostumbrarse, que á mí no me parece cosa del otro mundo la confianza en los perros bravos, cuando hay hombres que la tienen con los porteros que á menudo son todavia más bravos.

Sí hasta el ahogarse y de una vuelta de carnero pasar al otro mundo, es cuestion de costumbre...

¿cómo no estarian acostumbrados los pompeyanos á tratar con los perros, de la misma manera que nosotros tratamos hoy con los porteros?

Y... ¡cuidado! que entre nosotros hay porteros mas bravos que el mas bravo perro inglés,—sobre todo, si es *criollo*.

—Ciertamente, adivino que hay una objeccion posible y hasta justa: el verdadero portero no es el criollo; es ese tipo traido de allá, de la vieja madre patria, trasplantado aquí, diremos, con todos sus vicios y virtudes, con todas sus excentricidades, genialidades, barbaridades y ridiculeces.

* * *

El *criollo*, por naturaleza indómito y con una voluntad semi-salvaje, no ha podido hasta ahora amoldarse á esta profesion, que requiere á parte de otras cualidades, un carácter reservado y suave y una voluntad tan dócil, que pueda, sin esfuerzo, responder á las mas ridículas exigencias del amo.

Es por esta razon que el gremio de porteros se forma en su totalidad de rudos, aunque fieles gallegos—habiendo llegado esta costumbre hasta el estremo de formar el gusto de nuestros poten-

tados que elijen sus buenos servidores entre los de esta clase.

El gallego conoce tan bien la importancia de sus apreciables servicios de portero, que ha llegado hasta olvidar la nacionalidad, sustituyéndola por el pequeño lugar de su nacimiento:—cuando el que quiere utilizar sus servicios le pregunta:—*Es Vd. español?,*—contesta, dando vueltas al sombrero entre los dedos y buscando la pierna sobre la cual ha de apoyar todo el peso de su cuerpo:—*Nun señor... suy jalleju*».

Comprende que esta declaracion le dará el puesto, acompañado de un buen sueldo, lo que no seria fácil conseguir, si solo dijera: «Soy andaluz» ó simplemente, español de cualquiera otra provincia con hombres menos simpáticos para estas profesiones.



Y al final de todo, es necesario reconocer en el gallego cualidades muy indispensables que, como á ninguno lo habilitan para cumplir estrictamente con los deberes que exige una porteria.

Es el caso que el gallego ama su puesto, se honra con el cargo, mientras que el criollo cree

siempre honrarle y por consiguiente, lo mira en menos; —luego hay que reconocer tambien que el criollo jamás obedece una órden sin pretender concederle algo de su propia influencia, endureciéndola ó ablandándola, segun sea su carácter, mientras que el gallego es *severo* — esta es la palabra, — en el cumplimiento de sus deberes. Sin cuidado de ser desobedecido se le puede decir — « *No deje V. entrar á nadie* » que nadie entrará, faltándole á la señora y á los hijos mismos del que ordena bastante imperio para hacerlo variar en su empeño.

¡Nadie entrará! . . . inútil será argumentarle, tratar de convencerlo que la órden no les alcanza, que se refiere á un individuo determinado, á los extraños, á la familia de don Baldomero, al Diablo.... ¡nada!.... repetirá siempre «*nun jentra naide* » y el *naide* para él tendrá un valor absoluto.

Para nuestro carácter, costumbres y modo de ser, esto es sencillamente ridículo y nos hace reir; eso, sin contar las muchas veces que nos irrita cuando una órden duramente mantenida nos hace perder el tiempo y la paciencia, — si es cierto lo que se dice ahora, que empezamos á tener paciencia y á querer el tiempo....

— cosa que yo, mi vecino y muchos otros dudan.

*
* *

Pero, no en todas partes está el portero de ceño adusto y mirada severa que vemos á menudo sentado en su silla con aire magestuoso en el portal de una casa de familia.

En las oficinas públicas, por ejemplo, el portero es generalmente un negro, uniformado con traje azul oscuro y grandes botones dorados; ha entrado desde jóven, quizá desde que nació le reservaron el puesto que ocupa y que solo una imprudencia muy grande podrá quitárselo.

En los Ministerios es la llave, es el todo; no se mueve una mosca ni se lleva una carpeta de una oficina á otra, sin que él lo sepa. El solicitante de empleos, el recomendado á un Ministro, no conoce siempre estas verdades y poco ó nada se preocupa de él, creyendo que su influencia es insignificante, pero . . . ¡paga bien cara su imprudencia! Pasarán los dias, las semanas y los meses, y no llegará á ver á la persona

que desea ver, si antes no ha logrado captarse las simpatias del portero.

Llegará apurado un dia, y le dirá:

—Oiga V., está el Ministro?

—Sí señor, pero en acuerdo.

Dia perdido; los acuerdos ministeriales á menudo concluyen en desacuerdos; y vale más volver de nuevo al otro dia y preguntar como la primera vez:

—Está el Ministro?

—Sí, señor—contestará el negro con dignidad.

—Puede V. anunciarme?

—Ahora está ocupado; de aquí á media hora.

El solicitante sacará su pañuelo, sacudirá el polvo de sus botines y empezará á dar vueltas por la galeria, satisfecho, preparando quizá la introduccion, el discurso que le endilgará al Ministro cuando le presente la tarjeta... pero, correrán las horas y, al fin, aproximándose al portero, con voz emocionada, creyendo inminente el momento, exclamará:

—Y... puedo entrar ahora?

—Entrar?—preguntará éste con un aire de profunda intriga.

—Cómo?—Sí; entrar al despacho del Ministro.

—Ah!... pero si el Ministro no ha venido...

—Nóóó ha veniiido!!! Vd. me dijo que sí...

—Se equivoca Vd.—y cortará el diálogo estirando la trompa mas afilada y reluciente del siglo.

—¿Qué hacer?... Hé aquí lo que se dirá un pretendiente víctima de estas malas bromas. Si es hombre de poca paciencia, se irritará y concluirá por cerrarse él mismo las puertas del Ministerio; si es prudente, vivo, despierto y conocedor de las debilidades humanas, volverá de nuevo á sus paseos esperando pacientemente que lo llamen, pero, como ésto nunca sucede en los ministerios y mucho menos para los pobres, se aproximará de nuevo al portero para decirle con aire misterioso:

—Como son estos Ministros, eh? figúrese Vd. que tengo una carta del Dr. X... hace cuatro ó diez dias y aún no he podido entregársela... pero, mire usted... si logra hacerme entrar hoy ó mañana, le prometo una buena propina.

—No, señor...—contestará como ofendido el muy pícaro del negro, mientras que en su interior deja que libre corra la mas chillona procesion de alegria.

—Si le van á Vd. veinte *nales*.... ya sabe eh?....

¡Sublime resorte!....

Entonces, indefectiblemente, vuela, y como si en su mano estuviese el mayor ó menor trabajo de un Ministro tan pronto como lo hacia ocupado, lo hace dispuesto á recibir al solicitante y lo introduce hasta el despacho.

*
* *

Pero ¡cuántos chascos!... cuantas veces se ha encontrado el portero con un *tigre* en estas mañas, el cual al salir del despacho se ha hecho el olvidado de la promesa y muchas veces al recordársela ha contestado:

—No embrome, amigo: no vé Vd. que lo he fumado...? Vd. me dijo que estaba, despues que no, y hubiera concluido por engañarme un mes entero, siempre que no le hubiese jugado esta pasada.

Oh! esto lo incita, pero el despecho llegando al colmo ahoga sus palabras y recriminaciones iracundas, arrancando solo una mirada centelleante y esta frase que es todo una promesa y un programa solemne:

—No me fumarás mas! gran... pillo!

Es el gruñido del mastin.

Con pocas variantes, este es el tipo criollo

el negro portero de nuestros Ministros; el portero de nombre, pero por sus hechos y por el modo de ejercer derechos que él solo se dá, el *ministro negro,* la llave de entrada á las oficinas públicas.

***

En cambio, el gallego, con qué seriedad se mantiene en su puesto y con qué criterio endemoniado interpreta y *hace* obedecer las órdenes recibidas!

—Pero, el diablo no es tan negro como lo pintan—me dirá algun lector.

—Si, por cierto, las escepciones ó los buenos, deben andarse por ahí, bien ocultos y desconocidos para todos. Yo, por ejemplo, he conocido apenas uno, bueno relativamente y creo que por no tener oportunidad para ser malo: era un viejo aragonés de pequeña estatura, de grandes bigotes canos y con dos ojillos vivaces y saltones que daban á su cara una buena y completa espresion de franqueza. En nada se parecia al guardian de ceño adusto y mirada severa que vemos casi siempre en el portal de una casa de familia, reemplazando al *canis* pompeyano,—ni á ese otro personaje de zaguan que en un Juzgado se *digna* contestar un *nó* impertinente y duro á las

preguntas de los clientes que no dan propina, pero... no se parecia, porque el pobre no podia mirarse en el mismo espejo en que se miraban aquellos: era el portero del Parlamento, donde todo el mundo entra y puede entrar, excepcion hecha de los que no quieren despilfarrar... el tiempo.

*
* *

Parado ó caminando en el gran vestíbulo, se encontraba siempre en su puesto desde la mañana hasta la noche, tranquilo y satisfecho, en la engañadora apariencia de su honradez.

Olvidado de todos, era solo el *mojon* que indicaba la entrada y la salida del Parlamento Argentino; pero conforme con este olvido que hacian de su importante persona, se entregaba en los momentos de ocio á soñar con esa famosa comision del «superavit» invencion *tagliana*, ó á fabricar piezas notables de correspondencia particular.

Sublimes correspondencias! recuerdo haber gozado con la lectura de una de las cartas mas modestas: en ella comunicaba á la familia ausente —con la misma conviccion y gravedad que emplearia un senador en caso idéntico—noticias de este bulto.

« . . . . . Hace un mes que estoy sin descanso.
« Ha llegado la época de las mayores tareas; mil
« asuntos graves se discuten diariamente en la
« Cámara,—proyectos financieros, reformas admi-
« nistrativas, intervenciones ¡la mar! Por estos
« debates, las sesiones se prolongan—casi diaria-
« mente—hasta las diez y once de la noche. . . .»

El pobre viejo, escribiendo para los de su tierra se creia todo un Senador; pero no ofendia á nadie: cortés y respetuoso, detenia su andar al primer llamado y solo entonces si se trataba de un desconocido se permitia el *lujo* de ser impertinente.

Sacaba los lentes, se los acomodaba sobre su nariz, contemplaba un minuto al interpelante y recien despues se disponia á contestarle.

—Está el diputado.....?

—Si señor! . . . . no señor!—segun el caso.

—Puedo pasar?

—Pase Vd! . . . . pase Vd! . . . . no se metia á capirote ni hacia la del negro del Ministerio. Gruñia sin morder.

*
* *

No entablaba conversacion con nadie; solo el cronista y la pensionista solian sacarlo de su mutismo dándole tema para sus espansiones: al pri-

mero le escatimaba su confianza,—á la segunda, la queria y se interesaba á menudo por su suerte.

—Estos crónistas con sus bromas pesadas me van á hacer soplar la galleta el dia menos pensado—exclamaba casi siempre. Pero estas bromas pesadas que le daban los cronistas estaban bien compensadas con las sonrisas que diariamente recibia de las pensionistas.

La pensionista.....!—formaba su sueño más dorado,—para ella reservaba su galanteria, su sonrisa mas tierna, mas expresiva, mas sincera y... hasta mas amorosa!—con ella tenia las conferencias mas originales,—de ella recibia las revelaciones mas tristes sobre las miserias de la vida—por ella sentia muchas veces una amarga tristeza, y, para ella tenia al fin, una palabra de consuelo y de aliento.

Allí se le veía siempre, en medio de tres ó cuatro enlutadas, contestando á ésta, cumplimentando á aquélla, alentando á la de mas allá, ó consolando á una que estaba á punto de llorar. Se multiplicaba, se estiraba, corria, daba saltitos, y con una nerviosidad maravillosa interrogaba y saludaba á todas á la vez.

—Pase usted—cómo le vá á usted—la despa-

charon á usted—y el enfermo de usted—y la solicitud de usted?...

—Y usted señora, habló con fulano?...

—Todavia no, *señor!*...

—Pues apurar; apurar que aquí es necesario apurar las cosas. Vea usted pronto á fulano que preside la Comision, y á Zutano que tiene mucha influencia: no pierda el tiempo, mire que... ¡hum!...

—Como no, *señor*—exclamaba medio llorando la pensionista—solo yo sé las miserias que paso... ¡Si ustedes supieran!—Solo las lágrimas que me cuesta mantener á mis hijitos!... Dios mio... —y aquí una de no te muevas, lágrimas, lamentos, historias ...

El viejo aragonés bajaba la vista, abrumado por esos recuerdos de miseria y de hambre; parecia llorar tambien, pero pronto se dominaba, salia del círculo, para dar una vuelta y volvia á incorporarse á él,—ofrecia proteccion y ayuda, y en cambio recibia bendiciones y ofrecimientos: todas querian acapararse al portero, creyendo—¡lo que es la desgracia!—que mucho podia hacer por ellas cuando ni para él era capaz de conseguir nada mas que lo que tenia.

—Visíteme usted: vivo en la calle...

—Y á mí! y á mí—repetian casi todas.

—Bien! bien; visitaré á ustedes y quizá pueda llevarles alguna noticia buena.

Y sé que se visitaba á honestas y honradas viudas, y que en muchos casos habia *socorrido* á estas desgraciadas señoras comprándoles uno y dos meses de pension en un momento terrible de apuro... para ganar, él, el honrado, el bueno, el amable, cincuenta y sesenta por ciento!

—Es un buen hombre! un gran corazon!—esclamaban los que apenas lo conocian por su actitud nobilísima en el vestíbulo del Congreso. Yo mismo sentí simpatia por ese hombrecillo que parecia conmoverse ante la desgracia agena y practicar la mas pura caridad cristiana.

Un dia no lo encontré en su puesto. Lo habian hecho saltar la barrera.

—Por qué hombre?—le pregunté á un compañero que estaba en el secreto.—Era tan bueno... ¡tan caritativo!

—Tan caritativo ¿eh?—y con un tonito zumbon me recetó el final del conocido soneto de Argensolas....

«Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!»

—¿Cómo. . . ! no entiendo:—que no era caritativo. . . .?

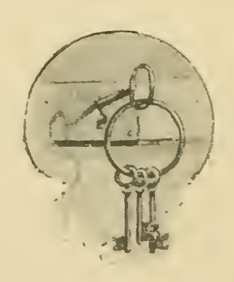
—Oh! sí, mucho: demasiado quizá, tanto que si se descuidan un dia mas en la casa, se hubiera llevado hasta el Evangelio con el Cristo de plata sobre el cual juran los señores Senadores y Diputados, una fidelidad á la ley y á la conciencia que . . .

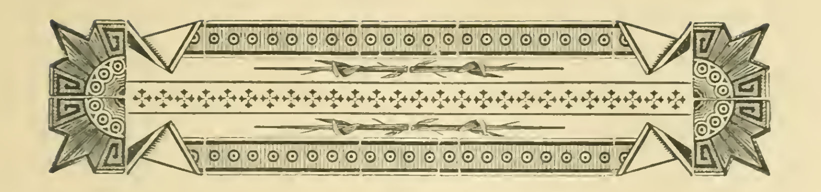
—Qué desengaño. Yo, que lo creia tan bueno; el único bueno! . . .

Parecia gruñir pero no morder.

*
* *

A lo menos el portero de nuestros abuelos, el *canis* de los pompeyanos que era al fin el mismo, tenia esta virtud inapreciable: la fidelidad para los de puertas adentro.





EL SOLICITANTE

A medida que desfila ante nuestra vista esa cáfila de personajes é insignificancias miserables que mendigan pan ó roban millones á la fortuna pública, que giran constantemente al rededor de las galerias del Congreso ó de los pasillos del Ministerio, el lente del observador trata de descubrirles ese rasgo,—esa línea que los caracteriza, que da la medida de sus pasiones y de sus necesidades, de sus urgencias y de su carácter, excluyéndolos del grupo más numeroso que se renueva sesion á sesion y que desborda en las galerias el dia de ruidosas interpelaciones, del pueblo—ese rasgo peculiar, decíamos, que tienen los contratistas, los «mecánicos» de la corrupcion ó los solicitantes humildes y miserables que llevan escrito en la frente y en la mirada aquella espresion singu-

lar que parece interrogarnos así . . . ¿Y mi pension? . . . y mi jubilacion? . . . y mi solicitud?

Difícil tarea aquella de perfilar á un solicitante á la «alta escuela», á un *mecánico*, que mueve la maquinaria de las influencias, á un mendigo de millones, de aquellos que entran con paso tranquilo y firme, trasponen el umbral de las galerias sin mirar á nadie y penetran con desembarazo al salon de espera de los Diputados,— que sin anunciarse, sin hacer una breve antesala van directamente y hablan sin rodeos de su asunto con aquel á quien han sido recomendados ó con aquel que recibe la parte de las utilidades que arroja la influencia en explotacion. Difícil, porque entre el solicitante á la *haute ècole* y el Diputado «rabonero» que solo llega al Congreso para avisar su falta y recabar la licencia correspondiente, no existe diferencia alguna si el que los observa no los conoce.

Qué cosa rara seria ver al más humilde de la especie penetrar á las antesalas! Cosa rara verlo trasponer el vestíbulo principal, con paso tranquilo y firme! . . . Seria de creer que habia dejado de ser solicitante para convertirse en jubilado!

⁂

La altaneria y franca desenvoltura del primero,

no puede confundirse con la humildad, con la mirada suplicante y los movimientos torpes y medrosos del segundo.

Al primero nadie lo conoce en la intimidad de su vida aventurera; es amigo de los diputados y de los senadores que lo reciben afablemente por que se han dejado encantar con su amabilidad, por sus modales distinguidos ó con su conversacion amena y juguetona, que concluye siempre en medio de las sonrisas picarezcas de los legisladores más sérios.

El asunto que lo lleva allí, no se descubre á las primeras de cambio; charla sobre todos los acontecimientos del dia, hace un poco de política y recien, cuando se han unido las manos en un último apreton de despedida, cuando los lábios detienen una sonrisa cariñosa, precursora del *au revoir*, recien entonces. . . repite con espiritual oportunidad el santo y seña, la proposicion, el importe, la tarifa, el negocio, la pregunta ó el consentimiento.

La respuesta que recibe entonces, es satisfactoria, y sobre todo, sincera. . . no puede ser de otra manera: el momento del recuerdo, el de la pregunta, cuando aun está palpitante su amena charla, es mas que oportuno, oportunísimo; y por lo tanto la indicacion no puede ser sinó eficaz.

El segundo, es decir, el solicitante humilde, es en todo diferente al primero.

Es conocido de todo el mundo por su persistencia, por su sin igual constancia para asistir diariamente á contemplar con cierta humildad lastimosa, el semblante de los diputados y senadores.



¡Pobre solicitante!

En su casa sueña con su solicitud, desespera de la llegada del dia para volver á estacionarse en los pasillos del Ministerio ó en las galerias del Congreso,—y una vez allí, sueña con las comodidades que le brindará la pension que solicita, y con paso mesurado, vacilante, medroso, se pasea acariciando el fondo limpio de sus bolsillos, haciéndoles arruguitas y apretándolas con dulce fruicion, soñando que es rico, soñando que está en el cielo, en fin, soñando para

su eterna desgracia, con quimeras de color de rosa que pocas veces llegan á convertirse en dulces realidades!

Innecesario es y será interrogar á otro para conocer la procedencia de un prójimo que se mantiene acurrucado en un rincon á la entrada de un pasillo ó tras un pilar del vestíbulo del Congreso,—con raida vestimenta, de barba desaliñada y sucia, con un sombrero que ha sufrido los golpes mas implacables del tiempo, con botines que de tanto guerrear con los adoquines y baldozas, han cedido por su base . . .

Inútil, toda esa vestimenta muestra hasta en sus detalles, el rudo combate del tiempo y el desordenado abuso del uso; el semblante mismo del que lo lleva está deteriorado por las líneas imborrables que deja el sufrimiento. El surco de las lágrimas arrancadas en un momento de hambre desesperante ó provocadas por la más negra de las ingratitudes, está allí, firme, sin que una vaga y fugaz sonrisa pueda quebrar su rigidez.

Es el pobre y miserable solicitante! . . . el desgraciado que llega á las puertas del Congreso para exhibir su miseria, para mendigar una piltrafa que pueda cubrir su desnudez y llenar sus necesidades en los últimos momentos de su vida!...

Sabe que su miseria misma puede arrancar un gesto de asco ó de repugnancia, y quiere ser expansivo con todo el mundo, con todo aquel que encuentra á su paso, al alcance de sus arranques de amabilidad, para probarle que allí, donde todo el mundo vé el rastro del vicio ó los espasmos del dolor, hay cierta heroicidad pasada, cierta virtud presente y una esperanza que sonrie, como sonrie él mismo, al recordar sus hazañas casi olvidadas pretendiendo impregnar su mueca de cierta franca sinceridad y consiguiendo solo que ella sea estudiada hasta el misterio por todos, y que se vea en su boca desierta, la huella de la miseria y de la espantosa burla á la desgracia, con que se quiere adornar inútilmente la avidez de dicha y alegria en una vida llena de privaciones.

Desde temprano se le vé paseando la vereda del Congreso ó sentado en un banco de la plaza de Mayo.

A la hora en que empiezan á llegar los diputados y los senadores va aproximándose mas y mas á la puerta de entrada.

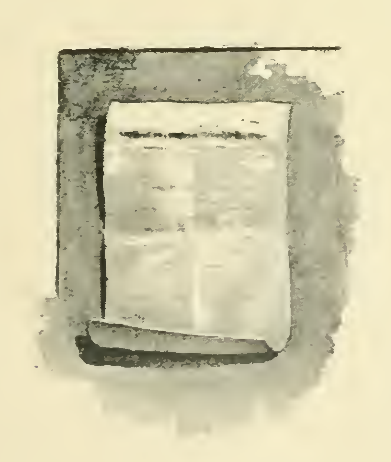
Muchas veces vé pasar por su lado á aquel á quien tiene que hablar, pero entonces, una lucha interior de sentimientos le impide dar un paso hácia adelante; la miseria y el respeto hacen

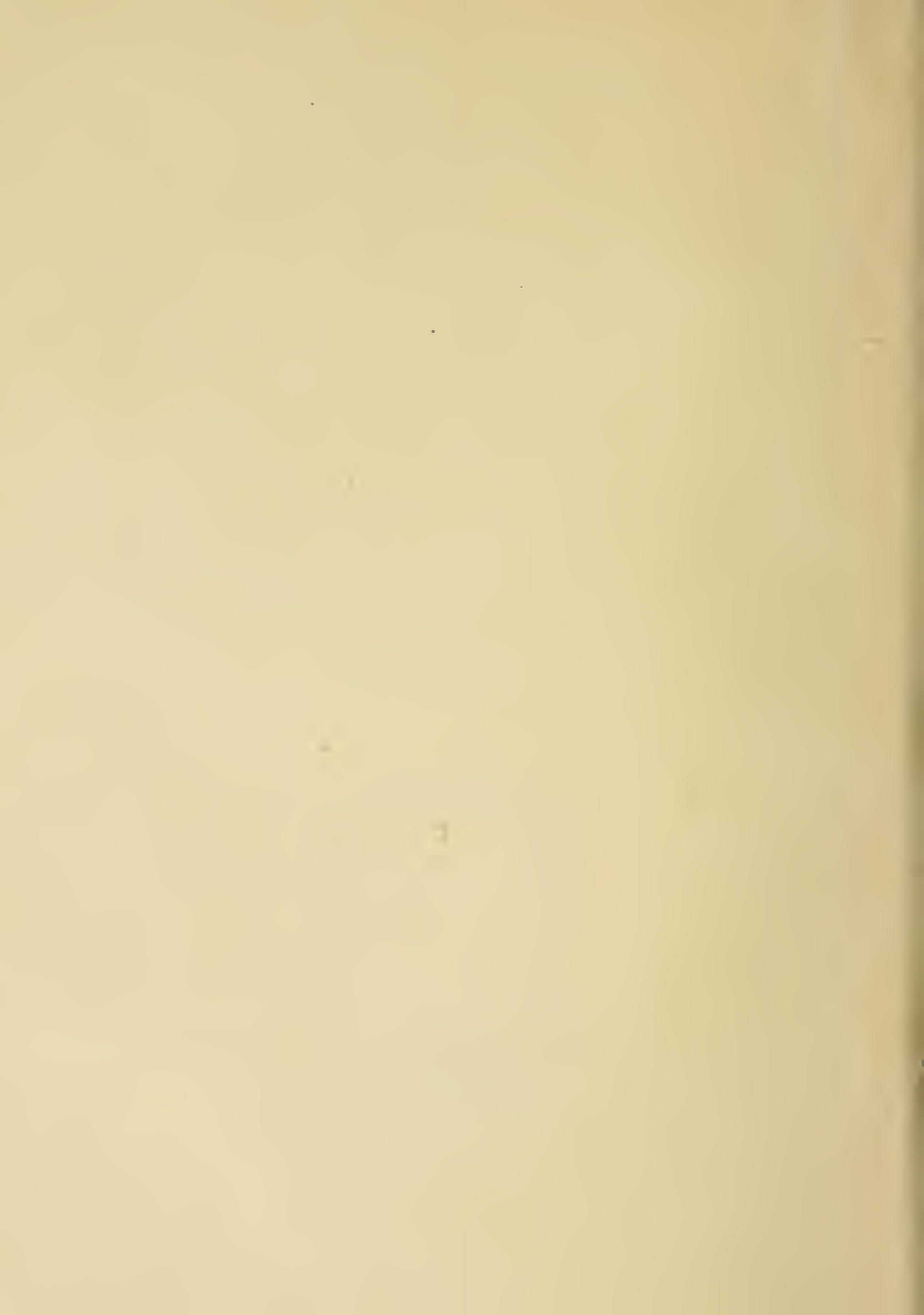
renacer en él la vergüenza de su situacion, y ésta lo retiene en una impotencia desesperante. Por eso vemos vagar años y años á estos infelices;—el valor que en otro tiempo tuvieron como único rasgo varonil digno de ostentar, los abandona en el momento en que se presentan á reclamar un acto de justicia.

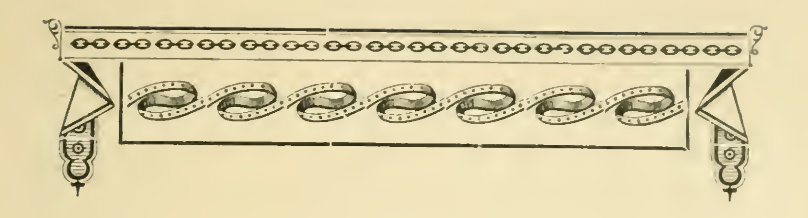
Me resisto á describrir sus miserias!

Acaso otra vez lo haga sentar frente á mí, en mi salon de estudio para oirle contar su historia y desventuras, pero hoy, no lo detengo. . . espera su pension y está intranquilo.

Dejémoslo que corra á las galerias. . .







EL OYENTE

Un dia—de esto hará un mes—despues de tres años de ausencia, se me ocurrió visitar el viejo é incómodo palco que tiene la prensa en nuestro Parlamento.

Sentia una especie de obcesion:—debe haber algo nuevo allí, me decia—y sin base para mi creencia, seguia no obstante, firme en «mis trece».

Fuí: queria convencerme,—queria volver á ver aquel palco, querido por mas de un recuerdo, curioso por mas de un concepto. No me llamaba una obligacion, iba como quien dice, á visitar la pirámide egipcia y á dejar pasar el tiempo reconstruyendo en mi imaginacion con ayuda del recuerdo fiel y de aquellos nombres y rayas, sentencias, retratos, perfiles y tajos que adornan y visten de una manera simpática la madera mise-

rable que allí, solo allí sirve de escritorio, toda la historia sencilla de mis comienzos en la vida periodística.

*
* *

Ocho años es cantidad suficiente de tiempo para cambiar y sobra para olvidar. Cuántas cosas han pasado desde entonces?—Como los rusos, bien podria decir que «ha pasado mucha agua bajo los puentes». Ni la mitad de los que *eran* entonces, *son* ahora.

—Ferriol, el tuerto aquel tan sin apariencias de cronista pero tan buen cronista y sobre todo compañero tan solícito y amigo tan leal, ya no existe: fué maestro durante la semana que duró mi aprendizage. Si hay paz en el otro mundo, pero paz y tranquilidad, sin parlamentos y sin crónicas, se la deseo. Bien la merece despues de haber oido todas aquellas declamaciones impertinentes de nuestros congresales.

—Abella, muchacho muy correcto, muy sério, demasiado sério quizá. Recuerdo que entré en su lugar y que las únicas palabras cambiadas con él fueron estas:

Abella—Vd. es el que va á hacer la crónica?

Yo—Es cierto.

Abella—Bueno—y en seguida dejó caer sobre mí una sonrisa protectora, me significó un saludo y nada más. Tres meses despues de esta escena, cuando nos veíamos nos saludábamos, seis meses mas tarde no nos veíamos para gastar saludos, hoy, no nos conocemos. Y no debemos conocernos, en realidad: por lo que toca á mí ya no recuerdo bien sus perfiles, y despues, puede haber cambiado. Sin embargo, he tenido y sigo teniendo lo que para algunos de mis amigos es una mania inofensiva y hasta tonta: seguir á todos los que conozco y aun los que no conozco, en los detalles de su carrera ascendente. Por eso sé que Abella es hoy el Secretario de la Presidencia.

En esto estoy lejos de reemplazarlo, por mas que ocupe la Secretaria de mis ilusiones que van haciéndose ya ilusiones de solterona.

—Garcia, una figurita de taller de artista, un hombrecito menudo, envuelto siempre en un leviton «marítimo», color fondo de botella con borra de campeche;—muy derecho, muy reservado, bastante desconfiado y con una carita antigua, adornada con un bigote poco reaccionario.

—Luisito Navarro, riubicundo, risueño y amable como un sol de otoño. Hoy es todo un Diputado á la Legislatura Provincial, cronicado por

otros que quiza no lo conocen bastante como para no hacerlo víctima de esas charlas de cronista, que llegan hasta el punto de hacer inteligentes y bestias en un cuarto de hora, sin apelacion.

—Alvarez, ese amigo *Fray Mocho* puntiagudo y acerado, entonces con todas las pretensiones del que no conoce á los que lo rodean y se cree por sobre todos los que no conoce.

Era cronista de *La Nacion*, y dirijia á los entrerianos en la barra.

—Basterretche, el narigueta mas recalcitrante que he conocido y que conozco. Gran corazon y buena pluma; humilde hasta la ingenuidad. Hace profesion de la pobreza honrada, pero han trascurrido tres años desde que está por asociarla con la ruda franqueza del vasco sin que haya podido conseguirlo ni recojer como producto de sus afanes, tres centavos partidos por la mitad.

* * *

Despues... los que empezaban á colar: Leopoldo Diaz vestido todavia con el traje de cadete de la Escuela Naval; con un largo sobretodo y un chambergo: todo un traje de poeta en carnaval. Entonces tenia la «*rabia del verso*», en el palco, en la calle, en el hotel, entre un

bife y unas salchichas á la veneciana no hacia otra cosa que cantarle á una rubia, á una morena, á una flor, á una planta, al diablo mismo. ¡Qué producir versos aquel año!

Por ellos ha llegado á ser desde diplomático hasta gefe de la oficina de marcas...; á lo que conduce la poesia entre nosotros!...

—Baldrich con su figura de lapiz de dos puntas, con la boca siempre llena de palabras que se atropellan y destrozan por formar frases. Entonces era un aspirante, hoy, es militar, escritor y explorador. Dios me perdone! yo creo en todo lo bueno, tratándose de Baldrich, pero no creo en sus exploraciones: no es presa apetecible para los tábanos del Chaco, pero, ¡qué quieren ustedes! hay cosas que no se creen porque no se creen. Será estúpido, pero es así. Quién cree en las exploraciones y conquistas del General Victorica? Nadie: pues la misma cosa me sucede con Baldrich y sin embargo Victorica fué al Chaco con un ejército, una escuadrilla y todo un almacen de la «Buena medida».

Algunos se me olvidan de aquella primera época: — un italiano y un gallego; tambien creo que llegaba al palco un inglés, que no conocia ni de vista á los diputados ó senadores y que se

guiaba por nuestras indicaciones. ¡Qué indicaciones aquellas!

Recuerdo todavia con sonrisas, que nos valíamos de este colega para hacer hablar á los mu dos, poniendo en boca de Arigós ó de Herrera—aquel diputado de la rubia chasca,—todo un discurso de Zeballos que era entonces, entre los diputados noveles, uno de los que mas hablaba.

*
* *

Hay tema para un capítulo de historia que bien podria escribirse sobre la misma tabla que sirve de escritorio en el palco de la prensa; hoy mismo, recordando despues de los nombrados, á Varas, que dia á dia á fuerza de crónicas taquigráficas aumenta su miopia—á Rezabal, con sus disertaciones sobre las leyes de Indias y con sus amabilidades de amigo cariñoso,—á mi buen compañero Ponce y Silva, que cada párrafo de crónica ó de artículo le ha costado un pelo de bigote, hasta el punto que de tanto tirárselo y mordérselo se ha quedado sin nada para empardar con el de Terron—ese simpático y raro muchacho que gasta tanta actividad como melena: al manquito Carreras, á quien Dios guarde»—á Ruiz, el sanjuanino mas feo que se haya

conocido, pero de talento y de corazon,—Emilio Lazcano uno de los que mas prometen para el periodismo, y á muchos otros que apenas recuerdo ya, que pasaron por el palco, un año, seis meses, y no volvieron mas, como Francisco Vidaurrasaga, Zimmermann, Emiliano Calvento, Padilla y Neyra.

***

Tengo un gran cariño para estos recuerdos y por eso queria visitar aquel palco.

Fuí, creyendo en las novedades, pero. . . ¡oh desengaño! en el palco, solo encontré caras desconocidas, y despues, en todo, la misma oscura y angosta graderia, la misma puerta guardada por el mismo vigilante, perfectamente cuadrado y con sus guantes blancos de algodon, y siempre, eternamente, el mismo tipo de oyente.

Pero este tipo especial, bautizado ya con el sonoro nombre de *oyente parlamentario*, necesita un capítulo aparte. Dedicámosle este.

***

Oyente parlamentario. Lástima que no conozca tu nombre, como conozco tus costumbres, porque no podré decir á mis lectores, allí está don Alfredo ó don Simon, ó el nombre que en la pila te dieron con la cucharada de sal, pero, no

importa, yo les diré: veis aquel que entra, aquel que toma asiento en el palco frente al Presidente, que desdobla su diario, que se cala sus lentes, que examina á todos... ¿lo veis?... pues bien, aquel es el oyente.

—Hoy no has traido tu diario, bien doblado, para hacer creer que eres hombre de asuntos, que vienes á oir la discusion de uno que te interesa, ó que es quizá tuyo, una pension de retiro ó la propuesta para la construccion de... cualquier cosa; pero ¡es inútil! yo diré que siempre llegas con el diario, que miras indiferente á todos lados; que tomas asiento en el palco, un momento antes que se declare abierta la sesion; que interrogas á tu vecino si es «cuarto intermedio», haciéndote el ignorante con el propósito de tener un compañero; que tienes una son-

risa de íntima satisfaccion cuando ves que una sesion se prolonga, y que cuando el vigilante te avisa que la sesion es secreta, te indignas grandemente y tomas escaleras abajo dado á todos los diablos, protestando que los elegidos por el pueblo, tengan secretos para el pueblo mismo.

Temo ser indiscreto, pero... eres oyente,—estás acostumbrado á oir mas de una discusion entre hombres que no entendian jota de lo que hablaban, y ¿cómo no oirás á tu vecino, siquiera leer esta silueta escrita por el hombre que hace tantos años te conoce? Perdona, pues, una vez mas, que empiece á hablar de tí, como si no tuviera tu silueta siempre ante mí.

* * *

Pienso que el oyente es el tipo mas bello y mas original que se conoce en nuestro Parlamento.

Los cronistas, esa plaga de chichones, que revuelven todo y descubren los secretos mas bien guardados — son sus enemigos irreconciliables, porque siempre quisieron hacerlo blanco de sus titeos: el solo mirarlos y recordar los *interview* que con él ensayaron, y las intrigas é historias de amor en las cuales lo mezclaron, es para él como sufrir el martirio mas bárbaro.

Conoce á todos los miembros del Congreso, y cuando algun neófito se sienta á su lado, es él el que lo instruye gratuitamente en todas las fórmulas parlamentarias; de las votaciones, de cómo se llama el orador, de si está ó no fuera de la cuestion, de si es ó no es interesante el debate, y de si debe ó no declararse libre; de los oradores que tomarán parte en la discusion por ser los únicos que pueden hacer la luz, y en fin, de si el asunto merece ó no media hora de atencion.

Discute á su vez, argumenta, se cree el miembro informante en el asunto y toma tan á lo sério su papel, que pocas veces logra pescar una segunda vez al individuo á quien le ha endilgado su primera disertacion,—tal es de contundente, que deja sordo y tonto al que ha tenido la paciencia de escucharlo solo una media hora.

Cuando la barra está desierta, grave, con la mirada severa y preparada como la de un hombre que le preocupa mucho la lectura del más insignificante proyecto, está con la vista fija en la mesa del Secretario,—y cuando llega la votacion, se inclina hácia la baranda como para hacer bien y sin error el cómputo; pero cuando la barra está materialmente llena ¡oh! entonces es necesario ver-

lo!... parece el hombre de su casa, recibiendo los convidados á la fiesta, con una sonrisa cariñosa en los lábios, satisfecho, lleno, harto de felicidad.—Si oye un cambio de palabras duras entre dos concurrentes porque el uno pisó al otro, porque el otro se sentó sobre el sombrero de éste, ó porque éste empujó á aquel, entonces, nuestro oyente dá vuelta y mira á los camorristas con severa dignidad, admirado, avergonzado quizá, que allí, en el recinto santo donde se hace compota con leyes, pueda oir voces de discordia, amenazas é insolencias.



Pero, cómo cambia su fisonomia... cómo se transforma la dureza de su anterior mirada... cómo sus lábios se despliegan con gracia sin igual para sonreir, sincera y francamente, cuando ha partido de la Cámara un epígrama oportuno, lanzado por un Diputado, en el curso acalorado del debate.

Pero aun ahí, en medio de su mas franca alegria, el oyente se siente ofendido si la barra no sonrie con él, y entonces, en ese único momento de sublime ridículo, es necesario verlo, dirigiendo una mirada entre severa é interrogativa, como

queriendo decirle á uno por uno, y á todos á la vez:—« Cómo?... no sonrien Vds.? no conocen la « fina intencion de este epígrama? Pues bien, « aplaudan sin temor, que por arriba del Regla- « mento que manda silencio, está el entusiasmo « del pueblo que quiere demostrar á uno de sus « representantes el reconocimiento mas sincero á « su talento ».

*
* *

Bajo la faz de propagandista y reconocedor de talentos, el oyente parlamentario es inimitable; pero en lo que difícilmente encontrará un competidor, es en la paciencia y en la constancia.

Bien puede durar la sesion diez horas, que no será hombre capaz de levantarse para llenar las necesidades mas premiosas de la vida, y ¡qué diablos! acaso el oir á nuestros representantes no es una necesidad en su vida?—tanto, que si alguna vez se concluyera nuestro Congreso, emigraria á otra parte, por solo tener un asiento, aunque duro, donde escuchar las pocas veces sabrosas discusiones parlamentarias.

Este es el oyente parlamentario en el Congreso; ahora, respecto á su vida tranquila ó intranquila de ciudadano,—todo es raro y misterioso... os invito á trabar relacion con él, siquiera sea

para conocer á un hombre original ya que no os cautivaria la promesa de poneros al corriente en endemoniadas intrigas parlamentarias.

Por lo que á mí toca, declaro que si en mi mano estuviera dar empleos y no trazar malamente estas siluetas, lo nombraria Secretario del Congreso,—que para éste empleo tiene méritos indiscutibles, acompañados todavia, como si los mencionados fueran pocos, de una memoria tan prodigiosa que bien podria llamársele, á la par de «oyente parlamentario» «Diario Ambulante de las Sesiones del Congreso Argentino».







EL TAQUÍGRAFO

El taquígrafo enseña al público por la ventanilla de su óptica, la cáfila de todos los oradores de cada sesion, y á medida que acerca ó aleja los vidrios, hace aparecer un gigante como un enano y transforma en elefante á un gusanillo... » así se espresaba Cormenin al hablar del taquígrafo.

Pero, desde entonces mucho ha cambiado el taquígrafo para nuestra vida parlamentaria, pues lo que entonces le era aplicable, hoy solo lo es para el cronista. El perfeccionamiento del arte ha limitado el antiguo campo de accion de los taquígrafos.

El arte taquigráfico es hoy para la palabra del orador como una máquina fotográfica: no se escapa al taquígrafo una palabra, ni una pausa, de la misma manera que en el sensible de la máquina fotográfica se dibujan todos los gestos, todas las líneas de la cara que va á reproducirse.

El taquígrafo ha dejado de ser el «hombre» del Parlamento, el mimado de los representantes, el *fac totum* de la reputacion oratoria de un diputado, senador ó aficionado á glorias tribunicias; ha dejado de ser el observador de caracteres, el *modisto* de la frase desaliñada, dura, guaranga, torpe ó esencialmente vacia de un *parlador* adocenado.

Hoy, éste que es solo un empleado, un tornillo de la maquinaria parlamentaria, no necesita escuchar á un orador ni reparar en sus acciones, ni cuidarse de su mímica: no dá ni recibe favores — cumple con un deber, silenciosa, conscientemente. Oye las palabras y mide por la entonacion de ellas, la vehemencia del orador, — y solo sabe que éste es incorrecto, triturador de la sintáxis, asesino de la lógica ó que tiene un estilo «piedra de molino» cuando llega para él el momento poco deseado y difícil de traducir los

signos taquigráficos,—y aun entonces, ni reviste de flores un disparate ni afea á su placer una pieza modelo de oratoria,—sencillamente: traduce.



En el recinto, perfila su cuerpo sobre la mesa de trabajo, prepara el papel, empuña su lapiz, y espera la menor palabra para inclinar la frente y mover la mano.

Sigue la corriente vertiginosa de palabras del orador mas precipitado ó tropieza y va lentamente reproduciendo en signos las palabras perezosas, adormiladas, que salen de la boca de un neófito que encuentra duras dificultades para lanzar en órden todos sus argumentos. Compadezcamos en este último caso al taquígrafo,—es una víctima que sufre con paciencia ejemplar las intermitencias de la mas achuchada de las oratorias.

En antesalas no es el hombre de las amabilidades palaciegas; no vá en pos de los diputados ó de los ministros, no los interpela ni los aplaude, no mueve sus sonrisas ni provoca sus indignaciones,—es el hombre que piensa en él mismo, en su situacion—el que espera inquieto el momento de entrar á sesion afilando la punta de su

lapiz, numerando su papel ó entreteniéndose con su compañero en perfilar con sátiras demasiado amargas en muchos casos, la personalidad política de los que sueñan y deliran por ocupar una línea en el Diario de Sesiones.

Ese es el taquígrafo en nuestro Parlamento: el fotógrafo de la palabra hablada.





EL CRONISTA PARLAMENTARIO

INCANSABLE y exacto el cronista corre de la imprenta al Parlamento y del Parlamento á la imprenta. Recorre las galerias, se codea con los diputados, los interpela, los aplaude, los satiriza, los confunde, los guia, los estimula, los inutiliza ó los levanta,—los arma caballeros de la oratoria ó los derriba del pedestal en que se habian colocado; en una palabra, el mas humilde, el mas sencillo de los concurrentes á las galerias, salas y antesalas, es el mas poderoso y el que domina en el espíritu de todos.



El cronista parlamentario, el representante de la prensa ante el Parlamento, sin tener una banca,—vota, por así decirlo; sin tener voz,—habla. Es el ojo de la justicia que domina todos los movimientos,—el aire que penetra por todas las rendijas cuando la puerta se cierra, moviendo todos los polvos, descubriendo todos los secretos.

Se multiplica, se agranda, se achica, se estira ó se encoje, segun las necesidades y segun las situaciones. Vive al dia en todos los asuntos y se distingue por esa cualidad indispensable, *sine qua non* del verdadero cronista: criterio analítico, memoria fiel, pulso sereno é incansable.



El cronista parlamentario tal cual lo comprendemos y tal como lo tenemos, es único en la prensa universal.

Larga y hermosa tradicion tiene ya el gremio entre nosotros, habiendo figurado en él en los comienzos de la vida intelectual varios de los buenos oradores políticos de la tribuna argentina.



Representante de la prensa séria ó apasionada, asimilándose al espíritu del diario, es sério ó apa-

sionado en sus reseñas; historiador de las sesiones parlamentarias, es fiel, sencillo y correcto.

Conoce á todos los miembros del Congreso y puede dar el balance mas exacto de las cualidades oratorias de cada uno.



Está en lo que llamamos «el secreto»,—sabe que aquel senador en tres períodos consecutivos de nueve años cada uno, solo hizo una mocion para que se levantase la sesion «por ser la hora avanzada»—que aquel diputado de la derecha ó del centro, no ha dado á significar que tiene voz, en tres años bien cumplidos de mandato—que aquel otro pronuncia discursos en antesalas, y que el de mas allá, el que se sienta próximo á la banca de un hombre de talento reconocido y demostrado, solo dá señales de vida cuando vota por la afirmativa en un asunto ministerial.



En una palabra, el cronista parlamentario de la prensa argentina no es el taquígrafo de nuestros tiempos, el fotógrafo de la palabra hablada, —es el que analiza, el que juzga, el que toma un discurso, lo esprime por así decir, y deja

caer hasta los puntos de su pluma los argumentos fundamentales, las ideas claras y precisas de un orador: el que escucha un exordio, el que apunta una proposicion y el que retiene la confirmacion del discurso que toma.





EL MIEMBRO INFORMANTE

El miembro informante es el cronista de las comisiones.

La Cámara reunida necesita que las comisiones ilustren su criterio, que funden bien claramente sus despachos, en una palabra, que habiliten á cada uno de los miembros del Parlamento para dar un voto consciente, justo y reflexivo, sobre el asunto en debate; de esta necesidad ha nacido el miembro informante.



Es el cronista de las comisiones ante la Cámara, hemos dicho con propiedad; recoje todos los datos por mas insignificantes que ellos sean, metodiza todos los argumentos y da comienzo á su tarea, pesada, delicada, peligrosa tarea, pues se

reduce á presentar razones discutidas y que ya se han tenido en cuenta para aconsejar el rechazo ó la sancion del asunto; tarea de cronista que hace ante la Cámara la reseña de todas las discusiones en comision.

***

Hemos dicho que la tarea es peligrosa y difícil: en efecto, el olvido involuntario de una argumentacion fundamental, recordada por un adversario, suele ser suficiente para desconcertarlo y confundirlo en medio de una mar de datos.

Una pregunta hábilmente dirigida suele sorprenderlo en una ignorancia, y dar base á un semillero de diálogos, de los que muchas veces resulta una derrota vergonzosa; tarea mas que difícil, delicadísima entonces, porque en los diálogos se necesita tino, desenvoltura, una inteligencia pronta y buen *sprit* para captarse las simpatias del público, y no pasar la línea que divide el buen gusto de las vulgaridades, de los personalismos, de los errores muchas veces insalvables despues de hechos.

No siempre se tiene en cuenta, que un diálogo, decide muchas veces la cuestion dando la victoria al que lo maneja con habilidad; y sobre todo, no se piensa que el ánimo de nuestros

parlamentos, cuando no se debate una cuestion política que interese á tal ó á cual partido, la opinion se deja arrastrar por una frase oportuna, por un discurso bien pronunciado ó por una palabra fácil y elocuente.

Una pregunta á la cual no se ha pensado contestar, basta para la derrota de un asunto, y una réplica oportuna, una originalidad de buena ley, sobra para consignarle el triunfo.



En nuestro parlamento, el miembro informante de una comision, es una potencia,—y depende en todos los casos el triunfo del asunto, del buen tino que éste desarrolla en el empleo de su fuerza.

Es el hombre que tiene en su mano el medio de anonadar á todos sus contrarios, de un golpe, solo de un golpe, y al mismo tiempo, el que presenta mas blanco á todos los tiradores.

Es cuestion de sistema, de táctica....



Y cada diputado tiene su sistema, su táctica, su « modito » : — unos apuntan las ideas en general y esperan un ataque para desarrollarlas en particular ampliando los razonamientos y abruman-

do al enemigo con datos y citas que dan prueba evidente,—otros, desde que piden la palabra empiezan á *desenvolver* sus argumentos y no concluyen hasta haber agotado el último. Aquellos son tácticos consumados, estos temen, y no están seguros de la victoria: los unos animan, los otros llevan el fastidio á la Cámara arrancando bostesos de sueño é impaciencia.

Pero en medio de estos dos sistemas, de estas tácticas distintas, hay un *término medio*,—el miembro informante verdadero, el que usa y abusa de la palabra, el que llega hasta la cuna de las civilizaciones para arrancar el principio de una idea ó de una práctica y sigue paso á paso su historia hasta nuestros dias,—el que hace filosofía y generalizando un momento, profundizando otro, se aparta de la cuestion y corre sin cuidarse por el campo del vecino...

El que oye todas las interrupciones y las contesta ó se reserva contestarlas en oportunidad, práctico, verdaderamente práctico, haciendo pausas brevísimas, para continuar con brios, hasta agotar la cuestion; eso, sí ya todos sus colegas uno á uno no le han pedido el final, prometiéndole el voto.

***

Cuanto me complace este hombre, como gozo, cuando recurre á sus datos y á sus libros,— cuando los abandona,— cuando se dirije á todos,— cuando mezcla todas las historias y con una sonrisa de ironia contempla á sus colegas que humildes parecen decirle :

—Triunfas!... concluye, que la victoria te pertenece!—tienes nuestros votos!—ni una objeccion se os hará!—y él, siempre sereno, ébrio de satisfaccion, con el asunto ganado, con la promesa de todos en la mano, concluye dando el último golpe, el golpe de gracia que prueba su alta superioridad... « Al fin la Cámara con su ilustrado criterio decidirá ».

Estas palabras, para una Cámara que de antemano ha empeñado su voto son de un efecto sorprendente.

Se mueve el amor propio del poder?—Acaso

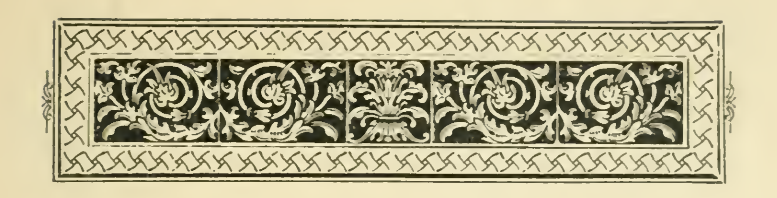
les sucede á los pobres representantes como á aquellos escritores novicios á quienes se felicita, y bajan la vista, creyéndose notabilidades que todo lo merecen.

¡Cuántos tácticos de ésta escuela tenemos en nuestro parlamento!...



MI GALERIA





MANUEL DERQUI

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE CORRIENTES

Cuantas cosas lindas y verdaderamente curiosas nos dirá la historia, — la historia, esa narracion ordenada de hechos y de deshechos de todos los tiempos . . . Si nosotros, los de estas épocas tan comentadas y tan maldecidas pudiéramos conservarnos, ó mas propiamente di-

cho, petrificarnos como tantos mortales que van cruzando la vida haciendo el papel de enterradores de generaciones, cuántas y cuántas cosas no veríamos, oiríamos y comentaríamos. . .?

Figúrense ustedes, háganse la ilusion — desgraciadamente solo las ilusiones nos son permitidas en estos casos y cosas — que por arte de un Mefistófeles cualquiera, nos fuese dado mantener nuestras fuerzas hasta tanto los figurones que hoy nos ocupan ó preocupan, segun las situaciones y los momentos, se hubiesen convertido en ese polvo del que segun la palabra bíblica somos hechos todos. . . ¿qué veríamos?

Sin duda,— ni hay razon para discutirlo, — veríamos á la mentira medio envuelta, medio olvidada, medio oscurecida por un rayo de verdad, y á los débiles y á los fuertes ligados en sus destinos, en su accion y en su palabra. Los comentadores, los historiadores y los filósofos, y todos los que buscan la verdad, la consagracion del talento ó la celebridad en las investigaciones históricas, habrian encontrado á fuerza de aguzar el ingenio que los débiles con sus debilidades y con sus cobardias sin nombre, merecian bien de la patria, no solo por haber dado tiempo y campo de accion á las energias de los valientes y de los

patriotas sinó tambien ¡cosa inaudita! por haber sido débiles.

Y despues,—no se le ha ocurrido á ninguno de nuestros lectores, pesar la influencia que para las épocas remotas en el futuro tienen esas posiciones que en el presente se conquistan, así, como quien dice, á fuerza de *solasos?*

Pues piénsenlo un poco. Stendhal en su «Vie de Napoleon» dice: «*L'art de mentir á singulierement grandi depuis quelques annés. . . Par le mensonge qui court, la posterité ne pourra guère se fier qu' aux historiens contemporains*» (1).

Yo conozco un biznieto del portero de Rivadavia que hace una historia encantadora de su nobleza y cuando se habla del gran estadista que sin dejar de serlo hizo cosas poco claras, exclama:

—Eh? Rivadavia. . . es necesario saber lo que era en su vida íntima. Yo sé que. . .» y aquí desenvuelve toda la ciencia que su bisabuelo pescó en la porteria del estadista.



(1) «El arte de mentir se ha desarrollado singularmente desde hace algunos años...
A causa de las infinitas mentiras que corren la posteridad no podrá fiarse sino de los historiadores contemporáneos».

Si la historia tiene alguna vez que ver con este biznieto ya leerán en sus páginas nuestros hijos alguna reminicencia de Rivadavia, alguna cita, alguna doctrina, quizá una declamacion pretensiosa sobre la influencia que desarrollan los caracteres como el del mencionado estadista sobre sus mas íntimos.

De antemano, para los contemporáneos, la mision del bisabuelo segun la hace valer el biznieto, es un timbre de gloria. La posteridad no verá que á este insignificante le faltó la valentia, la suprema sinceridad que hizo exclamar al pintor Jean Roaux (1677) delante de unos cuantos nobles que le preguntaban si era gentil-hombre: «*Dans ma famille, je compte trois cents ans de roture!*»



No en vano he pensado sobre el criterio de la historia al estampar el nombre de Derqui encabezando este brochaso. Derqui será una personalidad hislórica.

¿Cómo? ¿por qué?

No por ser hijo de Presidente, no por ser Senador, no por ser presidente del Senado Argentino.

¿Por qué, entonces?...

Con Derqui, á tener nosotros un Homero, podria

hacerse otro Ulises y una nueva Odisea, pues ninguno como este ha sufrido mas vapuleos de la desgracia en sus aspiraciones los políticas.

Candidato para Gobernador de Corrientes hace quince ó diez y seis años, llegaba ya al puerto pacíficamente, como quien dice, á su Itaca querida, cuando vientos contrarios despues de sacudir la nave la estrellaron contra las rocas; pero llegó, sino por el desembarcadero ordinario, cruzando los pedregales de la costa brava.

Pero mas le valiera no haberlo hecho. La casta Penelope lo desconoció y los pretendientes lo obligaron á tomar rumbo al Sud: esto en otros términos quiere decir que el año 78, los correntinos despues de subirlo al gobierno lo derrocaron mandándolo con su música á Entre Rios, de donde no salió para recuperar su puesto, ni con ayuda de intervenciones.

Pero lo que no se consigue á buenas se consigue á malas—es teoria oficial—y cinco años más tarde no faltó un Toledo que lo proclamase procónsul, con su regimiento y con el beneplácito del César Julio Argentino que entonces regia los destinos de esta nueva Roma.

*
* *

Pero todo esto es historia antigua, y por más

que en esta segunda gobernacion no salió sin privar á su organismo de una pieza importante, los favoritos oficiales descubriendo en él cualidades propias y necesarias al hombre público, como quien trae mandioca contando de antemano con una buena cosecha, lo injertaron en el Senado, donde hasta hoy se mantiene fiel á las convicciones y á los programas del César que ayudó á sacarlo del fuego para colocarlo en el rescoldo.

Y ahí está desde hace varios años, soñando con que representa á la provincia de Corrientes y esperando que alguna racha de buen viento lo lleve á destino mejor, si cabe otro mejor para él, cosa que no ha de poner en duda por mas que nosotros pensemos lo contrario.

Sin embargo, es un hombre de talento que bien ocuparia una banca en el Senado si la ocupase por eleccion correntina.



Algunos dirán que este es Derqui mirado por un solo costado—pero vamos! cómo querrian verlo? de frente con esa pera san-simoniana que nadie usa ni por obra de conminacion papal? Nó! á los hombres como Derqui es necesario verlos y pintarlos por el lado que mas ocultan,

pues sin sospecha de duda, ese debe ser, como es siempre, el lado mas interesante y pintoresco. Y en esto no nos equivocamos: Derqui cree ser solo un Senador cuando simplemente es un gobernador derrocado que, como los príncipes de las viejas monarquias que no encuentran adeptos para reivindicar el trono de sus antepasados, anda haciendo corte en las cortes estrañas, viviendo la vida de los poderosos, cepillando diariamente su librea para que si llega el caso de una proteccion lo encuentre listo y bien acicalado.

Es lo que llamaria un correntino: *Ae petií yacaré â séva èmbé eîgpe*».

« Un yacaré que llora en la orilla... » como quien dice en seco, sobre una *roca*, por llegar al agua.

Llegará á enternecer con sus lagrimas, á meter miedo con su rabiosa desesperacion?...

No hay que dudarlo,—hay que afirmar que no llegará.

***

Pero Derqui es orador?

Derqui alcanza la intencion de todos los debates, argumenta, tiene un gran caudal intelectual, pero Derqui no es orador.

Domina la materia en debate, tiene lógica en sus argumentaciones, pero para ser orador le falta vida en sus movimientos, sonoridad en su voz, facilidad en la emision de su palabra y antes que todo, lo imposible para él, perder el tono guarany, el solfeo, el *lararira* de la geringonza correntina.





TORIBIO MENDOZA

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SAN LUIS

SEÑOR Mendoza. Vd. no ha podido entrar inmediatamente despues de Derqui, su superior gerárquico en el Senado, pero sea Vd. franco ¿acaso no empujó á su vecino para llegar segundo?

Yo le he visto á Vd. menear codo; pero vamos! no quiero apercibirlo. Entre Vd. sin temores, confiadamente, á la «*confiancé*» como dice su hechura Orellano en ese *argot* de campesino reformado.—Tome asien-

to; acomodese bien, sostengase con fuerza, por que aunque lo crea Vd., no podrá contestar sino á pié firme ó moviéndose, á la mas insignificante de mis preguntas.

*
* *

El suelo hace mucho en el caracter de los hombres y hasta los nombres que tiene el terruño ejercen una misteriosa influencia en las modalidades de cada individuo. Vd. ha nacido en la ciudad de San Luis de la Punta, y para hablar como para contestar, necesita—no lo niegue—poner lo que llaman los criollos, los *huesos de punta.* No abandone su baston, ó si lo abandona, tome Vd. este papel ó este lapiz. Me gusta que los visitantes se encuentren cómodos en mi salon. Y por mas que diga Vd. que es una impertinencia de mi parte, Vd. es de aquellos que jamás han podido ni podrán encontrar una posicion, un lugar para las manos vacias.

Las manos son para tener algo ó para agarrar algo, cuando nada se tiene:—Vd. ha comprendido la Biblia se lo aseguro, y si no lo aplaudo crea que es sencillamente por no tener esa costumbre.

Me parece que Vd. agradeceria mucho á sus amigos si se les ocurriese ser como el castellano viejo que tan majistralmente nos pinta Larra. Yo

no soy su amigo pero quiero darle pruebas de mi cariño; saquese Vd. ese leviton, quedese en mangas de camisa para mayor comodidad y viveza en sus movimientos, y si quiere, hágase tambien el nudito que antes de dormir se hace en esas patillas frondosas (1) que adornan su fisonomia un tanto descolorida y bonachona como fisonomia de Benjamin envejecido.



No hay nada mas agradable que la familiaridad para estos caballeros. Me agrada verlos no ya en el recinto donde hacen gala de una seriedad y de un alambicado gusto social, sino en las antesalas, uno aquí, otro allí, medio acostados, chupando un mate y haciendo sonar la bombilla para llamar al ordenanza,—charlando sobre simplezas que á ellos se les ocurre espiritualidades, dejando correr las horas sin preocuparse mayormente de resolver ó de estudiar problemas políticos ó sociales.

---

(1)—Don Toribio obedeciendo quiza al capricho de alguna Dalila indígena se ha echado abajo la patilla que daba tonalidad á su persona, y ¡cosa singular! ha coincidido éste hecho con la disminucion de su influencia. Antes con barba, nadie queria subirsele á ella, ahora sin barba, todos, desde Rosario Suarez hasta el último diputadillo se cree con fuerzas para hacer escurciones por el lugar donde tuvo su frondosa y casi histórica patilla.

Ante el espectáculo que presentan, uno se siente « criollo »,— vé algo de la vida nacional en cada una de las actitudes, en cada una de las pa labras, en cada uno de los movimientos.

Los grandes problemas con sus detalles fundamentales, con el semillero de sus debates científicos, los vé claros pero inabordables desde allí. La sagacidad del paisano, las largas vistas, la penetracion del hijo de nuestras llanuras — fenómeno intelectual, una especie de sabio en medio mismo de su ignorancia, desarrollandose de una manera prodigiosa, en un sitio y rodeado de una atmófera que no le es propicia, porque le arroja mucha solemnidad, reclamándole resposabilidades sin nombre — llega á dominar el conjunto sin recurrir á la dialéctica, auxiliado solo por lo que bien podria llamarse « la ciencia del criollo » que es el producto de una sagacidad incomparable unida á una tradicion de esperiencia dolorosa de todas las miserias y fatalidades que arrojan sobre los pueblos, la maldad de un hombre ó de un carácter.

Simplificase todo, hasta las grandes cuestiones financieras. Me parece que cada Senador cuando le anuncian un proyecto de esos que complica graves intereses, busca el último término, la simplificacion, aplicándola á cosas, asimilándose

al detalle casero por asi decir, llegando á hacerse una fórmula que supongo debe ser como los términos de una resta: «*quien debe tanto y paga cuanto, debe tanto*».

De ésta virtud de simplificar, la gran influencia que alcanzan algunos hombres del interior,—influencia que se desarrolla en todas las manifestaciones de la vida de los habitantes del terruño.

Mendoza, por ejemplo.

*
* *

Tiene toda la claridad intelectual de un paisano: vé y comprende, pero le entra la comprension por los ojos. Se ahogaria en una discusion: todos los argumentos complicarian la solucion si él no hubiese alcanzado á ver lo que se le quisiera hacer ver con la palabra. El *por qué* oscureceria su criterio, anublaria su vista.

Es lo que llamo un verdadero espíritu práctico.

En su provincia es un profeta, en el Senado, un voto,—que puede ó no decidir una cuestion... si se trata de un empate y si ocupa el que lo dá, la Presidencia, en ausencia del titular y en su carácter de Vice.

Como profeta, fecunda es su carrera. Una palabra de él, vale una órden, y con una órden se

hacen prodigios: diputados, gobernadores, senadores, jueces, alcaldes y capataces en San Luis.



Van corriendo los años tras los años y Toribio Mendoza vá cargando canas y el pueblo de San Luis, á medida que los años corren y que Mendoza envejece, se siente mas enervado en sus energias legendarias.

Hay en esto un secreto? No: es el espíritu conservador de todos los que forman nuestra familia. Es la paradoja de la paz, de la tranquilidad.

Habituados á ser indómitos, á sacudir el polvo á todas las autoridades, á vivir con el *pié en el estribo* —segun el modismo criollo—prontos á correr nuestra suerte en una revolucion tras otra revolucion, cuando la serenidad ha adelantado un paso en nuestro espíritu la inaccion se nos ha presentado como lo justo, como el deber, como el ideal quizá, y seguimos tras él dando tumbos de buen sentido, medio maltrechos un tanto abatidos pero hasta convencidos que en punto á democracias que se van solidificando no marchamos tan mal como podríamos hacerlo.

Los pueblos del interior se han acostumbrado á

tener procuradores, patriarcas, tutores, comandantes y — bien podríamos decir, salvando las excepciones — amos; hombres que se han improvisado y que han alcanzado honores por sus ambiciones, que están acostumbrados á pensar por todos y que hoy no podrian hacer otra cosa que mandar á hombres que no quieren mas que tener rancho, buen pingo, mujer, hijos, un fundo con sembrados miserables, y una pulperia medio perdida en el horizonte, depósito de vicios y necesidades, catedra de guapezas inocentes y cancha limpia para toda jugarreta dominguera.

Don Toribio es el tutor de los puntanos: el pueblo de San Luis es su pupilo mas dócil, no quiere saber nada con «*la autoridá*» — deja que Don Toribio haga y deshaga y éste ha tomado tan á lo sério la cosa, que todo aquel que quiere despertar á los puntanos y educarlos politicamente, se declara de antemano su enemigo.

Y aquí acabemos.



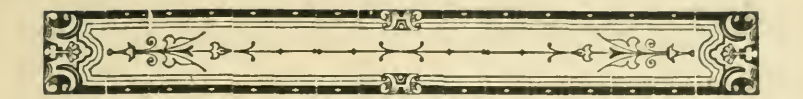
Señor Don Toribio: he reflexionado que Vd. mejor que en mi taller estaria en su casa: que Vd está incómodo aquí — como que Dios no lo ha llamado por este camino — y que yo no podria

por mas buena voluntad que me reconociesen, tomar sus perfiles fugitivos.

Puede pues Vd. continuar siendo buen mozo, sportman, galante, enamorado, fabricante de parientes, gobernadores, diputados, alcaldes y... hasta siendo Senador, pero dude Vd. mucho, dude siempre que el cargo corresponda á sus aptitudes.

Y con esto me felicito de estrecharle su mano y espresarle mis deseos de verlo fuera de la Cámara para bien de la agricultura en su provincia.





BENJAMIN PAZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE TUCUMAN



Creo que es inútil declarar que yo no soy gobernador; pero considero un deber de hombre honrado — cliché moderno — declarar con la energia y la conviccion que emplean todos los que están lejos hasta de ser candidatos rumorísticos que, á ser gobernador, mi primera renuncia seria la de la banca de Senador Nacional.

Todo menos Senador,

inmediatamente despues de ser gobernador!— Yo no sé por qué, pero esa banca cuando el hombre abandona el gobierno del terruño en otras manos, me parece que no tiene ni encantos ni alegrias, como diria un poeta, de esos sin melena que expedicionan al través de nuestras pampas en busca de inspiracion.

Trato de explicarme el por qué mi ánimo se resiste hoy á estas ilusiones, y paso revista á todos los argumentos que se adelantan para formar mi juicio.

De antemano reflexiono, y me pregunto:

¿Puede un hombre aspirar á un honor mas grande, despues de haber dirigido las contiendas del terruño, que el de representar en el Congreso la voluntad de su pueblo?

En el terreno de las aspiraciones, quizá no; pero, si el hombre tiene ambiciones, ¿se podrá creer seguro en ese puesto, cuando ha llegado á él por el mismo camino que van recorriendo los gobernadores y los ex-gobernadores de provincia....?

La pregunta merece reflexion profunda. Por lo pronto, si un Senador no ha sido gobernador, y este último está ya por concluir su mandato precisamente cuando el primero empieza, vive en peligro, de pasar á la *via crucis* del poder para dejar va

cante la banca que otro ambiciona, no pudiendo perpetuarse en el mando.

Y esto,—no hay que negarlo—si no es un peligro, es por lo menos una incomodidad que me parece bien grande, ya que todos no tienen los mismos nervios que el Senador Paz.



Jurisconsulto notable, civilista profundo, vasta ilustracion jurídica, el Dr. Benjamin Paz, apesar de todo,—ni como Senador ocupando una banca próxima á la de Sarmiento el año 77 y 89, ni como Ministro de Roca despues, ni como Senador por Tucuman mas tarde, ni en el mismo cargo por la misma provincia hoy, ha podido romper el hielo y la indiferencia que la opinion pública acumula alrededor de su personalidad.

No sé bien si alguna vez ha tentado esta empresa, pero hago constar que la opinion que todos teniamos de Paz el año 79, es la misma que tenemos hoy: jurisconsulto notable, vasta ilustracion y dos etcéteras mas, y... punto final.

Gran fama de hombre, pero esa fama mas hablada que probada por la accion y la palabra; con pequeñas diferencias, algo así como esas reputaciones de espirituales que se conquistan en el

hogar, en el círculo de los amigos íntimos, esos temperamentos mudos que en público, no satisfacen nunca la espectativa general.



Hombre de suerte, sus amigos,—buenos amigos todos—se encargaban de proclamar á los cuatro vientos que así como era un jurisconsulto y un civilista digno de ser el autor de la «Fé de erratas» al Código de Velez Sarsfield, era un hombre de carácter inflexible, recto y de virtud espartana. Y como estas cosas mas ó menos tarde se aceptan siempre,—porque nadie tiene especial interés en estudiar estas personalidades que parecen nacidas para brillar en el último puesto que conquistan, como los militares que llegados á Coronel sin probabilidades de ascenso pasan no obstante por bravos despues de haber sido reclutas hasta Comandante,—todos aceptamos las proclamaciones con tanta mas buena voluntad desde que el candidato á nuestro aplauso empezó con brios dignos de mencionarse.

Como orador pocas muestras ha dado, pero su palabra se ha unido á esos dos ó tres grandes debates politicos y científicos que han enriquecido el Diario de Sesiones del Senado.

Reflexionando sobre este casi-silencio, me ha parecido encontrar en D. Benjamin Paz, el mismo temperamento de los candidatos trasnochados y de los hombres de influencia que alguna vez por alguna causa han tenido que ver con los aplausos del pueblo. Caminan medio agobiados, con una sonrisa pronta en los lábios para acompañar á un saludo, mirando así, de soslayo, como temiendo que cada hombre que se presenta sea un saludo á contestar.

A D. Benjamin, desde el 78 pocos le han oido el timbre de su voz. Siempre que una intervencion ó un debate político de alta trascendencia preocupó á todos los espíritus,—despues de terminado el asunto en la Cámara de Diputados, al hacerse el cómputo de los oradores que tomarian la palabra en el Senado, se le incluia invariablemente.

Cuando la famosa intervencion á Tucuman se dijo:

—Ya verán Vds. en el Senado... Hablará Paz.

Cuando la ley de Bancos:

—Mañana va á hablar Paz.

Cuando la ley de matrimonio civil,—ese matrimonio civil que logró sacar de sus casillas al

Senador Navarro despues de haber pertenecido al Congreso por espacio de 33 años sin haber abierto la boca una sola vez:

—Despues de Del Valle, hablará Paz.

—......

Paz no habló!

*
* *

La palabra de D. Benjamin, era una promesa eterna. Llegaba el momento de la votacion, el silencio se hacia solemne, y cuando todos se preparaban á oir esa palabra tan esperada se sentia la voz del Presidente sometiendo á votacion la ley.

—Pero Paz...? cómo es que no habla Paz?— se preguntaban todos y nadie encontraba una contestacion satisfactoria.

Paz en silencio, votaba con la minoria ó con la mayoria, segun que ésta ó aquella tuviese la razon en el terreno jurídico. Todas las apariencias lo presentaban en estos casos como un juez fallando una causa sin fundar su voto.

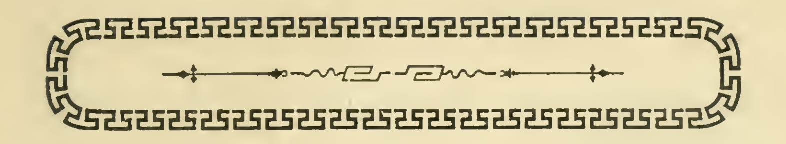
*
* *

Es uno de los Senadores que dá tono al Senado y no dejará su banca para ocupar de nuevo la gobernacion, ni como jefe de ese viejo parti-

do que en Tucuman se llama Federal: irá derecho á su casa á buscar nuevas erratas al Código Civil, y la misma opinion tendremos, diciendo siempre que se hable de él: jurisconsulto notable, vasta ilustracion, y dos etcéteras mas y... punto final!







MANUEL D. PIZARRO

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SANTA FÉ

Yo no podria decirle al Dr. Pizarro, en medio de las tantas opiniones que se adelantan á proclamar su talento,—prontas á irritarse si una palabra se levanta opositora á la casi unanimidad del momento, rápidas para lanzar una escomunion á los que argumentando de una manera contraria no encuentran sino un



diamante en donde todos ponen á conciencia un brillante,—no podria decirle que sus oraciones, sus discursos, sus conferencias, sus triunfos alcanzados durante una larga vida como legislador ó sus emociones esperimentadas en todos los debates solemnes que se han sostenido en el Parlamento, le dan derecho á un puesto espectable como orador en la tribuna argentina.

Ni como amabilidad un tanto indiscreta, ni como aplauso á su accion y á su palabra, ni como fácil y esplicable cumplido, podria decirle:

—Dr. Pizarro: entre los oradores de la tribuna argentina, Vd. es una gloria!

Y por qué este casi-imposible? Pues, porque tendria que producirme de una manera y en una forma en completa oposicion con mis opiniones y mis creencias, con mis gustos y hasta con mis principios; en una palabra, para decirle eso, tendria que producir un juicio falso aconsejado por un sentimiento mezquino,—el de halagarlo.



Jamás he oido durante las sesiones en que el Dr. Pizarro tenia la palabra, la mas mínima exclamacion de admiracion, de contento ó de ódio.

Es que su oratoria no ha tenido ni tiene ese timbre simpático que mueve admiracion, que mantiene al espíritu preparado para las manifestaciones de adhesion,—ni tampoco esas sonoridades que levantan protestas ó que mueven y conmueven todos los ódios.

La palabra de Pizarro fatiga al público, como fatiga su emision al mismo Dr. Pizarro.

Todos se preguntan, cómo este hombre ha podido provocar tantos juicios, mover tantos ódios y tantas simpatias con esa palabra atropellada, sin mérito, que ora bordea un argumento metódicamente, con órden, sin tonos destemplados, sin arranques inopinados, y ora se adelanta, confunde y se confunde, cambia de tono subiendo, destemplándose, provocando esos grandes accesos de tos y esos movimientos nerviosos que caracterizan á Pizarro hablando.

Pocos alcanzan que las contadas simpatias que acompañan al Dr. Pizarro en los momentos que habla, lo hacen en recuerdo de las buenas impresiones recogidas en la lectura del último discurso publicado ya en el Diario de Sesiones.

*
* *

Podriamos decir de Pizarro que como orador es mas leido que oido.

Esto es lo que podriamos decir descuidando un tanto el despropósito que encierra, pero es lo único que se podria decir en conciencia, porque así como se necesita un gran oido y un sistema nervioso á prueba de sinfonias destempladas para oirlo, para escucharlo y recojer su palabra con serenidad, asi tambien se necesita un buen gusto y una inteligencia no descuidada para juzgar y apreciar todas las bellezas que dan tono á sus grandes discursos.

* * *

Y aquí, cerremos este brochazo.

No nos coloquemos en el caso de juzgarlo como político, pues que en buena ley por mas que haya actuado como legislador y como Ministro, creemos que su carrera no ha terminado,—mas, creemos que recien empieza el periodo en que puede ser fecunda y útil para el pais y para su misma personalidad.

Esperemos que concluya...; su accion en el futuro no será ni podrá ser como esa *D.* de su nombre que, no es ni *Didimo* ni *Demetrio*, ni cosa ó nombre parecido..., que es un misterio!...

ABSALON ROJAS

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

DECIR que el dios Exito tiene sus apóstoles desparramados por toda la República, es decir una vulgaridad; pero, las vulgaridades se repiten y se proclaman y hasta llegan á cambiarse como monedas de ley preocupando á los espíritus vacilantes y apocados.

Absalon Rojas es una prueba. Vulgaridad, ha hecho su época gracias al roquismo; y buen hijo de ese éxito que

en política no busca ni conciencias ni ilustraciones y que anulando personalidades brillantes levanta nombres imposibles jamás pronunciados por lábios humanos, ha recorrido toda la escala de los honores de Provincia.

Absalon Rojas es santiagueño. El perfil podríamos trazarlo con carbon encuadrando un borron de tinta china, seguros que cada una de las líneas al destacarse sobre el fondo blanco del papel, daria exactamente el retrato, hasta en el color, de este Senador que más feliz que su compañero y colega, de la Silva, no vé ni oye que se discuta ni su orígen ni su talento,—por saber todos á ciencia cierta que el *patai* fué la primera miel que endulzó sus lábios y que á haber sido hijo de Júpiter, jamás este lo habria sacrificado como á Prometeo por sustraccion de fuego celeste.



Corta y sencilla es la historia de este Absalon de los algarrobales santiagueños que, en cada uno de sus actos políticos, recuerda los rasgos de aquel otro Absalon hijo perverso de David, que murió suspendido por su enmarañada melena en una encina de los bosques de la Judea, pero que, mas feliz que aquel, va corriendo la caravana con riesgo de no encontrar ni la rama del más misera-

ble de los espinillos que quiera acariciarle la suya ensortijada, perfumada y. . . olorosa!

Podríase decir de él, como elogio y dato informativo,—y sin duda se dirá mañana, cuando la moral y el despertar del pueblo santiagueño lo arroje á un silencioso rincon de su casa,—que fué,—en épocas en que la palabra no tenia nobles sono ridades ni los gobiernos se confundian con el pueblo para vivir de su vida—diputado, gobernador y senador.

No se hablará de sus méritos para tales conquistas porque sobrará un Arrizola que levantándose de su sepulcro, selle los lábios de los que quieran profanar el mérito para abrillantar una individualidad tan oscura; pero sus biógrafos—si llega á tenerlos,—agregaran que para entrar de lleno en la vida política, olvidó los honores que le correspondian como fabricante y espendedor callejero de las primeras velas de sebo que se conocieron en Santiago.

*
* *

Tiene una banca en el Senado y ayer ocupó otra en la Cámara popular al lado de los grandes oradores de la tribuna argentina; pero, no mezclemos la oratoria ni la elocuencia hablando de este que jamás hizo otra cosa que hilvanar en sus dis-

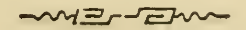
cursos *(pardon)* las palabras que oía en las antesalas y en las salas de Comision con los adverbios que sellan el principio y el final de cada uno de sus párrafos: *indudablemente*, *verdaderamente*, *seguramente*. . .

*
* *

Pero ya que hemos rememorado el episodio bíblico del hijo perverso de David, cerremos este brochazo consignando otro episodio que Absalon Rojas ha copiado en su vida política sin conocerlo.

Cuando nació el Mesias,—dicen los libros sagrados—reunidos é inspirados por la estrella que lo anunciaba, bajaron á adorarlo tres reyes magos: Melchor, Gaspar y Baltazar, representantes respectivamente de Europa, Asia y Africa.

Para los mesias de la política argentina, Absalon Rojas ha sido el Baltazar de las provincias mediterráneas que deponia á los piés del Salvador la mirra de aquellas regiones,—la libertad del noble y encadenado pueblo santiagueño.



MIGUEL M. NOUGUÉS

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE TUCUMAN

PONE Vd. demasiado vigor en sus colores ó carga demasiado sus pinceles, — ¿acaso no puede ser Vd. mas sobrio? — ¿por qué no suprime todo lo que no sea exacta y simplemente la línea, el rasgo y el perfil del hombre público?



Encantadoras objecciones son estas que

oigo con inesperada frecuencia. Es decir, que se quiere solo los perfiles, toscos en muchos casos, imposibles casi siempre,—solo los rasgos generales, las líneas curvas y rectas sobre el lienzo vírgen todavia de todas las preparaciones...? No!—eso no se puede pedir porque no se puede gentilmente hacer.

Es necesario colorear la tela, encuadrarla, preparar el fondo: de otra manera no es posible presentar resaltantes las pocas buenas líneas que casi siempre en casos y galerias como las presentes tenemos á mano los aficionados á la brocha parlamentaria.

Pensar que las líneas bastan y las palabras huelgan por mas espresivas é ilustrativas que puedan ser, es lo mismo que pensar que en nuestro Senado no hay sino hombres que forman en uno de los dos extremos de la escala intelectual: génios ó nulidades. Mal pensamiento que si en realidad ha formado el consuelo de algun senador, este no debe ser el senador tucumano Miguel M. Nougués.

***

Por qué avanzo tanto, en un terreno tan difícil? Por qué afirmo?

Valiente atrevimiento!—Quién no avanza un

pié en la playa, sobre el agua misma, si sabe con precision matemática que bajo su pié encontrará una roca?

Conozco á Nougués; sé cuanto cree,—cuanto piensa,—y cuanto aparenta pensar ó creer.

Es un hombre tal como ustedes lo ven. Gordo, de mofletudos carrillos, de carrillos conventuales, de ojos chicos casi perdidos allá en el fondo de tres líneas de trincheras semi-circulares que ha establecido la gordura en union con la senectud,—barba poblada y cana, regular estatura, mas alto que bajo, y con una apariencia de bajo lírico en su ademan, en su apostura, pero . . . en nada mas que en su apostura.

Si sus distintas y elevadas *conquistas* en el poder tucumano, y su banca en el Senado,—por las veces que ha tenido que ligar su nombre con el voto prestado á las grandes cuestiones debatidas, — no lo hubiesen sacado de la línea de las vulgaridades para colocarlo entre las medianías, su voz, esa voz inesperada, original, nueva, con sonoridades estrañas en sus lábios, bastaria para ayudar la accion de su política, ocupando y preocupando siquiera con una sorpresa y por un momento la atencion de todos.

Esa voz, ¡qué voz. . . . !

Cuando vibra en el recinto, siempre he recojido hasta de los lábios de los *habituès* á la galeria de la barra, esta pregunta :

—Quién habla? ¿quién es . . . ?—y en mas de un caso he acompañado á la exclamacion de sorpresa ó desengaño que ha arrancado á todos, la respuesta de: «Es Nougués el que habla! Es Nougués ».

***

Nougués es toda una sorpresa, hoy como ayer —y siguiendo un giro tan poético-amoroso como vulgar, diré,—y ayer como siempre.

Subió al gobierno de Tucuman siendo miembro del partido liberal. Los liberales habian vencido en buena lucha á los federales.

Nougués encarnaba entonces muchas aspiraciones y era una promesa halagadora para los liberales victoriosos, pero. . . sucedió algo inesperado—una sorpresa, algo en que nadie, más aún, que nadie *pensó* pensar.—Nougués de la noche á la mañana, en lo que va de candidato á gobernador electo, defraudó todas las esperanzas hasta el punto de obligar á los liberales,—únicos padres de su posicion,—á abandonarlo por completo, renunciando formalmente á cooperar en su gobierno.

Entonces echó mano de los federales y éstos lo

acompañaron y lo ayudaron y lo aconsejaron,—como que se les presentaba la ocasion con larga cabellera, cosa no escrita en ninguna tradicion tucumana...

Nougués transaba con el viejo partido federal de larga y triste historia en toda la República. Sorprendia á sus partidarios al dia siguiente de ocupar el gobierno, provocando el mayor desbande, y para concluir con la sorpresa como habia empezado, se unia al federalismo tucumano.

Digna continuacion de la obra. . . !



Desde entonces Nougués *ha seguido la conocida senda por donde han ido, los muchos gobernadores que en el Tucuman han sido.* . . sin mover otro sentimiento que no sea el de sorpresa cuando todos, esperando de sus lábios una voz de hombre, en armonia con las proporciones de su persona caminante, se encuentran con la propia de un tenorino imberbe,—ó con la de los muchachos de escuela chillones y cabezudos, que no varian ni en un compás el tono con que recitan la leccion aprendida á fuerza de grandes desvelos y coscorrones bien aplicados en el seno del hogar.

Pero Nougués, lo repetimos, es un hombre sorpresa.

Hoy empiezan de nuevo á hacerlo sonar.

Se habla de él para muchas cosas y por muchas cosas.

Si hemos de ser francos y verídicos hasta la última línea, diremos que Nougués entre los políticos tucumanos y hasta entre los del Interior, por la estructura y forma de cráneo como por sus antecedentes, es el único que puede bien sonar... siempre que lo muevan.





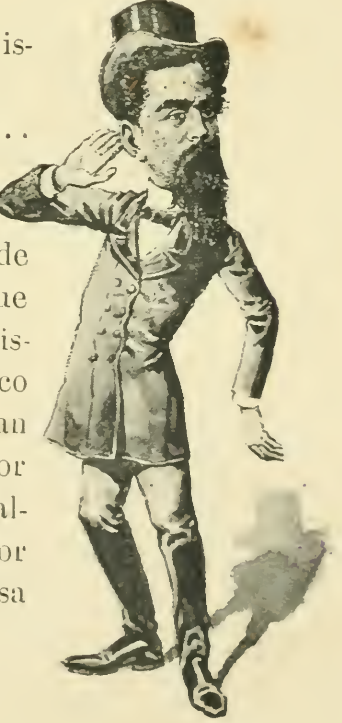
MÁXIMO PAZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES



ÁLGAME el cuerpo y la vista. . . »

— ....



Voltaire, ese génio prodigiosamente agudo, del que se puede decir encierra el espíritu de todo el siglo XVIII, una vez que le preguntaron con marcada insistencia su juicio sobre un médico casi anónimo que estrechaba gran amistad con el filósofo — quizá por no poder tenerla con cliente alguno,—sin mirar á su interlocutor y con cierto acento de sorpresa ingénua, exclamó:

—Hablan Vds. de mí médico...?

—No,—le contestaron—indagamos vuestro juicio. Voltaire despues de un momento, dicen que esclamó:

—Como médico?—Pues me parece que á ser cardenal habria hecho ya mucho camino...



Me esplico por qué sucesion de ideas he recordado esta anécdota de Voltaire al examinar la figura de don Máximo Paz como Senador.

Como el médico anónimo, Paz ha probado, primero como diputado al Congreso y despues como Gobernador de Buenos Aires, y nos probará lo mismo hoy siendo Senador, que á haber desviado su marcha actual, es hombre que podria haber hecho mucho y provechoso camino.

Y nos probará como Senador, he dicho, pues Paz no es tal Senador todavia, por más que haya sido electo y aprobada su eleccion. Le falta prestar el juramento de ley y para eso, algo se opone, algo hace violencia en su ánimo,—y ese algo es, sin duda, una silbatina prometida que cada vez que se anuncia su llegada al Senado para prestar el juramento y cada vez que los diarios lo mencionan como Senador, parece

vibrar en la atmósfera con sus sonidos agudos y terribles (1).

Esta senaturia vacante segun lo proclaman algunos íntimos del elejido le fué dada para que anonadase, para que hiciese *rabiar* á un viejo adversario—mal dicho—á un viejo enemigo valiente orador parlamentario.

Paz sobre estas cosas no ha dicho nada á nadie que yo sepa, pero si Paz tiene el mal gusto de pensar alguna vez sobre lo que le cuesta la senaturia en el órden de los dolores de cabeza, debe repetirse el viejo pero celebrado cantar de

—« Tú la quisiste, chúpatela . . . ! »

*
* *

---

(1) Paz no prestó juramento sino mucho tiempo despues de su eleccion, durante las sesiones extraordinarias que celebró últimamente el Congreso.

Hizo presion en su ánimo la silbatina prometida y que recordamos? Se afirma que el que lo niegue no será nunca Máximo Paz.

Entónces, á raiz de la revolucion, toda la prensa reprobó esta eleccion hecha por la Legislatura de Buenos Aires.

Cada vez que un diario anunciaba que Paz se presentaria á la sesion próxima para prestar juramento, agregaba «Tenemos que decir que se le prepara una terrible silbatina» Con este comentario numerosa era la concurrencia que asistia á las galerias á oir la silbatina y . . . á silbar tambien.

Paz tuvo entónces lo que algunos llaman, prudencia. *Escarpelo.*

Qué tarea difícil la mia. Apenas he preparado el modelo y ya se hace necesario que lo declare. Un perfil de Paz! ¿A quién se le ocurre esto si allí no hay líneas que puedan reproducirse?

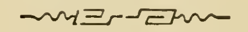
Un fotógrafo, seria capaz de hacer la reproduccion de una sombra en plena noche?

Y eso, que yo no soy fotógrafo, sinó un simple aficionado, un pintor de brocha gorda, un desocupado.

Es una tarea difícil, bien difícil, y á punto estoy de llamarla imposible,—y si sériamente se me preguntase cómo deberia hacerse un perfil de Máximo Paz, yo diria que, de todas maneras... menos estampando su nombre ni tentando esfuerzos inútiles por perfilarlo.

¿Y esto por qué?

Porque así se perfila el vacío. . .





SOFANOR DE LA SILVA

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO



Buenos Aires ha perdido el sentimiento localista, que muchas veces oscureció el brillo de su progreso, á fuerza de discutirlo, de rechazarlo y de aclamarlo. Entre nosotros, podemos decirlo, se ha palpado la sentencia del filósofo: «El sentimiento que se discute, deja de serlo».

Nos hemos acostumbrado á hacer valer el mérito, la ilustracion, el talento. Esto no quiere decir que haya con-

cluido para siempre el reinado del oropel, pero significa cuando menos que ya no se exigen pasaportes ni salvo-conductos á los provincianos, por el único hecho de ser provincianos.

Pero apartémonos de la Capital, atravesemos el Arroyo del Medio—que por algo conserva este nombre significativo—y ya el cuadro se desvaloriza en sus mas bellos colores: el hijo de Buenos Aires no ha perdido su *título* de porteño, ni los hijos de cada provincia el que por orígen les corresponde. Pero entendámonos bien,—ya no se usa en ninguna parte la espresion en tono de guerra. Los votos son iguales, los derechos son los mismos para todos, y no se encontraria ni para remedio—segun la espresion vulgar—un correntino que bajando á Buenos Aires y deseando continuar esplotando su vena guerrera, pretendiese obtener «carta de ciudadania» por ser correntino!

Esto se llamará progresar, civilizarse quizá: pero el hecho queda ahí: sin que sea una condicion negativa, en el interior se dice siempre—el *porteño* tal, el *santiagueño* cual, y así.... con todos.

*
* *

Sin embargo se nos presenta una excepcion notable—Don Sofanor de la Silva.

De donde es Don Sofanor? ¿Qué provincia argentina lo vió nacer?

Tarea difícil, investigacion imposible que santiagueños y cordobeses juntos no han podido terminar todavia.

Y no se crea que como á los génios de otras épocas, dos provincias se disputan su cuna, no! entre las dos provincias de Santiago del Estero y Córdoba, Don Sofanor es una pelota de goma: una mano lo arroja de Córdoba á Santiago, otra lo vuelve de Santiago á Córdoba.



Breve pero curiosa la historia de este hombre que modesta y silenciosamente ocupa una banca en el Senado, ostentando el nombre mas pastoril, poético y enigmático de los conocidos hasta hoy en almanaque alguno: *Sofanor..de..la..Sil..va!*— Es toda una escala de armonía dulzona, por mas que no tenga sinó tres notas conocidas en la pauta, *fa, la, si!...*

* * *

Por qué arte se encontraba en Córdoba hace doce años pobre y sin influencia?— nadie lo sabe, pero la leyenda de sus triunfos está hoy en boca de todos los santiagueños, hasta en la de los chiquillos nacidos ayer.

Se cuenta que hace varios años se vió entrar en Santiago, caballero en una mula mosqueadora, á un hombre bajito, seco — como chaucha de algarrobo — y tostado por el sol, que pedia hospitalidad para él, y pienso para su bestia. Era don Sofanor que llegaba en busca de buen fuego para sus compotas. Se estableció con una confiteria y al mes despues, habiéndole soplado el viento por la popa, se convirtió en «comerciante introductor»—al año siguiente fué diputado á la Legislatura,— á los dos años, Vice-gobernador,— á los cuatro, Gobernador,— y hoy. . .ya lo vemos,—Senador al Congreso por la Provincia de Santiago del Estero!



El Senador Sofanor de la Silva, dará tanto trabajo á sus biógrafos y á los que quieran estudiar su personalidad política, como lo dá hoy á los etimologistas que todavia, despues de muchos años, no han podido encontrar el orígen, la raiz de ese *Sofanor* que tiene todos los perfiles de un nombre del tiempo de Dario.

* * *

Como orador, no llenará en nueve años dos páginas del «Diario de Sesiones». Es un hombre que no olvida sus costumbres de confitero. Tiene horror á las moscas!

Dias pasados un amigo le decia que, siendo este Congreso histórico ya y prometiendo la posteridad buscar como pan bendito los diarios de sesiones de estas épocas,—para ilustrarse sobre los hombres y las cosas que han provocado acontecimientos tan estraordinarios—debia hablar para que su personalidad no se confundiese con las vulgaridades; pero Don Sofanor, mirándolo con lástima exclamó:

—Hablar?—En boca cerrada no entran moscas.

Teme sin duda que su palabra, tomando consistencia y forma material al salir de sus lábios, se transforme en dulce de batata y tenga que librar una batalla con las moscas!



Sin embargo, don Sofanor ha hablado!

Habló una vez sola, y fué la vez que al presentarle su retrato (1) (el mismo que acompañamos como caricatura) á una vieja amiga de su infancia, ésta le dijo:

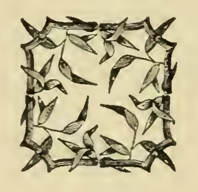
---

(1) Nos referimos al retrato que acompaña á este brochazo. Don Sofanor entonces para presentarse con todo su gravedad, se hizo ajustar el cráneo con ese conocido aparato que usan los fotógrafos para contener á los niños en un mismo sitio. Como se vé en el grabado, una punta escapa en la parte superior de la cabeza.—*Escarpelo.*

—Pero si estás hablando Sofanor.

—.........?

La pobre señora no sabia que Don Sofanor de la Silva, no es capaz ni en retrato, de defender su boca, diciendo: «Esta boca es mia».





RUFINO ORTEGA

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE MENDOZA



Un soldado mercenario le vació sus bolsillos en el campo de Santa Rosa y en ellos tenia menos dinero que heridas en el cuerpo. Habia caido en la batalla acribillado á balazos — sus compañeros de armas lo lloraban cadáver, y sus amigos pagaban el respeto para

su nombre con el recuerdo de sus virtudes militares.

Pero el alma encerrada en esa caja de roble duro, disputó á la muerte el camino de la vida en el punto en que se bifurca con el camino del infierno.

Si le sobreviniera un accidente sentado en su banca de senador, el estudio anatómico de sus cavidades cerebrales lo presentaria incorporado á la legion de los proletarios del pensamiento. En ese relicario guarango que cuelga de la cadena de su reloj—regalo del general Roca al gobernador obsequioso en la época de la Exposicion de Mendoza—tiene más quilates de oro, que grados de inteligencia en su cabeza.



Ortega nace cerca de la cordillera, se forma en los cuarteles, se educa en el campamento, resiste los azares de la fortuna y las desgracias de la vida, y llega á las proximidades de medio siglo, pasando todas las etapas de su existencia, sin lazarillo á pesar de su miopia, viajando de posicion en posicion sin otro equipaje que su tosca maleta rotulada con su apellido.

Y allí está; calentando desde el año 87 el mis-

mo asiento, invariable en su apostura é invariable en su silencio; tronco de parra mendocino que no ha de calmar jamás con su fruto las ansias de ningun sediento intelectual, pero que entre sus fibras enroscadas esconde nidos de vívora que alguna vez han tirado su lancetazo á los que, con la candidez de principiantes, han querido trepar á su encatrado.



Benigno Ocampo, ese secretario modelo que habla como lee y se viste como enamorado, sin una arruga y sin un doblez, tiene siempre para Ortega media docena de habanos salidos de una fábrica del país con la etiqueta de Monterrey;—y el negro gordo que lo sirve desde el dia de su juramento prestado con la mano izquierda sobre el libro de plata de los Evangelios, tiene todas las tardes un mate amargo para el rozagante Senador.

Hace reunion de dos ó tres, quince minutos antes de entrar al recinto—y en esos comité de ocasion, lo hemos escuchado, casi ameno, referir confidencias graciosas de Tello y de de la Fuente, sus compañeros de alegrias,—confidencias pudorosas que harian el capítulo mas alegre de una crónica rosada.

El hombre político se sobrepone al hombre de pensamiento, en la escena ámplia en que ejercita su accion, manteniendole el prestigio á través de un par de décadas, en la provincia que le ha dado su representacion entre los señores del pueblo.

¿Su capital puede imputarse al haber político del General Roca?

Dice Ortega que el Gobernador Guiñazú es una batata cordobesa, que por ensayo de horticultura recreativa, se ha hecho brotar en un vaso de agua que él colocara en el despacho de Gobierno:—que solo espera que le anuncien su extraordinario crecimiento para cambiarle de vasija; pero lo que Ortega no dice es que, sus sueños y sus delirios del presente, le dan colorido de esperanza al cuadro que se desarrolla allá en el teatro de sus proezas—que si á la oportunidad se le cae el pelo, le cambiará de asiento á Guiñazú para llamarse como antes: Gobernador de Cuyo con asiento en Mendoza.

***

Pensar que es un buen Senador es pensar un disparate: es simplemente un buen camarada, un personage raro de la flora andina, un hombre con astucia, un impertérrito en todo lo que emprende; capaz de creer en la virginidad de Maria si

conversa con Aneiros y en las probabilidades de Lucifer para el trono celeste si habla con Alem.

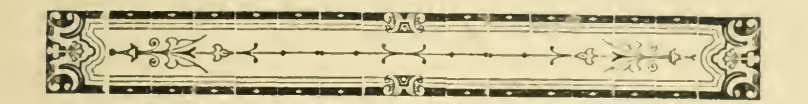
Ha asistido á todas las partidas de *primera* en casa de D. Goyo Torres y no ha faltado á ninguna en casa del Dr. Juarez.

Vivirá todavia veinticinco años aunque parezca mas viejo que Julian Martinez que le lleva tres años de edad (1).



(1) Este perfil fué hecho por un miembro de la direccion de «Sud-América» cuando aparecian estos brochazos despues de la revolucion de Julio—y apareció firmado con este seudónimo «*Pit*». Lo incluyo entre los de mi galeria por que con ellos alterno con su número de órden.—Estoy convencido que enriquece mi galeria.—*Escalpelo.*





DOMINGO T. PEREZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE JUJUY



PONEDLE «*y Ca.*» al final del apellido y basta para que él quede convertido en el de un comerciante mayorista, importador ó esportador; — quitadle el agregado, y cambiando como la perspectiva en el fondo de un kaleidoscopio, quedará reducido al vulgarismo y traqueteado nombre del cual echan mano hasta los espósitos que avergonzados de su suerte, quieren aparentar padre y abuelo.

Perez!—decirlo así, á secas, es lo mismo que decir Gonzalez, Rodriguez, Martinez, y todos esos apellidos que á fuerza de ser vulgares, han pasado para recibir un baño de misterio y novedad al casillero de los seudónimos estrafalarios.

Pero, para redondear el nombre y apellido, juntemos un «Domingo» y una «T» siguiéndola de un punto, y coloquemos lo que resulte, como estampilla ó guia ferro-carrilera al caudillo de *coyas* y jujeños que ha bajado al Senado en son de representante, y tendremos todo el nombre de este Senador.



Domingo T. Perez. . .

No es un hombre popular, no ha buscado un lugar en nuestra sociedad, no se ha mezclado en los entusiasmos de este pueblo, y sin embargo, basta enunciar su nombre para que todos, sin «hacer memoria» esclamen:—«Oh! sí, es ese Senador miope, que ocupa una banca á la derecha, en medio de ese grupo que forman los hombres pensadores del Senado».

Su actitud un tanto desgarbada, pero atrevida y pretenciosa, le ha dado lo que no ha podido ni prestarle su palabra.

Jujeño, genuinamente jujeño, nuestro modelo se parece en su apostura y hasta en su política, á uno de esos algarrobos sin ramas, medio secos, medio descascarados que siempre firmes y enhiestos van sirviendo de flauta á todos los pamperos.

Al verlo en su banca de Senador ó caminando fuera del recinto y de las galerias, invariablemente con el mismo paso y con ese colorido de hombre despreocupado, uno se pregunta, cómo, éste que nunca ha demostrado valer mas que lo que representa, ha podido llegar á ser lo que es y lo que ha sido,—diputado, senador, gobernador y caudillo en el órden provincial, diputado ayer, senador y otras menudencias hoy en el órden nacional.

Cómo?...

No es un misterio, pero es esplicacion que escapa á todos por su misma sencillez.

Perez lo debe todo á su obsequiosidad de tio, —de esos tios bondadosos y regaladores que crian sobrinos regalones.

*
* *

En Buenos Aires, en esta Capital, es quizá el único representante verdaderamente jujeño, por

ser el único agente particular que tienen los hombres de aquella lejana provincia.

Cuántas páginas podrian llenarse con solo una ojeada al baul del Senador Perez, despues de un viaje á Jujuy:—el de un coleccionista no presentará nunca un aspecto mas variado;—allí en su interior, perfectamente acondicionados con su rótulo, su número y sus anotaciones, están los objetos más curiosos; un boton de oro, torcido y descompuesto al lado de un reloj de nikel con la cuerda rota,—un libro desecho que reclama encuadernacion, con un calentador de *coya* que reclama soldaduras... Perez es el hombre de confianza, el que no rehusa un encargo del mas miserable de sus comprovincianos, el que trae descomposturas y lleva composturas, el que lleva objetos en cambio de encargos, en una palabra, el que no pudiendo ser el padre de todos aquellos jujeños, es el hombre que vá captándose las simpatías de todas las gentes sencillas con sus obsequiosidades de tio regalador.



Pero ya oigo que me dicen que este no es Perez en sus verdaderos perfiles de Senador.

Es cierto. Hay hombres que sin ser grandes

hombres, pueden pintarse con una frase, y este es uno de ellos. Ensayemos.

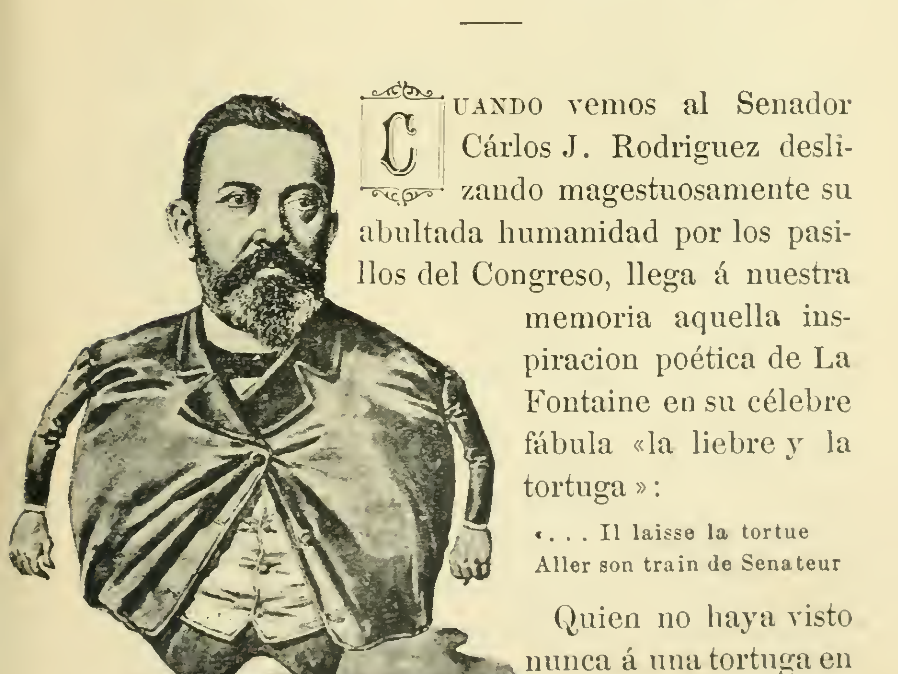
Perez es en el Senado, un gran elemento para el *quorum*. Dadle encargo y volverá el servicio asegurando su voto.





CÁRLOS J. RODRIGUEZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SAN LUIS



CUANDO vemos al Senador Cárlos J. Rodriguez deslizando magestuosamente su abultada humanidad por los pasillos del Congreso, llega á nuestra memoria aquella inspiracion poética de La Fontaine en su célebre fábula «la liebre y la tortuga»:

«. . . Il laisse la tortue
Aller son train de Senateur

Quien no haya visto nunca á una tortuga en su andar tranquilo y

magestuoso, comprende al fabulista con solo mirar un momento al Senador por San Luis.

Allí están los perfiles de un Senador en todo su *train de tortue*, ya que no podemos decir con toda propiedad, los perfiles de una tortuga en todo su *train de Senateur*.

*
* *

No hay en el Senado argentino un hombre que presente mas armonia entre su modo de andar y su modo de pensar.

Cuando camina, camina despacio: cuando piensa, piensa con lentitud. Camina poco y piensa poco tambien.

Hay quien cree que no camina sino en las galerias, pero me resisto á creer que tal cosa sea cierta por la consecuencia lógica que arrojaria esta creencia.

Rodriguez en el Senado—ya que no queremos hacer una escursion en esa historia larga de su vida de provincia como abogado y militar—ha sido el elegido de los artistas para que les proporcionase el mármol necesario para sus obras.

Y ha cumplido correctamente con esta su mision. Cuando los artistas han estado reunidos, él, llevando sobre sus hombros lo que otros debian tallar, se ha presentado en el taller y deteniéndose

en medio de la rueda, se ha desembarazado del peso, diciendo:

«Señores: aquí tienen Vds. esto,—es necesario empezar. Creo que les traigo un buen *bloc;* á modelarlo!....»

Y los artistas han empezado la tarea mientras él silencioso como cansado por el conato de oratoria, apenas si ha desviado su cuerpo á los trozos de mármol que silbaban en el aire saltando á los golpes del martillo.

*
* *

Así es como puede decir, que él ha colaborado con su accion y con su palabra en los grandes debates del parlamento argentino,—por ejemplo: en el «matrimonio civil» en el que fué apenas miembro informante, algo así como introductor de un desconocido en una sala de familia,—de un desconocido á la familia y al mismo que lo presentaba.

Despues, como militar y como abogado—téngase bien presente que es las dos cosas—siempre que ha sido necesario hacer mayoria, pudiendo votar por dos no lo ha hecho sino por uno....

Es modesto! tan modesto como anémico, como ájil, como flexible, como elegante en *son train de Senateur.*

Hay quien mirando la cara—solo la cara—de

nuestro rechoncho Senador cree encontrarle parecido con Gambetta.

Mirándolo bien durante los momentos que sus mandíbulas no trabajan en ese balanceo de rumiante á que las somete la nerviosidad de Rodriguez, puede resultar ese parecido, pero una vez mas nos probaria la verdad del decir criollo:

—«Las apariencias engañan.

Una moneda de cobre puede haber sido acuñada en el mismo molde de una moneda de oro: no por eso aumenta su valor.

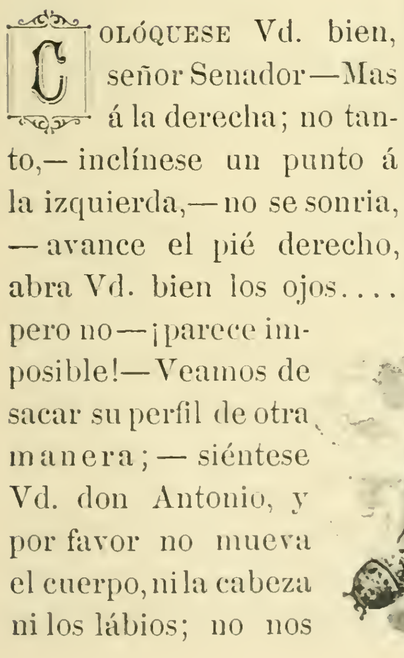
Rodriguez pareciéndose á Gambetta será siempre Rodriguez: una figura repetida en la coleccion humana con distinto relleno.





ANTONIO DEL PINO

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE CATAMARCA





COLÓQUESE Vd. bien, señor Senador—Mas á la derecha; no tanto,— inclínese un punto á la izquierda,— no se sonria, — avance el pié derecho, abra Vd. bien los ojos.... pero no—¡parece imposible!—Veamos de sacar su perfil de otra manera; — siéntese Vd. don Antonio, y por favor no mueva el cuerpo, ni la cabeza ni los lábios; no nos

diga nada, ni siquiera sus opiniones «al respeto», segun su fórmula favorita.

Así, quieto, de frente, va á salir Vd. perfectamente bien: ante todo, no hablar; ¡cuidado!...

—Pero ya tenemos que comenzar de nuevo,—perdió la posicion elegida girando la cabeza y moviendo los lábios.—Es Vd. Dr. del Pino una ardilla con todas las apariencias de un *pengüino*—Qué afan de mirar sus flancos y de mover sus lábios ¿y para qué al final? para decirnos sus opiniones al «respecto»? ¿para rememorar su historia y lo que Vd. llama «mi historia política» que al fin es tan sencilla que bien puede reasumirse en dos párrafos?

Lo duda? Pues ensayemos.



Ministro—Diputado—Senador.—No andaríamos muy estraviados si colocásemos ahí el punto final, pero sus resfrios contínuos y sus sonrisas y sus amaneradas charlas de antesala, lo hacen tan simpático entre los menos simpáticos del Parlamento argentino, que bien podemos en su obsequio derrochar un poco los colores de nuestra paleta.

Del Pino es el mas jóven de los Senadores, pero es necesario reconocer que entre estos, es el que tiene mas figura de viejo. Influencia del ambiente

que respira? Quien sabe; ha pasado tantas cosas y por tantas cosas, ha sido rochista ultra, roquista despues, juarista furioso más tarde, y vuelve á ser roquista de nuevo con todas las pasadas energias, y todo esto en el brevísimo plazo de *cinco años* que, ¡francamente! hay como para envejecer á un nene de teta.

*
* *

Secretario de la célebre convencion de La Plata, defendió su puesto con sus opiniones rochistas, pero vislumbrando un Ministerio en Catamarca,—su provincia natal,—se hizo roquista hasta que consiguió su objeto; y por ser constante esta vez, bajó del Ministerio y ocupó una banca entre los representantes del pueblo. Desde entonces, siendo nuevos hombres los que dominaban en las alturas, se hizo juarista, y fué el convencido mas declarado que tuvo la política oficial, pasando como por un canuto, una vez vacante la senaturia de Navarro, de la Cámara popular al Consejo de los ex-Gobernadores.

Los últimos sucesos lo encontraron allí, y fué tal la indignacion que experimentó al escuchar al Dr. Pizarro, cómo en su célebre discurso de despedida esponia valientemente sus ideas sobre la nueva situacion que se aproximaba, diciendo: «*Re-*

nunciemos, pues todo debe cambiar ahora», que no pudiendo dominarse, con voz vibrante y enérgica, lanzó la frase aquella que es célebre ya en los anales del evolucionismo parlamentario.

—«Se equivoca el señor Senador. Todo marcha en órden y... no hay nada que variar!»

Esta vez el corazon del buen catamarqueño no le anunció el peligro que corria su radicalismo...



Orador: oh! creo que es necesario hablar de su oratoria. ¡Y qué cosa más difícil!—Su elocuencia está íntimamente ligada con toda su persona y cada una de sus palabras para salir vibrante ó destemplada de sus lábios, reclama un movimiento eléctrico, de los piés á la cabeza, no de la cabeza á los piés, como alguien me observa.

Parece que el aire que respiran todos no alimentase sus pulmones; parece que necesitara el aire de las cumbres, pues hasta para decir: «Señor Presidente, pido la palabra. . .» se revuelve en su asiento y haciendo fuerza con sus piés se iergue semi-altivo sobre su butaca.



El Senador Tello, que es hombre de pintar con una frase,—cosa que no le sucede todos los años,

—esplicando el secreto de la celeridad telegráfica, reducia el problema á su mínima espresion, diciendo:

—«*Eis* la misma cosa que cuando le pisan la «cola á un perro y brota el grito por la boca».

A uno que escuchó esta esplicacion, tan ocurrente como bendita, le pareció ver que entre el modo de pensar y de hablar del Senador del Pino habia puntos de exacto parecido....

No se engañaba ni se engaña si sigue creyéndolo.

*
* *

Gracias don Antonio: Vd. ha estado un momento quieto y ahí está su retrato, su perfil, su personalidad destacándose en cada uno de los párrafos de lo que no sé si Vd. persistirá en seguir llamando «mi historia política».

Crea que es difícil la tarea que me he impuesto. Vd. es uno de esos buenos mozos, físicamente, que casi nunca salen bien, que son para vistos en el original y no en la prueba:—pero ha estado Vd. tan quieto y complaciente que se puede decir que en esta ocasion, Vd. mismo ha hecho su perfil ó su brochazo.

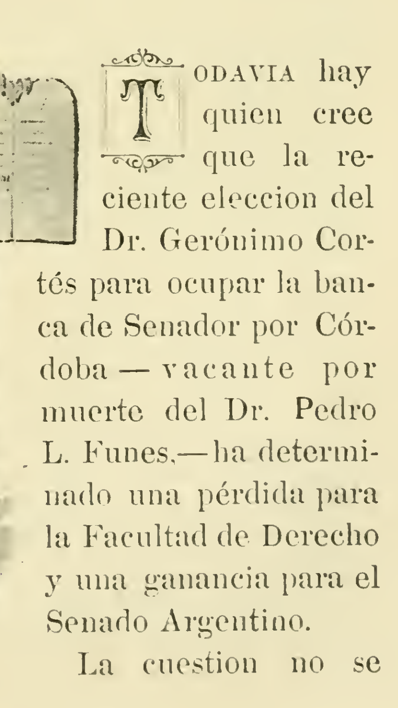
Pero tenga cuidado;—será este un buen consejo—Vd. es muy amigo de recibir las primicias

de la luz del sol que diariamente alumbra, y en eso, crea... hay un peligro! Vd. no tiene colores firmes y puede quedar descolorido para siempre, y entonces... ni Prat con toda su tintoreria encontrará procedimientos eficaces para devolverle á Vd. el color deseado y perdido.



GERÓNIMO CORTÉS

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



Todavia hay quien cree que la reciente eleccion del Dr. Gerónimo Cortés para ocupar la banca de Senador por Córdoba — vacante por muerte del Dr. Pedro L. Funes,— ha determinado una pérdida para la Facultad de Derecho y una ganancia para el Senado Argentino.

La cuestion no se

puede resolver así, con toda la facilidad deseable. Es este un hombre de talento tan brillante y se ha conquistado tantas simpatias y tantas amistades en las Facultades y en el mundo político que, francamente, decir que su presencia es más útil en el Senado que en la Facultad ó vice-versa es, hasta cierto punto cuestion de gustos, inclinaciones y simpatias.

Si la cuestion pudiera resolverse por medio de una votacion y fuese llamado yo á dar mi voto, lo daria con entera sinceridad en favor de la Facultad de Derecho reconociendo su pérdida.

Por qué?

Sencillamente, porque creo que Cortés es más abogado de cátedra y pedagogo que hombre de lucha y que político! . . .



Como los que han envejecido estudiando el derecho, preparando alegatos y formulando sentencias, sin manchar nunca la toga con una indignidad, Cortés más que representante político de una provincia, parece el representante de nuestro Código.

Su personalidad, sin la gravedad clásica de lcs Pellisson ó D'Aguesseau, tiene to los los perfiles

del magistrado criollo que ha arreglado su vida sus costumbres y su palabra, en el estado metódico de ese libro en que están enumerados unos tras otros los derechos y garantías de la sociedad civil.

Su palabra en el Senado, sin brillo, sin esas sonoridades que provocan admiracion y aplausos, sin esa atraccion que encanta, seduce ó persuade—convence, asi descarnada, fria, sin flores ni bellezas como nos la presenta el viejo magistrado. Es que siempre se levanta para proclamar un derecho consignado en la ley escrita, ó para interpretar cuerdamente una prescripcion legal.

Sus discursos, todos cortos, cuándo no tienen los perfiles de un escrito de defensa nos recuerdan sus conferencias en la Facultad, tan aplaudidas por los alumnos de derecho no solo por el estilo sencillo sino por el vigor en la argumentacion que las caracteriza.

*
* *

Podia sin embargo recordar en este brochazo, la bellísima frase de elogio que Mme. de Sevigné dirijió á aquel abogado que purgó en la Bastilla la nobleza y la energia de su lenguaje delante de Luis XIV.

«*Il est bien laid; mais qu'on le de double et l'on trouvera une belle âme*».

No apreciemos á Cortés por su dura corteza de juez ni por la toga del *magister* que tan bien la viste,—no lo juzguemos por sus producciones jurídicas ni por sus impaciencias delante de las irreverencias científicas de sus colegas en el Senado,—busquémoslo fuera de su cátedra, lejos de la magistratura y de su banca de Senador, entre sus viejos y nobles amigos, en el seno del hogar rodeado de sus hijos y de sus mas grandes afecciones, y encontraremos,—como Madame de Sevigné en Mr. Pellisson—un gran corazon, un bellísimo carácter y una honradez sin mancha.





MARTIN G. GÜEMES

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SALTA



PODEMOS decir que Güemes es el único Senador genuinamente criollo que ocupa una banca en nuestro Parlamento.

Sus costumbres, sus usos, sus movimientos, su voz y hasta el último detalle de su carácter, nos denuncia al criollo puro que

no se mistifica á sí mismo con engañifas europeas ni mistifica á los demás con apariencias más ó menos bellas del convencionalismo social.

Su misma carrera política, corta, muy corta pero fácil y fecunda,—para él,—no representa sino el triunfo de su criollismo en la provincia de Salta, en la que es un caudillo prestigioso y hasta querido sin reservas.



Estudiante aventajado en nuestra Facultad,—su carrera de abogado fué siempre aplaudida por sus numerosos amigos que son amigos sinceros.

Pero, una vez con sus pergaminos de «Doctor» sin necesidad de emprender la terrible lucha por la vida en la que caen vencidos tantos talentos vigorosos, Güemes se retiró á sus posesiones en Salta, entregándose allá, entre las sierras y los montes á las verdaderas inclinaciones de su carácter.

No olvidó sin duda sus ambiciones ni quiso sustraer su personalidad á las luchas políticas, tanto locales como nacionales,—por esto,—por ese recuerdo de sus deberes políticos que lo viéramos todos, amigos y enemigos sorprendidos de su suer-

te—que no es mas que el producto de su energia y de su criollismo—en el primer puesto, en la Gobernacion de Salta, sustituyendo al célebre Solá sin ser su amigo ni su partidario.

Cómo llegó entonces á esas alturas sin reclamar andador?

Seria historia sencilla pero historia larga, la misma de su gobernacion, un tanto sin brillo pero llena de anécdotas interesantes.



Cuando llegó el término de su gobierno un acontecimiento original lo hizo célebre.

Se trataba de proclamar un sucesor. Todos se dirijian á Güemes como pidiendo inspiracion mientras que éste se encerraba en un mutismo desesperante.

—Un nombre!—Quién es el candidato? decian.

Y ya todos empezaban á desesperar, cuando Güemes invita á sus amigos y partidarios para un banquete en sus posesiones del Rosario de la Frontera. Un asado con cuero y final criollo: —corrida de sortija! . . . Y allí surjió el candidato.

Cómo? De dónde?

De una torta . . . !

Cuando todos estaban próximos á levantarse, se apercibieron que algo que Güemes habia tenido tapado en el centro de la mesa era descubierto por el mismo anfitrion, ¿qué era? una gran torta que á semejanza de las matrimoniales que ostentan figuritas de azúcar en amoroso coloquio mostraba ésta una tarjeta con la siguiente leyenda:

ADOLFO MARTINEZ

Candidato para Gobernador de Salta

Güemes habia sido el *boulanger* de esta candidatura que triunfó para gobernar apenas unos meses.

*
* *

Así bajó Güemes de la silla de Gobernador para ocupar una banca en el Senado.

Desde entonces en su nuevo puesto no ha dado señales de vida.

Es sencillamente, un Senador con voto...y botas!





DARDO ROCHA

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

CATON decia que el secreto del genio emprendedor y poderoso de los Galos estaba en que estos contínuamente se ejercitaban en el manejo de la palabra y de la espada: *«duas res industriosissime «persequitur, rem militarem et argute loqui»*.

Atenas reinó con la palabra, y aún despues de subyugada por Roma se mos-

tró mas grande que sus vencedores educando á los que mas tarde se llamaron Menenius Agrippa, Coriolano, Stolon, Graco, Caton y Ciceron para gloria del *comitium* y del *forum* de la ciudad eterna.

La palabra, en todos los tiempos ha determinado el progreso de las grandes naciones que con sus derrotas y sus victorias han formado lo que se llama «historia de la humanidad». Cuando el silencio se hizo en Atenas, la Grecia cerró el último capítulo de su historia,—cuando los declamadores se posesionaron del *Forum*, la decadencia de Roma fué un hecho.

*
* *

Bastó que la palabra no brotase de los lábios traduciendo un sentimiento noble de patriotismo ó de virtud, para que los retóricos y los escolásticos sujetándola á reglas, encadenándola á fórmulas, la enfriasen en todos los lábios. Toda la ampulosidad, todas las flores de la Arcadia, no bastaron á darle la vida y el brillo del sentimiento, de esa virtud, de esa sinceridad patriótica que formaba su nervio, su poder y su vida.

Entonces los párrafos se modelaron segun las reglas del «buen decir» y la palabra fué cínicamente comparada á una tela de bellísimos colores

que tan pronto servia para vestir embelleciendo á una criatura como para ocultar entre sus pliegues á un cadáver. Nacieron los artistas, los que mas tarde se consagraron grandes oradores y que se servian de la palabra para jugar con los entusiasmos populares haciéndolos servir á los fines de sus pasiones.

*
* *

Muchos siglos despues, Talleyrand lanzó su célebre frase que concluyó para siempre con la elocuencia como manifestacion sincera y patriótica del *vir bonus:* « Dadme una palabra y mando al cadalso al que la pronunció ». Ya las escuelas y los sofistas proclamaban su triunfo sobre la elocuencia de la verdad y del sentimiento: ya los oradores cuidaban la forma bella con preferencia al fondo cierto; ya no informaba á la palabra el patriotismo; ya los oradores recogian aplausos pero no bendiciones, movian admiracion pero no cariño, contaban con hombres pero no con corazones.

Acababa de consagrarse á la oratoria como « arte »,—solo, exclusivamente un arte, y la decadencia y la corrupcion se manifestaba como consecuencia en todos los pueblos.

*
* *

Nosotros como miembros de un pueblo jóven,

no hemos podido sustraer nuestra tribuna de esta corriente que vá formando artistas de la palabra de la fama del Dr. Dardo Rocha,—porque entiendo, segun mi juicio sincero y franco, sin apasionamientos de ningun órden, que en el uso y abuso de la palabra, el Dr. Rocha es un artista consumado.

Su palabra viva y llena de colorido, ha vibrado siempre al unísono con las pasiones populares. En la plaza pública moviendo las multitudes, ha arrancado aclamaciones de frenético entusiasmo: siempre de sus lábios han brotado esas palabras de misteriosa atraccion que unen los corazones en una sola aspiracion y mueven los lábios para un solo grito.

En el Parlamento, más serena, menos apasionada, más fria, más razonada y persuasiva, ha seguido con refinada sutileza todas las argumentaciones en un debate político; ha disfrazado con arte sus intenciones, ha cedido, se ha revelado, ha aplaudido ó se ha levantado energica como protesta, segun que á sus fines se armonizase su política.

*
* *

El Dr. Rocha sin los perfiles del tribuno popular ni del orador parlamentario, es tribuno popular y

orador parlamentario. El que lo no haya seguido en las grandes manifestaciones celebradas en la plaza pública y que han llegado hasta conmover la opinion en toda la República,—el que no haya escuchado su palabra en los grandes debates del Parlamento, no comprenderá nuestro juicio. Las apariencias del Dr. Rocha, su estatura pequeña y sin un rasgo notable que lo salve de la línea en que se confunden todas las vulgaridades, su voz un tanto sin virilidad que emplea en los pequeños debates ó en sus conversaciones íntimas, no denuncian al orador ni siquiera lo dejan presentir.

Pero las grandes cuestiones lo transforman; las pasiones del momento, el calor de las multitudes, la atmósfera de las luchas políticas, iluminan su personalidad, le prestan entonacion vigorosa y vibrante á su palabra, y así, pequeño como es, se presenta ante su auditorio transformado en un coloso que arrebata con sus entusiasmos los entusiasmos frenéticos de las multitudes, dominándolas, guiándolas, inspirándolas y gobernándolas con solo su palabra.

Pero.... como los oradores que van al corazon moviendo las pasiones, una vez apagado el eco de su oratoria, la fascinacion cede su puesto al raciocinio.

Sin embargo entre los que han hecho oir su palabra en la plaza pública es el único que tiene el secreto de mover las simpatias y provocar las grandes aclamaciones.

En el Senado, como orador, no enriquecerá el diario de sesiones con muchas piezas oratorias,—pero las pocas que este contenga, serán dignas de mencionarse.

***

Cómo político...? qué diremos del Dr. Rocha como político, nosotros sus contemporáneos...?

Qué ha dejado huérfano al diario de sesiones del Congreso del 80, de una pieza oratoria que serviria para poner de relieve las convicciones profundas de los hijos de Buenos Aires?

Qué ha luchado en los parlamentos provinciales con los paladines mas brillantes de sus tribunas, —que ha sido gobernador de la provincia, —fundador de La Plata,—candidato para Presidente de la República, y hoy como el año 80, que es Senador Nacional, que se mantiene con religiosidad en ese puesto que vale para los políticos como un tarro de aceite para los salmones que quieren estar siempre frescos...?

***

No entra en este brochazo el estudio completo

ni siquiera sencillo de la personalidad *política* del Dr. Rocha, y apenas si podriamos decir que él ha triunfado con sus armas, y que cuando ha echado mano para las luchas políticas de otras que no fueron las suyas, se quebraron antes de sentir choque.

*
* *

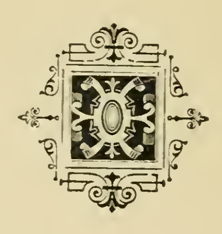
Pero... finalicemos con una sentencia—que no sea pilatuna.

Considerando que el Dr. Rocha es un hombre original y que aún hoy, despues de haber actuado en primera línea en la política argentina, está como fusil de veterano, limpio, brillante, bruñido, listo para hacer fuego, recordemos la gran frase que Saint-Beuve coloca en boca de Madame de Récamier,—esa frase que debe ser todo un evangelio para los políticos que una vez lucharon sin éxito.

«Ah! mi querida—exclamaba M. Récamier cuando alguna amiga le hacia cumplimientos sobre sus bellezas todavia frescas—no hay que hacerse más ilusiones; desde el dia en que no ví á los pequeños Saboyardos darse vuelta en las calles para mirarme, comprendí que todo habia concluido».

Qué gran enseñanza, qué gran ciencia encierra esta frase para los hombres como el Dr. Rocha

simpáticos hasta en sus errores que se resisten á ascender al Panteon sin arengar préviamente á las multitudes.





ANACLETO GIL

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SAN JUAN

Si supieran todos, lo que cuesta brindar un desengaño á las multitudes, — al pueblo, siempre crédulo y siempre pronto á dar grandiosas proporciones en su imajinacion á cosas pequeñas, y hasta mezquinas, estudiadas friamente con los ojos de la razon en el último de sus detalles...?



Cuantas desgracias y cuantas felicidades con esta que bien podria llamarse la única ciencia de la vida, y que quizá se

llame ya así. Muchos errores dignos de censuras severas y enérgicas, permaneciendo ocultos, no presentándose á desvanecer ilusiones, merecerian computarse como los primeros en la columna de los méritos de un hombre público,—y debilidades no clasificadas todavia, pasarian como perfiles de un carácter.

Pero este conocimiento de las pasiones populares, requiere un dominio de sí mismo que no pudiendo ser posesion de todos los llamados á actuar en la vida política, determina la desgracia de muchos hombres, convirtiéndolos de un momento á otro, de cabezas dirijentes en instrumentos pasivos.

*
* *

Pero, ¿qué razon justifica este preámbulo, esta charla de pintor desocupado, cuando tenemos delante de nosotros la figura semi-simpática del senador por San Juan que, en su larga vida de provincia tiene rasgos y sucedidos que recordará la historia?—Y téngase presente que digo «recordará la historia» con plena conciencia y conviccion de que así sucederá.

La razon?... si es preciso decirla, la diremos;—pues, por los mismos rasgos y sucedidos que recordará la historia.

Gil, allá, lejos, en la provincia sanjuanina, como político, como ciudadano y hasta como gobernador, era una personalidad llena de contornos brillantes.

Favorecido de la suerte, en esta capital, se le miraba á la distancia con cariño; con esa cierta admiracion que provocan los caracteres bien templados ó esos personajes inverosímiles que la leyenda nos presenta siempre en lucha con el destino, fuertes y sin desfallecimientos, que mueven todas nuestras simpatias y que sin querer, en muchos casos, nos harian reproducir el ridículo de aquel paisano que embebido en la trama de una trajedia que toca á su término, desde la platea, á voz en cuello le avisa el peligro que lo asecha al personaje de sus cariños.

Decir Gil en el gobierno de San Juan, era decir Agustin Gomez en la banca del Senado, y bien sabemos todos que decir esto último era decir enerjia, lealtad é independencia, en épocas que estas virtudes se atalivaban por el poder de un gobierno de proveedurias pacificamente administradas.

*
* *

Pero un acontecimiento fatal, una trajedia política desarrollada al pié de la cordillera, allá en

esa San Juan gobernada por Gil, estaba llamada á conmover hondamente á la opinion.

Agustin Gomez cayendo ultimado por el puñal de un asesino, y Gil abandonado por muerto en medio de la calle con tres puñaladas y un balazo de remington, fué el golpe que aseguró al poder personal las voluntades de toda una provincia que como la de San Juan, aún en aquellos tiempos en que los Benavidez sellaban todos los lábios, se levantaron los Rawson á defender con noble enerjia las libertades del pueblo.

Gil, desconocido hasta entónces, despertó tal curiosidad, que empezábamos á conocer hasta el último detalle de su vida cuando el telégrafo nos envió con su clásico laconismo la feliz nueva de que...

«Gil vive»—y todos olvidando la historia antigua se interesaron por la suerte de la víctima concurriendo en grupos á la oficina telegráfica, diaria y constantemente, á conocer la palabra que al final asegurase la completa mejoria.



Nunca como entónces habló el telégrafo con mas laconismo, ni con mas verdad.

—«Gil vive» fué la primera palabra y hasta el final continuaron así:

—«Gil mejora de sus heridas»

—«Gil se levantará pronto»

—«Gil está sano»

—«Gil se levantará mañana...» y despues, siempre en el mismo período de convalescencia,—

—«Gil se levantó ayer»

—«Se habla de Gil para Senador»

—«Gil irá al Senado»—hasta que como última palabra llegó un dia este telegrama:

—«*Gil electo Senador se marcha á esa*».

Era la última receta del médico: Gil bajaba al Senado á reponerse de todos los contratiempos sufridos, á hacer la convalescencia en el retiro silencioso de los ex-gobernadores.



En este ambiente ha cicatrizado sus heridas?—si está ya sano, si sin peligro puede poner en juego todas sus facultades, aun no lo ha dicho, pero podemos saberlo viéndolo sano y hasta rosagante sentado en la banca que renunció primero porque se la ofrecian sin los *nueve años* de órden.

Nosotros los cronistas que lo vimos prestar el juramento de ley, todavia no hemos podido oir el timbre de su voz, y por mas que sean noto-

rias sus opiniones políticas y hasta su ilustracion, —como orador, forma entre los que creen que el silencio es mas elocuente que la palabra.

Su actitud en el Senado parece que fuera aconsejada por un estudio meditado de todos los antecedentes políticos que provocaron su evolucion, pero ante su roquismo y ante su silencio, ambas cosas inesplicables, se siente uno movido á pensar que el filósofo francés conoció al senador Gil en sus dos faces de Gobernador y congresal cuando dijo que el hombre es un ser «*ondoyant et divers*».





JOSÉ V. ZAPATA

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE MENDOZA

Todo un Senador anfibio... Es mendocino. Nació en la «canasta de flores suspendida de un pico de los Andes», como llamó el General Roca — á las dos Provincias de Mendoza y San Juan.

El año, sería difícil indicarlo,—Zapata no lo diria nunca ni nosotros cometeríamos la imprudencia de preguntárselo. Para los hombres que, como éste, se conservan al aire libre, mucho mejor que los «salmones» en aceite, la edad es la que se aparenta ó se hace aparentar. Pero, como dato informativo que puede ser útil

para los que se ocupan de edades,—de esa cuestion violenta y enojosa siempre,—diremos que Zapata es uno de los pocos—el único abogado del foro mendocino que salvó de entre las ruinas del terremoto de Mendoza para caer en un *aquarium* y vejetar en él como apreciable pez.

***

Pequeño, bajito, demasiado bajito para imponer con su título de abogado pero de apariencias simpáticas, Zapata es el reverso de del Pino: asi como este jóven tiene las apariencias de un viejo, este es un viejo con todas las apariencias de un jóven.

Breve historia la de este Senador,—pero historia complicada. Difícilmente la esplicaria él mismo; se confunden sus aspiraciones y sus actos, sus ambiciones y sus deseos.—Sus palabras,—las pronunciadas ante el Senado—en las que se refleja todo su variado y gran caudal de conocimientos no serian ni serán suficientes para poner á sus biógrafos sobre la pista de su personalidad política.

Sus convicciones políticas y la energia que emplea para defenderlas, no lo harán nunca notable, como no lo han hecho hasta ahora; buscando la línea saliente, encontramos en él, ese *si es no es*

que lo caracteriza, que lo ha colocado ya en situaciones que si no han sido resueltas por él ni él les ha dado notoriedad con sus intervenciones, en cambio estas por encerrar muchas pasiones y comprometer á muchos hombres le han prestado autoridad y dado influencia.



Orador, su palabra se ha ligado á grandes debates políticos y económicos, pero víctima de los apasionamientos populares en ciertas épocas, ha sido uno de los Senadores más sindicados para recoger el ódio de las multitudes.

Pero hombre práctico, ha sabido mantenerse firme ante las pasiones y los odios que lo herian, —confortado por este pensamiento: « Todo se olvida en este mundo. . . »

Zapata triunfa hoy, por mas que los salmones de la historia no se hayan reproducido en las aguas de nuestros rios, como los panes bíblicos.



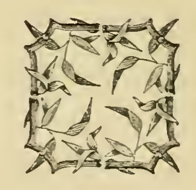
Su banca en el Senado Argentino no es posible decir cuando quedará vacante para dar paso hasta ella á las nuevas generaciones mendocinas.

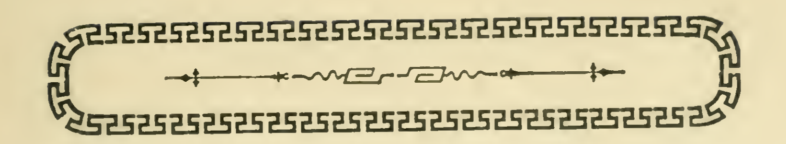
Zapata la ha conquistado con su política.

Mañana, si sus ideas presentes lo amenazan con

desbancarlo, él no será tan terco como para hacerlas valer á costa de su posicion.

Por haber amado mucho, fué perdonada la pecadora Magdalena,—Zapata tambien lo será por haber amado su banca de Senador hasta el punto de sacrificarle lo mejor de su talento, sus convicciones políticas y hasta. . . lo que Vds. no ignoran,—menos.... su anfibismo!





FRANCISCO V. BUSTOS

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE LA RIOJA



La Arcadia Argentina, la cuna de Facundo — de aquel héroe del caudillaje, de aquel gaucho sagaz, sanguinario y á la vez manso y hasta magnánimo, cantor primitivo de tristes y contrapuntos y «gobierno» de todas las soledades de provincia — nos presenta hoy uno de los hijos mas ilustres de su historia contemporánea.

Buenos Aires no conoce la aristocracia riojana; no conoce los génios de este rincon de la República. Ha tenido en su seno como representantes, fósiles de la fama de Barros y de Dávila, esos dos viejos, el uno con su voz de estómago, el otro con su andar de rastrillo;—á poetas como Gonzalez, que ha producido—para la familia—poemas incomparables;—presbíteros como el hoy Senador D. Maximino de la Fuente, que ha elevado el heroismo hasta arrojar los hábitos para llevar en el rostro los latigazos de una mano justiciera,—y lo tiene todavia como representante digno y genuino á D. Francisco Bustos—el héroe de la actualidad de aquel pueblo—que ocupa con aire de convencido, la banca de Senador por la Rioja.

Y á Bustos no lo conocen.

Su nombre ha sonado como el eco ondulante de un estampido de cañon de retro-carga, como las músicas lejanas,—pero jamás se ha aproximado bastante á esta personalidad el lente del observador.

***

Apenas si se le conoce de vista, por que Bustos pertenece á esa clase de hombres que se mira con insistencia dos veces, que llaman por la este-

rioridad, que obligan á pensar en los trabajos que tendria un sastre para hacer obras maestras fabricando fundas para *quenas* colosales.

Y eso que Bustos es una notabilidad, un hombre preciso,—y quizá el único representante de las costumbres de aquellos arcadianos que viven soñando con el recuerdo de la hora pasada, sin preocuparse de la presente ni imaginar la futura.

*
* *

Vamos nosotros á presentarlo en su carácter de riojano, de caudillo, de hombre popular y de influencia entre llanos y serranías.

Sucede con este político del terruño lo mismo que con los tenores de una sola *cuerda*. Se anuncia una funcion teatral, se publica el elenco de la compañia se reserva el reparto de la funcion pero de antemano se conoce el rol de los *artistones*.

Bustos ha representado mucho en aquel teatro para que pueda guardarse incógnito. En vano ha querido representar tras las bambalinas; su modestia ha sido vencida muchas veces y ha tenido que presentarse en el palco escénico á recojer el fruto de sus afanes:...silbidos.

La lucha política que se aproxima lo contará, en la Rioja, como cacique,—y las bolas—si la

torta no se amasa — arrojarán mas votos en la urna que las declamaciones patrióticas de los que con un afan poco recomendable por ser demasiado lírico, se encargan diariamente de decirnos que el algarrobo va perdiendo sus ramas mas fuertes.



Es hombre de historia antigua y de recursos, es de los que no reaccionan, de los que siguen al pié de la letra el sistema de «la letra con sangre entra»—de los que en sus modalidades tienen la esencia del gaucho, que no se vá á fondo sin *chairear* que para pedir, elogia, y para ofender adula gastando zalamerías.

Durante las noches frias y sin fin del invierno sus frases se recuerdan como leyendas de cuco en los ranchos miserables apenas poetisados por la soledad que los guarda.

Los paisanos, los hijos de la llanura como los pastores de las serranías tienen una historia en los lábios que referir á todos los que quieren oirla. Es el recuerdo á las prendas queridas que se fueron de sus manos para no volver— el cojinillo, el apero, la vicuña y el bozal ó los cariños de una hija para la que guardaban el tesoro de sus afecciones semi-salvajes.

Se cuenta que jamás ha pedido sin producirse en estos términos gauchescos.

—Ché, mirá que le queda lindo el bozal á tu caballo, pero te apuesto una cosa....

—Qué cosa patron....

—A que le queda mas lindo á mi overo....

El gaucho es generoso hasta el derroche y respetuoso hasta el miedo. Una insinuacion comprendida, vale una órden,—y un «ché mirá» de patron, un apercibimiento que es necesario no dejarlo pasar con indiferencia.

***

Bustos es allí el representante de las antiguas costumbres. Es el caballero que se bate por «*Roca y por mi dama*»—el criollo que se lanza en el terruño sobre un caballo ricamente enjaezado á conquistar la prenda, la chinita de ojos de fuego provocativa y sabrosa en la exhuberancia de su belleza campesina.

Entre aquellos pastores que han perdido hasta la esperanza de una sana reaccion—que ni la *quena* de los cabreros lleva en sus tiernas vibraciones alegria,—es el que mantiene la costumbre de las *pasadas*, costumbre que consiste en pasar y repasar por la puerta del rancho, mirar con apasionamiento, hacer caracolear al pingo, *sentarlo* de una sofre-

nada y lanzarlo al galope tendido con un chirlo sonoroso despues de haberse medio volcado sobre el caballo para decirle á la «castellana» que espera el cumplido, bajo el alero, recostada á la puerta:

—*Adios prenda! que Dios la conserve así pái los que la adoran!* . . .

Esa fué su ocupacion favorita, durante los dos períodos de gobierno que soportó la provincia de la Rioja.

*
* *

Los grafólogos no podrian nunca empezar un estudio sobre este carácter basándose en sus escritos.

No produce letras.

Dicen que San Roman tiene un autográfo de Bustos que es un tesoro si no nos engañan y si se lée este párrafo que ya varios han mencionado:

«A no olvidar es el *fuego*, por eso te digo que me mandés las *kucharas*».

Cuentan que en su juventud gastó tinta para sus declaraciones amorosas, pero si eso es cierto, hoy ha cambiado; no gasta ni saliva.

*
* *

Anémico, estirado y largo, como un bostezo de

aburrido, este hombre que ha sido diputado, senador y gobernador por partida doble, no presenta en su larga vida de provincia una página mas brillante que la que hemos delineado.

De su provincia no ha traido al Senado nada mas notable que el silencio de aquellas llanuras que apenas se interrumpe con el rodar de los peñascos que se descuajan de las primeras cuchillas de la Cordillera.

En el templo de la oratoria parlamentaria no ha vibrado nunca su voz. Es un San Ramon prudente para quien no se reclamará un candado.... Su preparacion para la vida pública se ha adelantado á vestirlo con esa elocuencia sublime que se llama la elocuencia del silencio....

Aficionado hasta el delirio á las riñas de gallo, clásico en la pasion, su lema está encerrado en esta su frase, pronunciada en ocasion propicia: «el hombre que habla es como el gallo que cacarea».



Bustos es no obstante, en la República, un hombre grande!... mide casi dos metros.





JOSÉ GALVEZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SANTA-FÉ

HIJO de Santa-Fé, ha tenido la *suerte* de no inspirar jamás *santa fé* á sus comprovincianos, ni cuando desde el Ministerio de Gobierno preparaba su gobernacion hipnotizando á un moribundo, ni durante su gobernacion cuando empollaba ese magistrado que hoy rije los destinos de la provincia y que lleva un nombre que es toda una combinacion botánico-zoológica: Caferata.

*
* *

Galvez hombre público, es todo un hijo de la suerte. Su propia

insignificancia política le dió la base de su posicion en el presente,—es decir, lo que en todas partes seria suficiente para alejar á un hombre de los puestos públicos lo llevó en este caso hasta el puesto mas alto en su Provincia.

Cómo se operó éste cambio en la vida del Dr. José Galvez?

Fué sencillamente un *truc* de partido. Llegó al Ministerio de Gobierno como chafalonia, como arma sin filo ni punta, como suplente que ocupa el puesto que ocupará un titular que no quiere destaparse,—y se cuenta que aceptó el papel de «inofensivo» que le brindaban, empujado por las premiosas necesidades que engendra la lucha por la vida.

El Ministerio fué el primer escalon salvado de la escala que termina siempre en el Senado. De este puesto, con protestas unánimes se improvisó gobernador, y de gobernador... ya lo ven Vds.—Senador nacional.



Ha marcado su paso por los puestos públicos con alguna iniciativa luminosa, con alguna accion benemérita, con alguna obra buena de esas que no bastando para inmortalizar al autor, le brinda

por lo menos el cariño de sus conciudadanos ó el aplauso del pueblo... ?

Floreció el comercio, se robustecieron las industrias, prosperaron las colonias santafecinas, el bienestar público, la riqueza de todos, fué mirado con respeto y con veneracion... ?

La historia dirá lo que nosotros no podemos decir con el detalle preciso y abrumador, pero, la historia del presente,—esa historia que se borda en los lábios del pueblo, que fustiga las conciencias, que derriba ídolos, que levanta reputaciones, que calumnia, que injuria, que arroja lodo en muchos casos pero que siempre deja en el fondo de la pájina el principio de una verdad clarísima en un sentimiento público, general, unánime,—nos dice que los tiempos si fueron fatales para el comercio y las industrias fueron prósperos para la «clase dirijente...»

*
* *

Pero la figura de Galvez Gobernador, medio perdida entre una Exposicion Rural y una Estadística, que por cierto olvidó sumar muchas cantidades, no nos pertenece ni nuestra pluma quiere seguir su perfil.

Como miembro del parlamento, como senador, como orador, cuáles son los perfiles de este hom-

bre que para ocupar una banca en el consejo de los ex-gobernadores le brindó la vice-gobernacion á su cuñado? (Lo dicho no es secreto).

Busquémoslos.

—Veamos... Dr. Galvez no se fastidie Vd., esa es tarea que no le pertenece.

Vd. ha hablado alguna vez?—No lo diga: ya lo sé. Vd. ha hablado varias veces, si hablar en el Parlamento es abrir la boca y provocar que un oyente cualquiera recuerde la célebre frase del héroe de Shakespeare... «*Palabras, palabras y palabras!*»

Y sin embargo olvidando el presente de su historia que tanto ha deslucido, bien podria Vd. hablar con brillo.

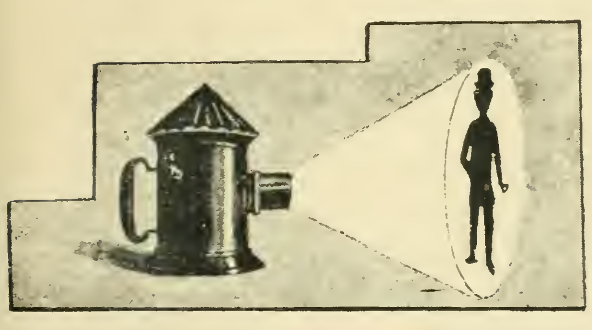
No es que fué Vd. siempre condiscípulo querido en la Facultad y despues, hasta hoy mismo, un distinguido civilista?

Oh! pero el código cuando va en la misma balija con la fortuna, no prepara juicio ni garante libertades.

Mercurio civilista, es la misma cosa que Jesus con espuelas — algo imposible en su incoherencia ridícula!

CÁRLOS DONCEL

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SAN JUAN



CÁRLOS Doncel, — escribo el nombre y recurro al diccionario. — No siempre se tiene bajo los puntos de la pluma el significado, la ascepcion, el valor de los vocablos que forman apellidos más ó menos pintorescos.

Mi diccionario, dice: — « Doncel — jóven que no « ha sentido aún los efectos de la pubertad ó las « necesidades del matrimonio ».

Ni me sonrio siquiera, pues mi hombre está ya próximo á perder hasta la sospecha de sus virginidades.

Continúo leyendo: — Doncel — «hijo menor de padres nobles» —Políticamente esta acepcion no me conviene, debe haber otra mejor.

Aquí está: «el jóven noble antes de ser armado caballero».

No es otra cosa Cárlos Doncel— prescindiendo de la nobleza á que se refiere el mamotreto— el ex-gobernador de la provincia sanjuanina y hoy Senador al Congreso.



Despues de haber alcanzado en el terruño á todos los primeros puestos políticos,—despues de tener amigos y condiscípulos que no le escatiman elogios cuando de su talento se trata, está ahí en el Senado mezquinando su palabra como el tímido jóven la espalda sobre la que caerá el espaldarazo que lo dejará armado caballero.



Desde que prestó juramento hasta el dia de hoy, apenas si ha interrumpido tres veces é informado otra en asunto descolorido y sin importancia.

Durante el tiempo que fué «gobierno» no hizo nada mejor—para él—que aspirar á la Senaturia; y mucha suerte tendrá, si siguiendo en su papel de «número», concluye su mandato y encuentra

quien hable de su preparacion ó de su buen criterio.

Se mueve, sin embargo, suena, hace figuras en el escenario político de su provincia, pero en el escenario de la política nacional... es movido como los pupilos de Holden.

Pero es jóven... tiene buen diente, buena salud y buen apetito.

Lo suficiente para un Senador de su calibre.







BENJAMIN FIGUEROA

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE SALTA

El doctor Benjamin Figueroa es entre los Senadores el hombre más pobre en historia antigua y hasta en historia contemporánea.

Su vida política empieza recien en el año 86, y desde entonces hasta estos momentos, no encontraria nadie, ni con el auxilio del gran telescopio del Observatorio de Córdoba, un rasgo brillante que lo salvase de esa anonimia que lo consume.

Es, se puede decir, una cédula de caridad que todavia no ha sido desenvuelta. No

se sabe lo que contiene, y el que la posee ha perdido hasta la curiosidad: la ha dejado sobre una banca... y ahí está.



Antes de bajar al Senado, hizo sus primeras armas en el Rectorado del Colegio Nacional de Salta y en el Juzgado Federal de aquella seccion.

Si en estos puestos conquistó triunfos, él ha sido tan modesto, que no los ha dicho á nadie, ni siquiera á sus amigos íntimos. Solo le recordaron oportunamente en la prensa que, en el Juzgado Federal no dejó descansar al raspador cuando en las urnas no resultó el triunfo para los amigos del Dr. Juarez Celman.



El Dr. Figueroa es un hombre verdaderamente feliz. Cuando esos curiosos que llenan las galerias, al verlo mudo y sin accion en su banca, se preguntan con curiosidad:

—Pero aquél: qué hace aquél, quién es aquél? —no faltan los buenos amigos, que argumentando, contestan:

—No, ese es un buen hombre! Es hijo de sus propias obras.

Hijo de sus propias obras...? Si para el doctor

Figueroa es ese su principal mérito, creemos que nunca se quedará sin la herencia que le resulte, por ausencia de discusiones sobre paternidad dudosa....







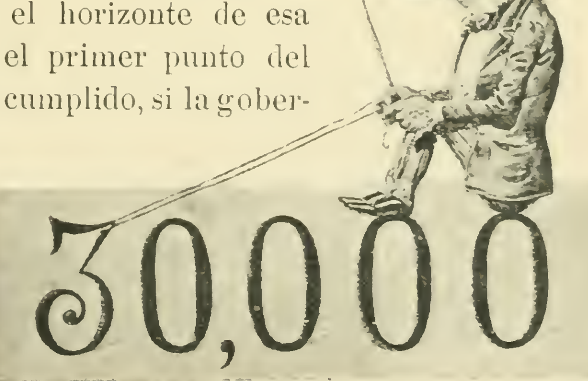
SABÁ Z. HERNANDEZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE ENTRE-RIOS

Apenas si ha sido Senador unos meses.

No ha tenido tiempo de ensayar sus facultades *seniles* pues solo fué á la banca del consejo de los ex-gobernadores, para guardársela al amigo complaciente y bondadoso que le brindaba la banda de gobierno en la provincia entrerriana.

Los acontecimientos políticos no han despejado el horizonte de esa provincia, y si el primer punto del programa se ha cumplido, si la gobernacion de Entre-Rios es ya suya en propiedad, no se



sabe si la senaturia que él guardó á su vez, será ocupada por el «clemente» amigo que le prestó el velámen para el barco que llevó su personalidad un tanto gastada y sin brillo hasta el puerto de todas sus ambiciones.

* * *

Pero no es apesar de todo un desconocido.

Cuando recien llegó á la Cámara de Diputados encerrando grandes esperanzas, hace apenas tres años, todos lo señalaron como se señala á «un hombre».

Se dijo de él, abriendo juicio:

—Hernandez *es*...!

La amistad bondadosa, magnánima y hasta ciega, se adelantó á suprimir el *será* que lo trajo hasta la diputacion.

* * *

Pero pronto la verdad echó luz sobre el problema.

El Congreso Argentino en uno de sus debates más solemnes, quiso y suprimió los odios de muchas generaciones haciendo desaparecer, segun la espresion de un jóven diputado, «esas figuras dantescas» que se paseaban por las fronteras de la República sin poder pisar el suelo de la pátria.

Entónces, cuando la representacion nacional ol-

vidando todos los odios y todos los rencores llamaba á nosotros al proscripto Ricardo Lopez Jordan —Hernandez, jóven en edad, pero viejo y terrible enemigo del caudillo valeroso, reprodujo en el Congreso la eterna fábula del cuervo y el zorro.

—Canta!—le dijeron sus pasiones y Hernandez dejó caer el queso, abriendo la boca y probando que ella no estaba hecha para dar paso á las bellezas de la oratoria.



Desde entónces, resuelta la incógnita, dejando Hernandez de ser esperanza ni problema, su vida política estaba terminada.

Pero él quiso rematarla mas, y á raíz de ser elejido y en momentos que la Presidencia Juarez peligraba, levantó su voz lanzando estas palabras altaneras como para amedrentar á los audaces:

«Yo arrastro á un pueblo—yo levantaré un ejército con una palabra; alinearé á los que me eligen gobernador, y TREINTA MIL entrerrianos estarán prontos á correr en defensa de V. E.»

El incondicionalismo vibra en cada una de estas palabras; hay en ellas algo del voto del esclavo voluntario que se adelanta á todas las probabilidades para ofrecer como presente que en-

cadene las furias de su Señor toda la riqueza del hombre de corazon.

Pudo ser mas grande y justo con su pueblo, y decir:

«Señor, no temas: aquí estoy yo y la fuerza de mi brazo es la fuerza de este pueblo lleno de tradiciones de valor, altanero, indómito y grande hasta en sus errores»....

Pero no lo fué.... digamos para atenuar su entusiasmo que, cada uno tiene sus fórmulas.

***

Eso era muy de la época.

Pero... no olvidemos ni por condescendencia, que el dia que el ídolo se derrumbó, los lábios que tales palabras pronunciaron,—enmudecieron y se tapiaron para siempre. El apóstol abandonó al maestro, y ni al tercer grito del *gallo* policial herido, lo reconoció para arrojarse á salvarlo al frente de sus 30.000 fantasmas, llamados impropiamente entrerrianos.

La popularidad del mas fuerte y poderoso de los candidatos se desvaneció, como se desvanecen y cambian los colores del horizonte en una tarde de otoño.

Don Sabá, de héroe quedó convertido en cone-

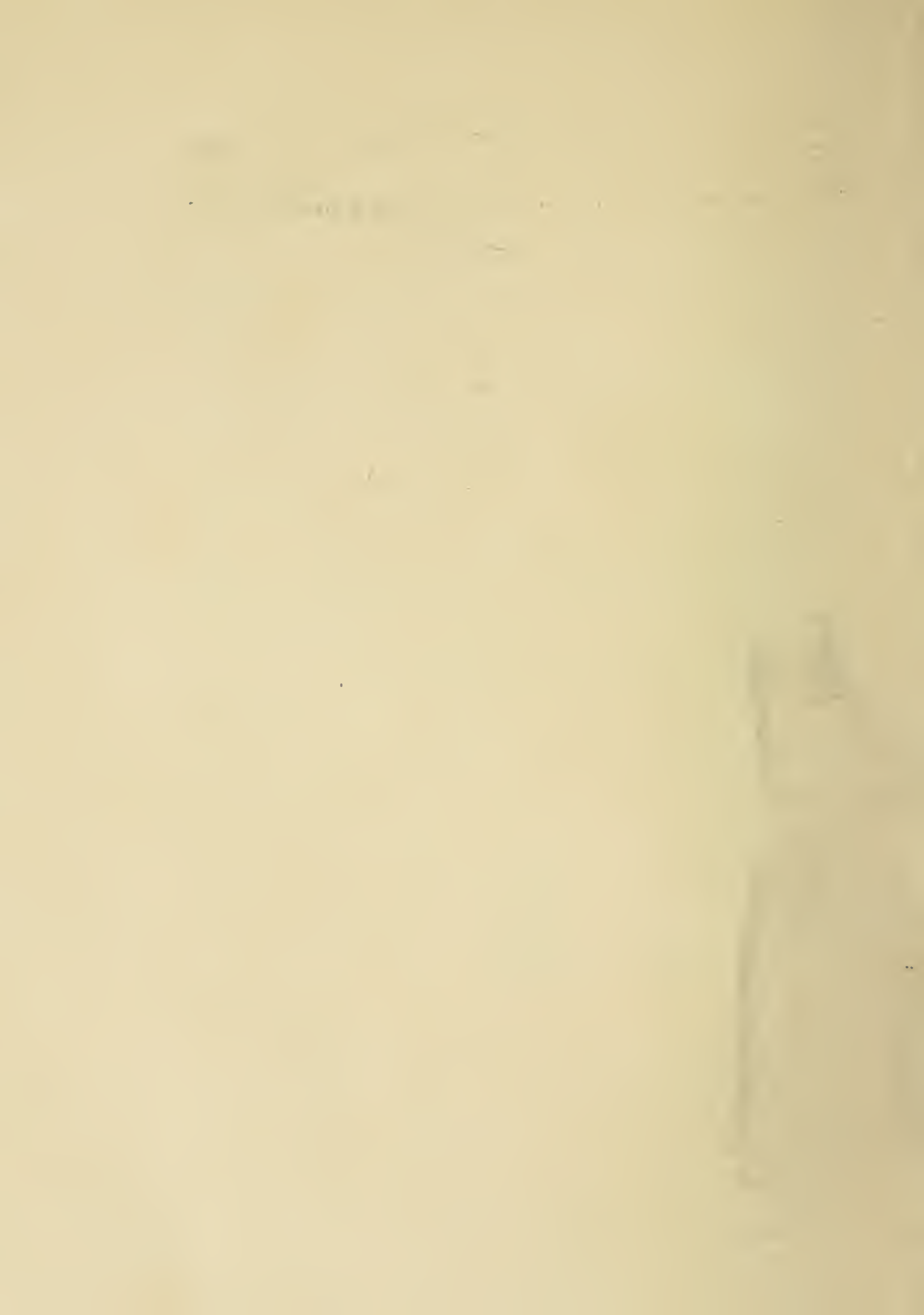
jo, condenado á vivir espiando la punteria del mas menguado de los cazadores.

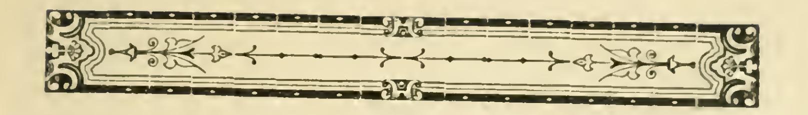
Así en esa actitud medrosa, ha pasado los últimos seis meses — y promete pasar todo su periodo, este gobernador que lleva el nombre de la reina que mas camellos ofreciera como presentes al sabio Salomon.

Y sin embargo, todos le reconocen valor personal.

Como atrae inutilizando, la seduccion del gobierno; como adoba el coco y el brazo esa silla codiciada, á la que tardan en llegar los hombres que unen el principio al carácter!...







MAXIMINO DE LA FUENTE

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE LA RIOJA

No es lo que fué: lego, campanero y sacristan. Es lo que no puede ser: Senador.

Hasta su nombre conspira.—Maximino... ¿á qué fraile de aldea se le ocurre magullar este «Maximino» entre sus latinajos al pié de la pila bautismal!

Yo protesto contra ese atentado al buen gusto de los apelativos. Los «maximinos» pueden ser «de la calle» ó «del arroyo» nunca «de la Fuente» si es que «fuente» no es en la Rioja algun sinónimo de cacharro ó palangana.

Puede exhibir su apellido, menearlo, darle sonoridades, campanear con el para llamar la atencion de las gentes,—pero no convencerá á nadie que él se apropie á su personalidad hinchada y hueca.

*
* *

Contemplando con espiritu de estudiar en sus esterioridades á este segundo representante de la Arcadia Argentina no he podido dejar de esclamar:

—Este es un fraude! . . .

Desde que se anunció su eleccion me habia formado una idea simpatica de su personalidad. Conocia muchos de sus antecedentes, pero se decia de él que, era un hombre preparado y un hombre de juicio.

—El ha sido casi presbitero—me habia dicho un riojano.

Un hombre que abandona los hábitos y se entrega de lleno á la politica llegando hasta la silla de los gobernadores. . . ¡oh! es rarisimo y bien fundadas estaban mis esperanzas.

Dificilmente un hombre que abandona vocacion tan sagrada llega á conquistar hasta ese punto la confianza popular, sin tener un verdadero ca-

racter, un corazon entero y una inteligencia de buena ley.

Y sin embargo, de la Fuente ha destruido mi creencia, ha defraudado todas mis esperanzas.

Ha sido hasta gobernador sin tener demostrada otra cosa que, la sonoridad de su «Maximino de la Fuente» y sus méritos para incubar gobernadores de familia, —Bustos, concuñado y gobernador despues de Don Maximino,—Gonzales despues de Bustos—tambien de la familia.



Todavia los concurrentes á la barra del Congreso no conocen el timbre de su voz: mas—no saben si habla. Muchos lo creen mudo de nacimiento.

Es un Maximino de fuente seca.

Como caudal de amistad es mas pobre que Grajera. No le conozco un amigo que honre sus cariños ni le mencione ninguna abnegacion. Todos hacen con él historia de politica contemporanea, —esa politica llena de intrigas en la aldea, inofensiva en los centros como el nuestro.



Fray Mocho refiere una anécdota que dá la medida exacta del cráneo de este Senador:

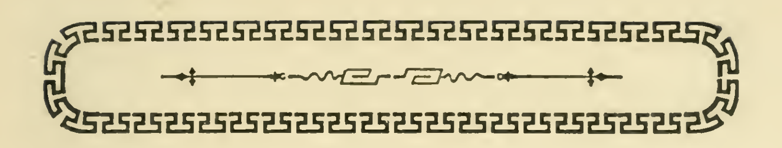
Cuenta que el dia aquel en que el Senador Del Valle renunció su senaturia despues de la revolucion de Julio, un amigo aproximándose á de la Fuente,—vecino de banca con el tribuno,— le habia dicho:

—«Qué lástima. . . Vá á quedar vacante esa banca del Dr. Del Valle! ¿Quien lo vá á reemplazar?

«Ya verá quien—dice que contestó él, con tono misterioso y desde el dia siguiente comenzó á sentarse en la banca del Dr. Del Valle: lo habia reemplazado á su juicio!»

Qué talento!—está bien habilitado y bien formado para ser un *Cenador* eximio. . . ¡lástima que los sabios de este calibre, no conozcan sus debilidades!





ANTONIO F. CRESPO

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE ENTRE-RIOS



Es políticamente un hombre al agua.

Mal médico para las preñeces políticas. La mala suerte le ha hecho defraudar toda su ciencia—los fetos se presentaban, pero mal! y en el manipuleo, en el arreglo para ponerlos viables perdieron todos la vitalidad.

Pudo esto preocuparlo, sí; pero ni razon tiene hoy para rememorar los malos ratos pasados.

Nadie se acuerda ni de sus méritos ni de sus errores, y apenas si se aperciben que él, todo un médico higienista, hace *quorum* en ese recinto del Senado tan mal desinfectado.



Como Intendente Municipal—fué un fiasco.

Como político—pretendiente—ha sido dos fiascos.

Como Senador—media docena de fiascos.

Llegó á la silla del «Lord Mayor» precedido de una fama bien lejítima conquistada como catedrático en la Facultad de Medicina.

Reemplazaba á Don Torcuato de Alvear,—el único hombre que demostró siempre estar en condiciones de carácter, actividad é inteligencia para ocupar ese puesto en nuestro municipio.

Escolló: no tuvo carácter—no alcanzó á medir la magnitud de su tarea ni el gran significado de su mision. Subió con prevenciones; bajó en medio de una silbatina atronadora.



Para premiar su infecunda labor y el achatamiento conquistado en la Intendencia, lo hicieron *nombrar* Senador por Entre Rios, y entró á ocupar

una banca que acababa de vacar en el consejo de los ex-gobernadores.

Con su ingréso se quebrantaba un tanto la regla de la casa: él no habia sido nunca gobernador pero... se pensaba hacerlo gobernador! y se le quiso sin duda dar primero ese baño de senectud.

El parto fué malo, la operacion peligrosa y... la gobernacion quedó en feto.

Puede exhibirla así.

*
* *

Algo es algo, dice el criollo cuando le pagan la mitad de un jornal bien ganado.

El Dr. Crespo que en sus escursiones por el oficialismo y la política personal no ha logrado sino achatarse, inutilizarse y desprestijiarse, puede tambien repetir la frase del paisano.

Más, en el campo político, le habria sido indigesto.

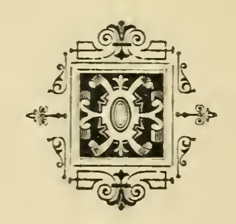
*
* *

Dios no lo llama á los altos destinos de la política. Lo ha colocado en el seno de la amistad y á la cabecera de los enfermos.

*
* *

Si tiene valor para terminar siempre mudo su periodo de Senador por la Provincia que lo vió na-

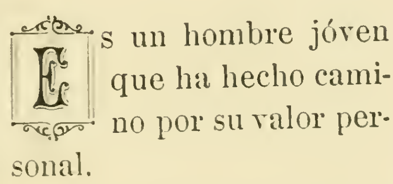
cer, pero que no le debe ninguna iniciativa, saque del archivo sus *recipes* y lárguese á higienizar desde la cátedra y á curar leprosos que—sin contar los políticos—muchos hay que bendecirian su accion.





JUAN R. VIDAL

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE CORRIENTES



Es un hombre jóven que ha hecho camino por su valor personal.

Una audacia le dió prestigio, pero una audacia de hombre de corazon bien puesto. Caerá, porque nuestros hombres cuando suben al gobierno, aspiran á perpetuarse en él á costa de los ideales generosos de un pueblo.

***

Vidal como todos los

que hasta ahora han llegado jóvenes al gobierno,— es un fracaso. No ha dado ni lo que lejítimamente podia esperarse diera.

Un biografo «bombista» cuando este pichon de yacaré rompió el cascaron y subió al gobierno, le dedicó entre otros párrafos el siguiente:

« Vidal es un pensador analítico, sin pretensio-
« nes pero con la autonomía propia de las inteligen-
« cias claras y de las conciencias austeras, capaz
« de inclinarse á las altas exigencias de una situa-
« cion, pero sin claudicar nunca; benigno y tole-
« rante, es un caracter esencialmente republicano.»

Si él ha creido esas irreverencias, no lo sé, pero presumo que si. No es hombre de la pasta de los que se sustraen á la influencia corruptora de esos locos palmoteos de amigo.



Corrientes la «heróica provincia» como ha quedado dicho ya en viejo *cliché*, ha sido bien heróica solo por soportar los gobiernos que ha tenido hasta hoy.

Jóvenes ó viejos, ninguno se ha mantenido con el cariño popular— ni bajado sin haberle enervado una virilidad.

Por eso es, entre las provincias argentinas mas

llamadas á ser ricas, una de las mas pobres y con mas frecuencia arruinada por las pasiones violentas y egoistas de sus hijos.

* *
*

Vidal no la ha favorecido.

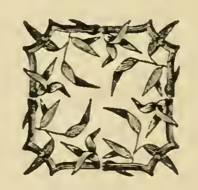
Salió de la Facultad para improvisarse gobernador — salió de la gobernacion para descolgarse sobre una banca del Senado.

En Corrientes sobre la silla de gobierno, tuvo poder: el poder sin límites de los gobernadores de provincia. No hizo todo lo malo que pudo hacer, pero dejó de hacer mucho de lo bueno que debió hacer.

* *
*

En el Senado, será siempre un voto y quisiera equivocarme, porque Vidal es jóven y le queda mucho que ver en la vida; pero yo creo en su silencio y en su inaccion,— no veo en él la pasta de los hombres que derrepente sorprenden á todos. Creo, en contradiccion con sus buenos amigos que no tiene el poder intelectual que se requiere para hacer algo. — Si su influencia política en Corrientes se inutiliza, la incógnita de su *personalidad* quedará despejada.

Concluyendo mi brochazo, yo diré á los amigos complacientes que se pagan con la amistad y levantan en un rapto de cariño lo mismo que derriban en un rapto de ódio que,—Vidal en el circo tendria valor para esgrimir con brazo fuerte la maza del gladiador,—pero que en el *forum* apenas tendria manos para aplaudir.





MANUEL F. RODRIGUEZ

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE CATAMARCA



Es como Vds. lo ven: un bendito.

No engañan sus esterioridades: puede tomársele por cualquier lado,—no se le encontrará punta, ni aspereza. Es blando como lonja bien sobada, inofensivo, sin nerviosidades, sin arranques:—una caja de música sin música,—más aún, una caja de música que jamás llegó á encerrar la maquinaria: el fabricante cre-

yó que sonaba, no la probó nunca, la empaquetó y la mandó al Senado como se mandan las drogas *pour l'exportation.*

Cuando quisieron verla y oirla, cuando la destaparon, vieron todos que era... solo una caja: no fué posible tirarla y quedó en su sitio.

Ahí sigue estando.... Cuando sea necesario limpiar la casa, poner cada cosa en su sitio, seleccionar adornos y arrojar lo que no tenga mayor mérito ni importancia, éste bienaventurado de palo, sobrino de la Vírgen del Valle como catamarqueño cuadrado, tendrá que archivarse en su provincia.

*
* *

Brillante papel han hecho las Legislaturas de Provincia con sus elecciones. No parece sino que hubiesen mirado al Senado como á un instituto de sordo-mudos, eligiendo santos de palo con resorte en las piernas, en el estómago, en la espina dorsal y en la cabeza.

*
* *

Rodriguez jamás ha dicho una palabra en el recinto del Senado que pusiese de manifiesto una idea.

Durante los años que él ha sido legislador y yo cronista, una sola vez lo ví en actitud de hablar.

El debate habia degenerado en disputa. Varios Senadores se interpelaban unos á otros con amarga acritud. El presidente agitaba convulsionado la campanilla: reclamaba silencio hasta con gritos; visiblemente desobedecian sus órdenes — faltaban á la dignidad de la Cámara—ultrajaban la autoridad del presidente.

*
* *

En un momento pareció inevitable el conflicto, el choque violento y estremo de la fuerza entre los Senadores exaltados.

Rodriguez, era el único que con mas serenidad contemplaba el cuadro de tremenda confusion, cuando derrepente se incorpora, se *tantea* la voz con una tocesita nerviosa, estiende la mano, mira á su alrededor.... y en el momento en que el presidente habia logrado hacerse oir y cuando bastante exasperado esclamaba:

—Señores senadores, necesito silencio....!—Rodriguez siempre en su actitud de estátua, con la mano estendida y la boca abierta, inclinándose mas hácia adelante como para dirigir hasta con el cuerpo la palabra á los contendores, remató el párrafo presidencial con esta frase dicha en tono de aburrido:

—Pero si es claro! necesita silencio!

Y se sentó muy satisfecho como hombre que gana el pan con el sudor de su frente ...

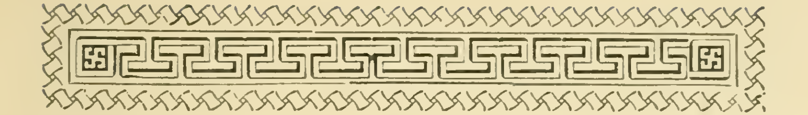


Dicen los tratadistas que el Senado es el cuerpo conservador por excelencia en un Estado.

Cuando vemos á Don Manuel Rodriguez ocupando una banca en el Senado se nos presenta como una «Cámara frigorífica».

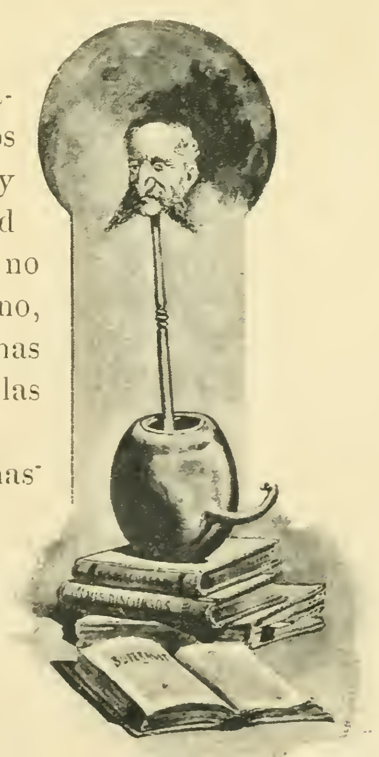
Bendito Don Manuel.... que bien harian los catamarqueños canonizándolo!





CÁRLOS TAGLE

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE CÓRDOBA



Se echa de menos la imaginacion en nuestros hombres públicos, — y con razon. Es una esterilidad asombrosa la que se nota no solo en las alturas del Gobierno, — vá más lejos el mal, es mas intenso — corre hasta las filas del pueblo.

Las finanzas, la política, ¡ hasta la literatura! Hay crisis en todas y de todas las cosas.

Cárlos Tagle es el representante de la decadencia

financiera, del curanderismo económico, de la fraseología presupuestívora.



Ningun Senador ha llevado tanto énfasis á sus discursos ni esplotado tanto los *items* del presupuesto.

La «Ley de las leyes» bajo el ala protectora del Dr. Carlos Tagle, fué un juguete de niños grandes. Entre sus ronquidos oratorios nuestro presupuesto parió el famoso *superavit* que alcanzaba para cubrir, en créditos suplementarios, el doble de las sumas autorizadas y que concluyó por plantarnos recuadrados en la crísis que hoy nos espanta.

Tagle, solo, no se concibe bien. Es necesario unirlo á Pacheco.

Los dos forman una época parlamentaria—la época de las concesiones, de los items, de los millones, de los aumentos, de las sumas fantásticas.

Pacheco elaboraba sus proyectos desde el Ministerio, entre taza y taza de té.

Tagle complementaba sus items desde la sala de Comision, entre mate y mate.

En los gastos de Secretaria debe figurar una partida con este título.

PARA EL MATE DEL DOCTOR TAGLE

ITEM. . . — *Yerba* . . . . *10.000 anuales*

Este vicio ha puesto verdes las ideas del olímpico doctor en *superavits*.

*
* *

El gran mérito de este Senador cordobés consiste en que todos lo conocen: el grave defecto —que él no se conoce.

Todos lo creen un voto en el Senado.

El, se cree un sábio!..







EUGENIO TELLO

SENADOR AL CONGRESO POR LA PROVINCIA DE JUJUY



Pido la palabra.

Se trata señores de un Senador jujeño. Plantó su tienda en el interior y las poblaciones de Silipica, Sumampa, Matarás, Atamisque, y muchas otras de sonido indígena lo contaron como se cuenta en las aldeas á los párrocos y boticarios.

Era el hombre en todas las situaciones.

Ejercitó sus conocimientos de an-

tiguo sacristan en Salta, siendo el Juan Bautista de los párvulos jujeños.

Abandonó su tienda para correr tierras tras una tropilla de burros largiorejudos y de retorno al suelo que lo vió nacer como nacen los hongos hinchados y robustos, el pueblo lo elevó á la alta dignidad de Gobernador.

De Gobernador señores, pasó á la banca del Senado y....

Una voz—De quien se trata?

Yo—Del ilustre Senador Eugenio Tello, miembro informante en todas las solicitudes de pension....

La voz—Apaga y vámonos!....





ALEM - DEL VALLE

SENADORES AL CONGRESO POR LA CAPITAL

REUNIDOS los electores en la sala de sesiones del Congreso, proclamaron el Domingo 12 de Abril de este año (1) Senadores por la Capital á los Doctores Leandro N. Alem y Aristóbulo Del Valle.

El aplauso popular ha acompañado á esta eleccion.

---

(1) Estos dos Senadores elegidos recientemente han venido á llenar las dos vacantes dejadas por las renuncias del Dr. Zalustino Zavalia cuando fué al Ministerio del Interior durante el gobierno del Dr. Juarez, — y del General Julio A. Roca cuando entró á formar parte del gabinete formado por el Dr. Pellegrini despues de la revolucion de Julio. Incluyo al final este ligero perfil para completar la galería de Senadores, por mas que el Dr. Leandro N. Alem no ha ocupado la banca durante el año de 1890.

Son dos oradores que vuelven de nuevo á dar brillo á nuestra tribuna parlamentaria. Llegan al Senado como los primeros elementos de una sana reaccion política,—el primero, despues de haber sido olvidado por los políticos que abandonaron las filas del partido que los habia formado y dado notoriedad, para fundar los circulos que dieron vida al personalismo y á los gobiernos corruptores, —el segundo, despues de una corta ausencia apenas provocada por el último movimiento revolucionario que iniciara estas nuevas épocas.

Alem y Del Valle—los dos tienen una página en nuestra historia contemporánea; la una más brillante que la otra como que se trata de dos caractéres distintos, de dos hombres que han podido unirse en las varias evoluciones de la política, pero que han manifestado tendencias opuestas bien claras, pudiendo ostentar cada uno rasgos perfectamente definidos.



En el mundo político, en la órbita de accion de los partidos, Del Valle es lo que los franceces llamarian un político *fin de siécle*.

Alem ha sido, es y lo será—porque ese carácter que ha resistido á todas las corrientes de las ma-

las épocas, á todos los halagos y á todas las debilidades ó convencionalismos, no puede cambiar—el representante de las tendencias radicales, de la política autonomista que entre nosotros, ha sido bautizada por sus antecedentes y por su historia, como la «política de lucha».

En la tribuna parlamentaria Del Valle, es la palabra—Alem es el principio: el primero tiene la forma bella, exhuberante, rica;—el segundo el fondo, con la forma severa descarnada, fria en bellezas, caliente en sinceridad, en verdad.

Alem, es la línea severa, del caracter.

Del Valle es la línea ondulante del político moderno.



El Senado ha recibido con esta eleccion un refuerzo notable.

Aumentan los pensadores en su seno. Ya no estarán solos Benjamin Paz, Gerónimo Cortés, Manuel Pizarro, Dardo Rocha y otros pocos bien contados;—á esa pequeña falanje que ha protestado siempre de las intromisiones oficiales que desnaturalizaban la mision del representante, se reune hoy, Leandro Alem y Del Valle.

Ellos llevan la confianza popular.

En la balanza en que el pueblo pone sus cariños Alem es el único verdaderamente elegido.

Esta vez no se equivoca. Alem merece el cariño del pueblo,—por él luchó siempre y por luchar con brios desusados para los nuevos bisantinos fué relegado al olvido.

Yo me felicito en esta oportunidad saludando al caracter en el Dr. Alem.



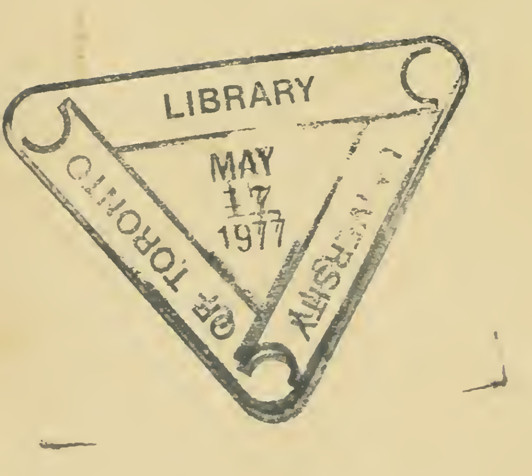
ÍNDICE

Esta obra fué impresa en los talleres
de
"SUD-AMÉRICA"

Bajo la direccion de *Benigno Cedron,* regente

Benito Salomon, impresor

Mayo 1º de 1891


LIBRARY
MAY 17 1977
UNIVERSITY OF TORONTO

